



Priscila Serrano
TODOS MIS
SUEÑOS
TE DARÉ

Priscila Serrano

TODOS MIS
SUEÑOS,
TE DARÉ

Título: Todos mis sueños te daré.
© 2020, Priscila Serrano.
De la cubierta y maquetación: 2020, Roma García.
De la corrección: 2020, Toñi Fernández.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A vosotros, por ser parte de mis sueños.

El futuro pertenece a aquellos que creen en sus sueños



INTRODUCCIÓN

Levantarse a las diez de la mañana un sábado y siendo su cumpleaños era un suplicio, pero si no lo hacía, su madre la iba a estar molestando hasta conseguir que se levantara y eso era peor. Tras darse una ducha de lo más rápida, se vistió y justo antes de salir de su habitación, su madre entró para felicitarla; llevaba un plato lleno de tortitas con miel y una velita pequeña clavada.

—Cumpleaños feliz —cantaba con una sonrisa.

Sia se sentó en su cama con ella y cuando acabó de cantar, se dispuso a soplar la vela, pero su madre la paró justo antes.

—Pide un deseo antes, cielo.

Cerró los ojos teniendo claro lo que quería y sopló despacio, provocando una carcajada en su madre. Desde que era niña hacía eso. Supuestamente, si soplabas despacito y con cariño, el deseo se cumplía y era cierto, así que seguía haciéndolo incluso cumpliendo dieciocho años.

—Felicidades, cariño. —La abrazó.

—Gracias, mamá. ¿Y papá dónde está?

Lory, su madre, se mordió la lengua, pues no quería que su hija supiese que su marido había ido a recoger el regalo de su pequeña. Estaba segura de que intentaría convencerla para que se lo dijera, pero no podía. Así que, sin más, lo excusó diciendo que había tenido que ir al trabajo y que volvería en seguida. No la creyó, pero tampoco le diría nada.

Su madre la dejó sola unos minutos para que terminase de recoger su habitación y cuando acabó, bajó las escaleras para ir a la cocina a comerse esas tortitas que su madre había preparado con tanto cariño para ella. Cuando llegó abajo, escuchó el sonido de un claxon y su madre se acercó a ella con una sonrisa.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigada.

—Un coche —ironizó su madre.

—Ja, ja. Muy graciosa, mamá. Ya sé que es un coche, pero...

—Venga, vamos y lo ves por ti misma.

Sia, nerviosa a más no poder, salió de la casa a toda prisa para encontrarse con su padre recostado en la puerta de un Mini rojo que hizo que brincara de alegría. Tenía un lazo rosa sobre el capó confirmándole lo que tanto pensó; era su regalo de cumpleaños.

—¡Vamos, acércate que no muerde! —Gritó Edward, su padre.

—No me lo puedo creer. ¡¿Es mío?! —Abrazó a su padre, eufórica.

Edward asintió dándole las llaves y sus lágrimas provocaron ternura en ese hombre que lo daba todo por su familia.

Pasaron el día en familia, almorzando en un restaurante del centro de Los Ángeles. Había pocos días que podían pasar así; que sus padres trabajaban demasiado y apenas se veían.

Por la tarde, regresaron a su casa ya que Sia debía arreglarse. Su amiga Livi estaba a punto de llegar para recogerla, le tenían una fiesta preparada.

Mientras se arreglaba, su madre entró en la habitación. Ya era tarde y prácticamente no le quedaba tiempo, había quedado con su mejor amiga a las nueve y eran menos diez.

—Hija, estás preciosa —afirmó Lory, sentándose en la cama.

—Gracias, mamá —respondió corriendo de un lado al otro.

Lo cierto era que estaba nerviosa por esa noche, sabía que él iba a estar ahí y estaba segura de que le pediría salir algún día, solos. Eran demasiadas las señales que Ethan le había mandado durante todo el curso.

—Para, Sia —mencionó su madre, levantándose de la cama para ponerse frente a ella—. ¿Estás nerviosa? —Asintió—. No lo estés, cariño, solo disfruta de lo que la noche te dará.

—Lo sé, pero él estará. —Sonrió.

—Bueno, pues si tiene que ser, será. —Sia rodó los ojos—. Lo que te quiero decir es que te lo pases bien y te olvides de todo.

—Gracias, mamá. Te quiero. —La abrazó.

Unos minutos después, su hija se fue a pasarlo bien en su cumpleaños. Fue a divertirse sin saber que sería la peor noche de toda su vida.

Sobre las dos de la madrugada, una llamada alertó a Lory. Lo cogió sin saber lo que le iban a decir: Sia había tenido un accidente y tenían que ir al hospital.

Todo comenzó a dar vueltas, todo a su alrededor se movía con tanta rapidez que ni sentándose cesaría. Levantó a su marido y se lo dijo, ambos salieron de casa sin cambiarse de ropa, no había tiempo, su hija les necesitaba, su hija...

Su pequeña Sia, la luz de sus ojos, no volvería a despertar, a menos que ella misma luchara por hacerlo. Eso fue lo que le dijeron los médicos al llegar.

—Está en coma, el golpe en la cabeza ha sido muy fuerte y no sabemos si va a sobrevivir.

—No puede ser —sollozó Lory abrazada a su marido que, en su interior, tampoco lo estaba pasando demasiado bien.

—Solo nos queda esperar y ver cómo va reaccionando. Lo siento —se disculpó el médico saliendo de la habitación.

Se quedaron solos frente a su hija y agarrando su mano, explotaron en llanto sin saber qué hacer. Todo les estaba sobrepasando y no sabían cuándo su vida volvería a ser como antes. Sia tendría que luchar para escapar del sueño profundo en el que se encontraba. ¿Conseguiría escapar de él?



Capítulo 1

El calor sofocante de Santa Cruz era una completa tortura. Sia se encontraba en su habitación de la casa de su abuela, estaba en una de sus tantas vacaciones sin sus padres; trabajaban demasiado y no tenían tiempo para llevar a su hija a ninguna parte. Fue a sus dieciséis años cuando decidieron empezar a mandarla a casa de su abuela para que, al menos, se divirtiera en la playa y conociera a gente con la que pasar su adolescencia. Hasta ese momento, con dieciocho años, seguía yendo a ese lugar que tanto amaba; disfrutaba de los días de sol, de los atardeceres llenos de olas en los que los surfistas bailaban con el mar picado, subidos en sus tablas.

Sia observaba hasta que caía la noche y se quedaba a solas. Solo ahí disfrutaba de la verdadera calma, de lo que más le encantaba. A veces, ponía música en su móvil y bailaba. Lo hacía sin descanso, siendo consciente de que, al hacerlo, acabaría agotada..., pero no importaba, bailar era lo que más amaba.

Miró por la ventana antes de vestirse y bajar a desayunar con su abuela. Solo llevaba allí una semana y aún no había podido disfrutar de la playa a su antojo. Su abuela Loreto estaba haciendo obras en casa y la necesitaba más horas de las que le habría gustado, pero tampoco podía decirle que no sin más, era su abuela y estaba sola.

Respiró profundamente, introduciendo en sus fosas nasales el aroma a mar, sintiendo como su rostro se calentaba con el sol. Una minúscula brisa erizó su piel haciéndola estremecer, comprobando que ese día sería más fresco de lo habitual. Teniendo la playa con grandes oleajes, podría disfrutar de algo más de soledad puesto que solo habría surfistas y sería más tranquilo. Saldría a pasear e incluso buscaría piedrecitas de colores como tanto le gustaba. Tenía una gran colección y las usaba para decorar cuadros e incluso había pegado alguna al cabecero de la cama dejándolo precioso. Le transmitía esa paz que dejaba en Santa Cruz cuando volvía a casa, era como si en realidad nunca se hubiera marchado.

Giró sobre sus talones en cuanto escuchó unos toques en la puerta. Su abuela ya la buscaba, mucho antes de lo que ella quisiera. Sia era muy solitaria cuando estaba allí, le gustaba disfrutar de todo con tranquilidad, buscando la paz que la locura y la rutina le negaba y que su abuela viviese frente a la playa era algo que siempre le había gustado.

—Pasa, abuela —dijo en voz alta para que la escuchara al otro lado de la puerta.

Loreto abrió y se encontró a su nieta cepillando su cabello largo y pelirrojo. A veces le costaba demasiado peinarse, le llegaba por la cintura y tenía bastante cantidad. Pensó en cortárselo alguna vez, pero nunca daba el paso, no se atrevía. ¿Y si no le gustaba? Llevaba el pelo

largo desde los doce años.

—¿Te ayudo? —Sia asintió y su abuela caminó hasta ella para comenzar a cepillarle el cabello—. Lo tienes tan bonito, es igual que el de mi madre que en gloria esté. Te pareces tanto a ella. —Suspiró—. Aunque tienes mucho de mí, los...

—Ojos —dijeron al unísono.

Ambas rieron mientras se observaban en el espejo.

Y era cierto, tenían los ojos verdes, tanto como el verde esmeralda. Sia era preciosa, una muñeca como decía su abuela; las espesas pestañas que poblaban sus ojos le hacían ver más mujer a diferencia de las pequeñas pequitas que dibujaban su nariz. Si no se maquillaba, podría parecer una niña de quince años.

—¿Quieres que te trence el pelo? —Se interesó su abuela. Ella asintió mientras abría un cajón del escritorio para buscar algo.

Sacó una cajita de madera decorada con esas piedrecitas que encontraba en la orilla de la playa y la abrió para sacar su colgante.

—Es tan bonito, mi cielo.

—Sí que lo es —murmuró poniéndoselo.

No había día que se le olvidara ponerse esa joya familiar que su abuelo le regaló antes de morir; era una piedrecita azul que tenía su historia, una que su abuelo le contaba desde que ella tenía uso de razón. Supuestamente, el color azul simbolizaba los sueños, la paz. George, su abuelo, decía que una noche mientras dormía, soñó que paseaba por la playa y se metía debajo del muelle a buscar piedrecitas, de ahí que a ella le gustase tanto. En esa búsqueda encontró una piedra de un tamaño más grande en color azul, brillaba mucho y sintió una paz al cogerla entre sus manos que debía llevársela a casa. Cuando despertó, hizo lo mismo, se fue hasta el muelle y encontró la piedra de sus sueños, la partió en pedacitos y uno de ellos era el que Sia llevaba sobre su cuello.

Cuando terminó su abuela de recogerle el pelo, se levantó y besó su mejilla.

—Gracias, abuela.

—Vamos a desayunar —la apremió.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la cocina. Loreto había dejado las tostadas preparadas con mermelada, pues a Sia le gustaba cuando estas se ponían más blanditas. Se sentó y comenzaron a desayunar en silencio, a su abuela no le gustaba hablar mientras comía, decía que era una falta de respeto.

Sobre las once, Sia salió de la casa para ir a la tienda de la esquina a comprar harina. Loreto quería hacer galletas y, aunque ella quería ir a dar un paseo, no le quedaba otra que ir a la tienda. Su abuela estaba ocupada limpiando el estropicio que dejaron los obreros al terminar de arreglar el aseo. Caminó por el pueblo observándolo todo, le gustaba tanto aquel lugar que no

descartaba mudarse algún día pues para ella, era un lugar mágico. Además, tener un parque de atracciones en el paseo marítimo ayudaba bastante a tomar la decisión.

Cuando llegó a la tienda de la madre de una de sus amigas de la infancia, esta se puso muy contenta pues no sabía que estuviera allí ese año. Su hija Tammy había decidido instalarse un mes antes en su residencia universitaria, quería conocer los alrededores y salir de allí. Unas querían irse, otras quedarse para siempre. No era un secreto para ella que odiase aquel pueblo que tanto daño le había hecho. Supo por su amiga hacía un año en una de sus tantas largas llamadas que no podía olvidar a su ex, la distancia hizo añicos su corazón y saber que él ya no la quería, la mató. Él no era del pueblo, pero sí lo visitaba, hasta que dejó de hacerlo sin avisar. Nunca supo el motivo.

Sia no llegó a conocerlo, puesto que él iba en diferentes meses y no coincidieron jamás. Aunque recordaba su nombre; Miller se llamaba.

—Hola, Sia. No sabía que habías llegado ya —expresó Kelly, la madre de su amiga saliendo del mostrador para darle un fuerte abrazo.

—Por poco no vengo este año, ya sabes, la universidad está a la vuelta de la esquina —anunció con una cálida sonrisa.

—Qué me vas a contar. Mi Tammy se fue y la echo muchísimo de menos. —Suspiró—. Justo acaba de salir Miller, su ex. Vino buscándola para verla y... bueno, hablar. Acabaron mal, mi niña sufrió mucho, pero tampoco puedo echarle la culpa a él. La distancia hace el olvido y a ellos les pasó factura —declaró provocando en ella una curiosidad que antes no había sentido.

Quería conocer a Miller, saber por qué su amiga estuvo tan loca por él. Debía de ser un chico muy guapo para que ella perdiese tanto la cabeza.

—No lo he visto salir. Aunque claro, tampoco lo conozco como para saber que es de él.

—Entiendo. —Sonrió—. ¿Cuánto tiempo estarás esta vez?

—Creo que más que la anterior. Necesito descansar antes de meterme de lleno en los estudios.

Siguieron hablando por unos diez minutos hasta que la tienda comenzó a llenarse. Sia, percatándose de la molestia que estaba ocasionando, le pidió lo que necesitaba y se despidió de ella prometiéndole que iría a visitarla otro día para charlar.

Durante el camino a casa, miró a ambos lados buscando... no sabía qué buscaba y ya era tarde, así que aligeró el paso y llegó a la parcela de la casa. Mientras subía las escaleras del porche, miró un todoterreno que estaba aparcado en la casa de al lado y vio como un chico se bajaba del vehículo. Lo observó durante unos segundos, hasta que él se dio la vuelta y la pilló *in fraganti*.

—Hola, vecina —la saludó con una sonrisa, alzando el brazo.

Sia no respondió y corrió al interior, nerviosa y avergonzada. Ni que estuviese mirándole el

culo, pero ¿por qué sentía como si la hubieran pillado mirando lo que no debía?

—Qué estupidez —musitó.

—¿Decías algo, cielo?

Su abuela la miraba desde el umbral de la cocina y ella negó, sonriéndole. Caminó hasta ella y le dio lo que había comprado.

—Abuela, ¿sabes quién es el chico que está en casa de los Allen? —Se interesó a la vez que su abuela miraba por la ventana de la cocina con el ceño fruncido.

—No lo sé, hace tiempo que esa casa está vacía. Puede que al final la hayan vendido.

—¿La estaban vendiendo? —Abrió los ojos, sorprendida.

—Lo último que sé, es que Molly no podía mantener dos casas y sus hijos ya son mayores y tienen su vida. Aún recuerdo cuando os sentabais Josh y tú en el porche a contar estrellas. — Sonrió nostálgica.

—Sí, yo también lo recuerdo. Hace tanto que no sé de él que, si me lo encuentro, ahora no sabría si es él. —Asintió Loreto preparando la masa de las galletas.

—Después podrías ir a esa casa y llevar galletas. Sea quien sea, hay que darle la bienvenida, ¿no crees? —pidió la anciana con una sonrisa.

Pero a Sia no le hacía demasiada gracia ir hasta allí y ponerse frente a su *vecino* con una bandeja de galletas después de haberle mirado el culo. «No se lo has mirado», pensó mientras se acercaba al grifo y lo abrió para echarse un poco de agua.

Cuando acabaron, Loreto volvió a insistirle con llevar un postre de bienvenida al chico que había visto. Mientras horneaban las galletas, Sia le había contado cómo le había pillado mirándole. Su abuela se rio de ella unos segundos, pues su nieta se ponía muy cómica cuando se sentía avergonzada. Además, al ser de tez blanca, se le notaba cuando se ruborizaba y en ese momento, lo estaba.

Al final, Sia claudicó. Su abuela se había puesto tan pesada con el tema que no le quedó de otra que coger la bandeja e ir a la casa del vecino. Iba nerviosa, demasiado a decir verdad y no sabía cómo iba a reaccionar cuando estuviese frente a él. ¿Qué le diría? Ni siquiera le respondió cuando él la saludó. Había quedado como una auténtica lerda.

Subió los escalones con mucha tranquilidad, casi arrastrando los pies para hacer más tardía la llegada a la puerta. Total, iba a llegar de todas maneras. Tocó el timbre un par de veces y se quedó mirando a la nada, esperando a que alguien le abriese. Pero no, no parecía haber nadie. Miró por la ventana y todo estaba oscuro, así que dejó las galletas en el suelo y fue hasta su casa para escribirle una nota y así por fin, poder dar ese paseo que tanto deseaba dar. Volvió y dejó el papel sobre las galletas donde ponía: “Bienvenido, vecino. Te dejo unas galletas”.



Capítulo 2

Pasear mientras atardecía se había convertido en su pasatiempo favorito. Miró las olas a solas y suspiró cuando la brisa caló en su rebeca. Aunque por la noche refrescaba un poco, deseaba bañarse, llevaba el bikini debajo del vestido.

Sin más, se quitó todo y caminó hasta la orilla, metiendo primero un pie y luego el otro. Su piel se puso de gallina al contacto con el agua, estaba algo fría pero no le importó. Siguió caminando hasta que el agua le llegó a la cintura. No iba a irse más al fondo, había demasiadas olas y podría ahogarse.

Se sumergió unos segundos y al salir, un golpe seco en la cabeza le hizo cerrar los ojos, perdiendo estabilidad. Volvió a sumergirse, pero esta vez no salía del agua, no podía... Solo había oscuridad.

—No, por favor, abre los ojos.

Escuchó una voz lejana que la llamaba y sentía una presión en el pecho muy fuerte, tanto que casi podría escupir el corazón por la boca. De pronto, sus ojos se abrieron y echó toda el agua que había tragado. Quería evitar ahogarse, pero no lo consiguió.

—Menos mal, has estado a punto de darme un infarto. ¿Estás bien?

Sia lo escuchaba hablar, pero aún no lo había mirado, se estaba estabilizando mientras se incorporaba hasta quedarse sentada en la arena.

—Gracias por salvarme la vida —dijo al tiempo que sus miradas conectaban.

Ella tragó saliva al comprobar quién era. Él se había quedado hipnotizado por sus ojos verdes. ¿Era posible eso?

—Bueno, técnicamente fui el culpable de que te desmayaras. —Ella frunció el ceño—. Te has golpeado con mi tabla de surf. Lo siento, no te vi.

La ayudó a levantarse y volvieron a mirarse en silencio, como si las palabras se hubiesen quedado dentro de ese gigantesco mar que casi se la quedaba a ella también. No sabían qué decir... Aunque no se conocían, había algo que les resultaba familiar.

—Soy Miller —se presentó, rompiendo por un momento el contacto con ella—. Tú eres mi vecina, ¿verdad? —Asintió—. No te gusta hablar demasiado, ¿a que no? —Sia sonrió, agachando la cabeza—. Bueno, al menos sonrías.

—Tengo que irme —anunció ella, deseando poder escapar de él.

—Espera, al menos dime tu nombre. No querrás que empiece a llamarte pelirroja, ¿no? —Sia alzó una ceja con altanería.

—No me llames pelirroja.

—Pues entonces dime tu nombre —insistió. Mas ella siguió sin responder—. Bueno, pues me alegro de conocerte, pelirroja —repitió con una sonrisa ladeada.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un capullo? —Preguntó ella, ofuscada.

—Encima de que te salvo la vida... Qué fuerte. No seré tan capullo cuando esta tarde te pillé mirándome el culo. —Sia abrió la boca, sonrojándose a la vez.

—Yo no te miraba el... —Suspiró.

—Culo, se dice culo. ¿Tan fuerte te di en la cabeza?

—Esto es una estupidez. Me voy.

Comenzó a caminar y él la siguió.

A Miller le pareció divertido sacarla de quicio. No es que hubiese visto muchas facetas de ella, apenas la vio cabreada, pero le gustó cómo se le oscurecían los ojos con solo ponerse furiosa. «¿Cómo sería excitándola?», se preguntó, aunque negó rápidamente para no pensar en ella de ese modo.

—Mierda —musitó cuando una imagen de ella en un modo diferente cruzó su mente.

Sia miró atrás y se dio cuenta de que la seguía.

—No me sigas.

—No te sientas importante, pelirroja. Vivo a tu lado y voy a mi casa.

Ella paró en seco, quedando completamente pegada a él, frente a frente. Sus ojos conectaron de nuevo, era imposible no hacerlo. Por un momento, ella lo observó lo suficiente como para ver su rostro, sus ojos, su boca... Miller tenía el cabello negro un tanto largo casi tapando las orejas, una sonrisa grande que le rasgaban los ojos al sonreír. Delgado y alto, los músculos marcados, pero no demasiado. Eso pudo verlo al bajar la mirada por no poder seguir mirando sus ojos, la ponía nerviosa.

—Buenas noches, pelirroja —musitó pasando por su lado para ir hasta su casa.

Ella se quedó anclada, cabreada y con ganas de patearle las pelotas por seguir llamándola pelirroja. No le gustaba que la trataran como si fuese tonta. Dejó de mirarle para seguir su camino y encerrarse antes de que le dijera algo por las galletas.

Su abuela, al escuchar la puerta, caminó hasta la entrada y la vio en bikini y empapada.

—¿Qué haces así? —Preguntó.

—¿Así como?

Sia se miró y abrió los ojos desmesuradamente, no se dio cuenta de que había dejado la ropa en la orilla. ¿Cómo hacerlo si él se propuso sacarla de sus casillas?

—Ahora vuelvo.

Volvió a salir para ir a recoger su ropa, menos mal que no estaba lejos y no tardaría. Llegó y recogió del suelo las prendas a la vez que se percataba de que algo brillaba en la orilla. Caminó hasta la piedrecita que parecía estar llamándola y se tocó el cuello para comprobar que tenía su

colgante puesto. Entonces, ¿de quién sería el que había en la orilla? Era un colgante igual al suyo, la piedra parecía más grande, pero estaba segura de que era la misma. A lo mejor su abuelo se lo regaló a alguien más. Tendría que preguntarle a su abuela.

Regresó a casa con la sensación de estar llevándose algo que no era suyo. ¿Qué podría hacer? Ni siquiera sabía que alguien más llevase un colgante igual que el de ella.

Sin poder ser capaz de cenar siquiera, cogió un plátano y subió a su habitación para darse una ducha y acostarse, estaba agotada. Eso de haber estado inconsciente la había dejado como si un camión la hubiera atropellado.

Mientras tanto, Miller estaba tumbado sobre su cama, esa que hacía tanto tiempo que no usaba. Eran muchos años en los que no fue capaz de ir a ese pueblo en el que creció. ¿Cómo hacerlo si los recuerdos lo mataban? Por un momento, la pelirroja cruzó en su cabeza y más después de comprobar el detalle de las galletas. Sabía que la conocía, pero no recordaba de qué. No la había visto antes, de haber sido así, se acordaría pues era preciosa, una belleza que no dejaba de interrumpir sus pensamientos.

Esos labios carnosos, esos ojos verdes, ese cabello rojo... toda ella provocaba taquicardia.

Cuando chocó con algo en el agua, nunca habría imaginado que sería una persona. Y cuando la vio inconsciente por poco se muere del susto. No sabía qué habría hecho de haberle pasado algo más grave.

Se levantó algo cabreado por estar dándole vueltas una y otra vez al momento en el que tuvo que hacerle el boca a boca para salvarle la vida. En ese momento no pensó en lo que sus labios podrían provocarle, era tal el susto de creer que podría morir que solo pensó en verla despierta. Pero ahora, recordándolo fríamente, sintió como si su cuerpo fuese arrastrado por las olas, como si le faltase el maldito aire; era surrealista.

Salió al balcón, el mismo en el que había pasado horas y horas vigilando a su hermano pequeño cuando se quedaba en el porche con su mejor amiga de la infancia. Ni siquiera se acordaba de su nombre. «¿Sonia?», negó. «¿Fina?», volvió a negar. «Ya sé, Sia». Un nombre complicado, pero no tanto como para olvidarlo. Volvió a pensar en la pelirroja, se parecía mucho a ella, a la niña que jugaba con su hermano Josh, pero sabía por varias personas que ella llevaba tiempo sin ir a Santa Cruz.

Se sentó en una de las sillas y pasó su mano por el pelo bajando hasta su cuello. Entonces se percató de que le faltaba el colgante que llevaba. Seguramente se le habría caído cuando sacó a la pelirroja del agua.

—Joder y justo en este momento —mencionó levantándose para ir a la playa a buscarlo.

Salió de su habitación y bajó a la cocina para coger una linterna que su padre siempre guardaba en el pequeño mueble que utilizaban para guardar las cosas más importantes. Cuando la cogió, se encaminó hasta la playa y, por consiguiente, la orilla. No estaba seguro de encontrarlo

puesto que, probablemente, la marea se lo habría llevado, pero tenía la esperanza.

Por unos largos minutos, miró de un extremo a otro, aunque no alejándose demasiado del lugar en concreto. Entonces, una voz lo asustó.

—¿Buscas esto? —Preguntó Sia.

Sia lo había visto en la playa con la linterna cuando se asomó a la ventana para tomar un poco el aire. En la casa hacía un poco de calor, pues daba el sol durante el día y se calentaba demasiado.

Miller se dio la vuelta y vio el colgante. Sia se lo puso delante, casi sin mirarle.

—Mi colgante, menos mal. —Suspiró—. Casi me da un infarto cuando me di cuenta de que me faltaba. ¿Qué diría el viejo George si supiera que lo perdí?

Sia frunció el ceño, algo confundida.

—¿De qué conoces a mi abuelo?

Entonces Miller la miró y una sonrisa se dibujó en su rostro, provocando que sus ojos se vieran más pequeños al hacer el gesto. Era Sia, ella era esa pequeña a la que tanto miraba cuando eran niños. Solo la vio los primeros años, cuando tan solo tenían doce o trece años; ella era más pequeña, pero tan bonita como ahora.

—¿Sia? —Preguntó, sabiendo la respuesta.

—¿Quién eres tú y por qué sabes mi nombre?

Su desconcierto cada vez era más grande. Estuvo a punto de girarse y volver a su casa a toda prisa por el miedo de tener a alguien que ella no conocía de nada en frente, sabiendo su nombre, conociendo a su abuelo. ¿Quién era ese chico que la sacaba de sus casillas?

—Bueno, mi nombre ya te lo dije. Soy el hermano de tu amigo Josh, ¿lo recuerdas? Ese chico larguirucho con el que pasabas horas y horas en la playa mientras que yo os observaba cabreado porque no me quería unir.

Sia abrió los ojos sorprendida. Lo conocía, sabía quién era, aunque de pequeña no lo veía mucho... Por no decir nunca porque, como él decía, nunca salía de su habitación. Nunca supo el motivo que lo mantuvo encerrado y mucho menos se atrevió a preguntarle a su amigo por su hermano. ¿Qué pensaría de ella? Además, no era de su incumbencia.

Caminó hasta la orilla y metió los pies en el agua, era algo que la relajaba y en ese momento necesitaba mucho de eso.

—Te conozco, eres ese chico al que nunca puse cara porque no dejabas que te viera nadie.

—Asintió, dándole la razón.

—Eres observadora.

—Hago lo que puedo. —Sonrió.

Y él se quedó completamente bloqueado al ver esa sonrisa tan perfecta que provocaba que unos pequeños hoyuelos se marcaran en sus mejillas. Sia se ruborizó cuando se percató de que él

la miraba con ese aire de chico malo que tanto desprendía, el típico chico del que tenías que huir pero que no lo hacías porque un maldito imán te atraía más y más sin apenas darte cuenta. Ese chico era él, Miller.

Se quedaron en silencio, mirándose por unos largos segundos que hizo que pudieran suspirar una vez porque se quedaron sin aliento. No sabía qué era lo que pasaba ahí, entre ellos, pero era como una conexión. Como si algo invisible los mantuviese en una órbita diferente al resto del mundo, como si no existiera nada ni nadie más a su alrededor. Era algo de lo que Sia quería escapar, pero no podía.



Capítulo 3

Sin decir nada más y tras romper esa burbuja que se había creado entre ambos, Sia se dio la vuelta y volvió a su casa con el fin de poder dormir algo y olvidar lo que había pasado con ese chico que conocía solo porque era hermano de su mejor amigo, uno que llevaba sin ver años, todo había que decirlo.

Miller se quedó anclado, mirando cómo se iba sin poder rebatirle nada más para hacer que se quedase un rato con él, aunque solo fuera para seguir sacándola de sus casillas. Daba igual el modo, solo quería conocerla más, pasar el máximo tiempo posible con ella.

Cuando comprobó que se había metido en su casa, fue hasta la suya para hacer lo mismo, dormir. Estaba cansado y por la mañana quería madrugar para surfear. Eso era lo único que hizo que tomase la decisión de volver a ese pueblo, poder subirse a su tabla y estar horas en ese mar que tanto le gustaba; caer rendido por las noches, agotado y con el cuerpo entumecido por el dolor que le ocasionaba el ejercicio físico. ¿Qué más daba el dolor muscular cuando lo que le dolía era algo que nadie podía curar? El corazón se le encogía, el pecho le dolía como si hubiese recibido un duro golpe. Y es que haber recibido aquella noticia tras llevar sin hablar con su progenitor más de seis años no es que le hiciese demasiada ilusión.

Ambos dieron vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Algo en su interior estaba pasando, algo que no entendían... Algo que solo ellos podrían averiguar.

Por la mañana, Miller se fue a surfear como tenía previsto y Sia siguió con sus quehaceres en casa de su abuela. Por fin terminaría esa obra que tan locas las había vuelto. Pero claro era lógico si se ponía a arreglar dos de los baños al mismo tiempo; era un caos.

—Bueno, cielo, y dime, es nuestro vecino, ¿verdad? —Se interesó su abuela, interrumpiendo por un momento sus pensamientos.

Se encontraban en el salón arreglando las estanterías. Estaban llenas de fotos de la familia y Loreto había comprado cuadros nuevos para cambiarlas, hacía demasiado tiempo que estaban ahí.

Sia casi se atragantó con su propia saliva al escuchar a su abuela. La miró para después encogerse de hombros, como si Loreto no los hubiese visto en la playa hablando.

—Oh, vamos. Os he visto y sé que es nuestro vecino. ¿Cómo se llama?

—Es Miller Allen, el hijo mayor de Molly.

Loreto abrió los ojos sorprendida, no se habría imaginado que ese chico hubiese vuelto a esa casa después de lo que pasó. El pobre fue quien sufrió todo cuando sus padres se separaron. Pero eso era algo que Sia no sabía.

—Vaya, hacía mucho que ese muchacho no venía por aquí. Con razón no lo he reconocido... —expresó, llena de nostalgia—. Creo que iré a darle un abrazo y a ofrecerle lo que necesite.

Loreto dejó lo que estaba haciendo para salir e ir a ver a ese chico que vio crecer junto con esa familia que tanto quiso. Habían sido vecinos durante muchos años. Sia agarró a su abuela del brazo para prohibirle que lo hiciera y esta arrugó el entrecejo, mucho más de lo que ya estaba arrugado debido a su longeva edad.

—No estarás pensando hacerlo de verdad, ¿no? —Alzó una ceja.

—¿Y por qué no? Ni que te molestase. —Sia puso los ojos en blanco—. En ese caso, serás tú quien vaya y lo invites a comer con nosotras.

—No puedes estar hablando en serio, abuela.

Sia no se lo podía creer, su abuela no podía pensar en esa posibilidad. Ella no lo aguantaba y no pretendía hacerlo durante su estancia en el pueblo. Había ido con la intención de estar tranquila y no pendiente de un chico que solo la provocaba para hacerla rabiar. No, definitivamente no.

Su abuela la miró con cara de perro rabioso y al final tuvo que ir si no quería aguantarla durante todo el día.

—No puedo creer que me haya convencido de hacerlo... —farfulló saliendo de la casa.

Salió de su pequeño jardín y giró a la izquierda para después meterse en el de Miller. Y justo cuando iba a subir los escalones del porche, escuchó su voz.

—¡Vaya! Recibiendo visitas de la pelirroja... —manifestó provocándola, como no.

Sia se dio la vuelta y se quedó bloqueada cuando lo vio caminando hacia ella. Miller iba con el traje de neopreno bajado hasta la cintura, dejando su torso a la vista de cualquiera. Estaba mojado ya que acababa de salir del agua y para colmo, el sol lo alumbraba de un modo que parecía un ángel recién bajado del cielo.

A Sia se le secó la boca y sintió sus mejillas arder cuando él, sabiendo lo que provocaba en ella, sonrió con picardía.

—Si quieres, puedo irme —dijo cuando reaccionó.

—No, por favor. Ya que estás aquí, dime para qué has venido. No todos los días recibo la visita de una chica tan guapa —se arrepintió un segundo después de haber dicho eso. Le dio la espalda mientras subía los escalones del porche.

Sia sonrió cuando él no la miraba, aprovechándose de la tranquilidad de no ser pillada como el día anterior.

—Sé que estás sonriendo, aunque no te vea. —Frunció el ceño.

—¿Ahora también tienes ojos en la espalda?

—No, pero sé lo que provoco en chicas como tú.

«¿Qué dices, capullo?», se preguntó Sia mentalmente en cuanto soltó ese comentario estúpido.

—¿Chicas como yo? —Apiñó los labios intentando no soltarle una bordería solo porque él no supiera mantener la boca cerrada—. Y según tú, ¿cuáles son esas chicas?

—Lo siento, no tenía que haber dicho eso. Me he pasado —se disculpó rápidamente por miedo a que ella no quisiera tenerle cerca. Bueno, mucho más que ahora.

—No sé cómo mi abuela quiere que vengas a casa con lo capullo que eres. Si ella lo supiera, no te invitaría a comer con nosotras. Y es que no lo entiendo, yo te daría una patada en las...

—¿Tú abuela quiere que vaya a comer con vosotras? —preguntó Miller, interrumpiéndola.

Tampoco es que ella estuviese diciendo algo que le agradase mucho. Que quisiera golpear su entrepierna era lo que menos deseaba, aunque se lo mereciera por compararla con esas chicas que se hacían las estrechas pero que, en realidad, estaban locas porque un chico como él se interesase en ellas. No, Sia no era de esas.

—Para mi desgracia, así es. Comemos a las dos en punto, pobre de ti como te retrases y se me enfríe la comida por tu culpa —lo amenazó.

Miller sonrió al comprobar cómo se le oscurecían los ojos cuando se enfadaba. Otra vez quedándose completamente hipnotizados por ellos. O más bien, idiotizado por ella, por toda ella.

—No me amences, estaré ahí antes de que den las dos.

—Con que estés a las dos está bien.

Miller soltó una carcajada que lo dobló en dos, teniendo que agarrarse la barriga incluso. Su comentario había sido de lo más divertido y estaba seguro de que Sia era así, una chica divertida con la que lo iba a pasar muy bien. Si ella lo dejaba, claro está.

Sia no le dejó decir nada más y menos si se reía de ella, así que, sin más, giró sobre sus talones y volvió a casa para decirle a su abuela que tendría visita. «Qué desastre», pensó al tiempo que ponía un pie en la cocina. Loreto la miró con una sonrisa llena de picardía, pues sabía que su nieta estaba así porque ese muchacho había aceptado.

—Bueno, ayúdame a preparar el almuerzo —pidió su abuela tirando de ella.

Sia la miró cabreada, aunque eso no hizo que su abuela dejase de hacer lo que estaba intentando y eso era conseguir que su nieta se distrajera, que viviera un poco antes de meterse en una carrera que la tendría ocupada por cuatro o cinco años. En la vida había que disfrutar los momentos oportunos que se ponían en nuestro camino y no dejar escapar esos días que, después, no podría olvidar y que, si no los vivía, se arrepentiría. Además, sabía que bajo esa fachada de niña cabreada por tener que soportarlo, escondía el verdadero motivo y era que le gustaba.

Estuvieron preparando la comida hasta que casi fueron las dos. Sia dejó a su abuela terminando de hacer la ensalada para poner ella la mesa. Entonces, el timbre sonó y su cuerpo se tensó, sabía que era él. Se puso muy nerviosa, ¿por qué? No lo sabía y tampoco tenía intención de descubrirlo.

Caminó hasta la puerta y tras suspirar unas tres veces, abrió para encontrarse con esa sonrisa que tanto odiaba y... Para qué negarlo, le gustaba. Sí, era así de tonta.

—Qué puntual —musitó, dejándolo pasar.

—Te dije que llegaría antes.

—Y yo te dije que llegaras a las dos. No hacía falta que llegases... —Miró el reloj de su muñeca—. Quince minutos antes. No sé, podrías haber esperado. Ni siquiera está la mesa puesta.

—Venga, cielo, no seas así con el chico.

La voz de su abuela se escuchó tras ella.

—Hola, Miller —lo saludó con cariño. Caminó hasta él y lo estrechó entre sus brazos.

—Hola, Loreto.

—Hacía tanto tiempo que no te veía... Mírate, estás guapísimo. ¿Verdad que lo está, Sia? —preguntó su abuela, provocándola.

Ella se sonrojó al comprobar que él la miraba esperando una respuesta. Se quedó embobado al ver lo bonita que se ponía cuando sus mejillas se teñían de rojo. Sia bajó la mirada siendo consciente de lo que provocaba esa sonrisa. Miller se acercó a ella y se colocó a su lado para obligarla a mirarle. Y lo miró, ¿qué más iba a hacer?

—Bueno, sí que lo estás si no puede ni responder.

—Abuela, por favor...

Loreto soltó una risilla maléfica, y los instó a poner la mesa juntos.

Sia siguió a lo suyo sin hablar de nada, no tenía intención de entablar una conversación con un chico que solo pensaba que las chicas se pegaban a él porque era guapo; un chulo de playa es lo que era, según ella.

Miller en todo momento intentó acercarse, hablar e incluso carraspeó un par de veces para que ella lo mirase, pero ni por esas. Entonces, Loreto llegó con una bandeja y él fue a ayudarla para terminar de colocar toda la comida. Así mismo, la anciana los hizo sentarse juntos y en todas esas acciones, su nieta le echaba una mirada que mataría al mismo Satanás si lo tuviese delante, cosa que ignoró todas las veces. Iba a seguir en su empeño.

—Y cuéntame, muchacho. ¿Cómo está tu madre y tu hermano?

Ya estaban comiendo y la velada, para qué mentir, estaba siendo amena. Estaban hablando de sus familias y Sia recordó que desde que había llegado al pueblo, no se había puesto en contacto con sus padres y mucho menos ellos con su hija. Estaban tan ocupados...

—Mi madre trabaja mucho y mi hermano se fue a la universidad, hace mucho que no lo veo —musitó eso último como si le doliese recordarlo.

—¿Y tú? —preguntó Sia.

Miller, sorprendido de que le hablase al fin, sonrió complacido y la miró a los ojos. Se señaló con el dedo, creyendo que no era real que la pelirroja estuviese perdiendo minutos de su tiempo interesándose por él.

—Sí, tú. ¿Estás estudiando?

—Bueno, en este momento no estoy estudiando, he dejado todo aparcado. Solo me faltan tres asignaturas para terminar la carrera y lo haré el próximo año —explicó siendo consciente de que esa decisión podría no gustarle a la anciana.

Recordaba que siempre que hablaba con su madre le decía que ellos tenían que estudiar, labrarse un futuro para tener todo lo que querían en la vida y por nada del mundo dejarlo. Y ahí estaba él, dejando aparcados los estudios solo porque necesitaba escapar de su familia, su vida, de su padre que intentaba pasar tiempo con él y su hermano. Josh había sido inteligente y le había dicho en la cara que no volviese a llamarle, pero él... ¿Cómo le decía a su padre que lo odiaba por joderle la vida a su madre, por destrozar una familia feliz? Había veces en las que era mejor

mantenerse en silencio y dejar que todo pasase deprisa, casi sin pestañear. Así era como todo volvía a su sitio. Ya sabéis lo que dicen, el tiempo ponía a todo el mundo en su lugar y su padre, debía encontrar el suyo, lejos de ellos.



Capítulo 4

Se quedaron en silencio cuando él confesó que no iba a estudiar ese año, que necesitaba un respiro. Por una parte, ella pensó que cada uno sabía lo que hacía, pero por otra, quería saber el motivo por el que necesitaba estar allí y olvidarse de todo y todos. ¿Qué le pasaba a ese muchacho feliz? Bueno, aparentemente feliz. Esa pregunta rondó su cabeza, aunque creyó que no era el momento de soltarla, ya tendría otra ocasión, estaba segura de ello.

Cuando acabaron de comer, su abuela les pidió que recogieran la mesa para después limpiar todo el estropicio. Obviamente, Miller se negó a que la anciana hiciera nada; sería él quien limpiaría todo con la ayuda de Sia. Lo que pretendía era pasar más tiempo con ella, el máximo tiempo posible.

—Me parece una idea estupenda, después podríais ir al parque de atracciones —propuso su abuela sabiendo que ese plan no le iba a gustar nada a Sia.

—Abuela, sabes que no puedo. Tengo que...

—Boberías. Vamos, cielo. No dejes al muchacho solo después de que se ha ofrecido a recoger todo. Hazlo por mí —dijo haciendo pucheros, obligándola así a asentir.

Ambos se fueron a la cocina y cuando estuvieron lo más alejados de su abuela para que no la escuchase hablar, paró para decirle todo lo que pensaba.

—¿Por qué te empeñas en estar conmigo, Miller? —preguntó poniéndose frente a él—. Te diré una cosa, no me gustas y nunca me vas a gustar.

Él sonrió de lado acercándose un poquito más, obligándola a dar pasos atrás y chocar con la encimera.

—Eso ya lo veremos, pelirroja —susurró en su oído cuando consiguió acorralarla.

La dejó temblando, más de lo que esperaba y sus mejillas se pusieron tan rojas que hasta parecía estar frente a una hoguera, quemándose. No podía dejar que ese estúpido la manipulara para hacerla caer a sus pies, ella no podía permitirlo.

—Vamos, ayúdame a recoger todo esto.

Mientras recogían y limpiaban la cocina, ella se mantuvo en silencio mientras que él no hacía más que suspirar y carraspear para provocarla, acto con el que no consiguió más que ser ignorado todo el tiempo. Aunque Sia no sabía cuánto más iba a aguantar haciéndose la dura. Después de

todo, deberían ser amigos, ¿no? Se conocían desde pequeños, solo que entre ellos jamás hubo una amistad que los uniría por siempre, así como la que supuestamente tenía con Josh. Ese ejemplo tampoco le servía, con Josh tampoco tenía contacto y aunque deseaba saber de él y volver a verle después de tanto tiempo, si él no lo hizo, ¿por qué tendría que preocuparse ella?

—¿En qué piensas? Llevas mucho tiempo callada y ya me estás dando miedo —menciona Miller al fin, tras muchos minutos de silencio. Ya no aguantaba más.

—En tu hermano —respondió como si nada, despreocupada por una vez—. Hace mucho que no sé de él. A veces recuerdo el tiempo que pasábamos juntos. La verdad es que pensé que nuestra amistad iba a durar para siempre, pero se ve que nada es así, todo termina.

Miller la miró mientras que ella secaba los platos. Por primera vez, de todas las cosas que ella había soltado por su boca desde que se habían encontrado, esta era en la que él estaba de acuerdo.

—Cierto. Todo acaba, Sia.

—Sí.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos cuando sus ojos conectaron. La tensión que había entre ellos era palpable, algo con lo que él estaba acostumbrado a lidiar, aunque no con ella. En cambio, Sia nunca se había sentido así con un chico, con alguien que con solo mirarla le hacía sentir que se quemaba viva, con solo sonreírle parecía que se ahogaba en el mar y ni qué decir cuando lo tenía cerca, ahí su cabeza no paraba de girar y girar. Era como si se montase en la montaña rusa más alta, sabía que caería en picado y, aun así, no importaba pues esa sensación de cosquilleo que sentía desde los pies a cabeza, que le recorría entera... Esa sensación era placentera.

Cuando terminaron, salieron de la casa tal y como Loreto les había dicho y caminaron hasta el parque de atracciones que tenían justo en el muelle. Era muy grande y un sitio donde pasarlo bien por horas. Sia no era mucho de ir allí, pero ya que su abuela prácticamente la estaba obligando, intentaría disfrutarlo y así conocer un poco más a Miller, aunque no quisiera estar a su lado mucho tiempo.

—¿Sabes? Pensé que al salir de tu casa buscarías una excusa para librarte de mí —declaró Miller siendo completamente sincero. Ella sonrió.

—Ganas no me has faltado, créeme.

—¿Por qué no quieres estar conmigo? —Sia abrió los ojos—. Oh, no... No de la forma que has imaginado.

—No me he imaginado nada, Miller. Te lo tienes muy creído, ¿no? —Negó, asintió... Se encogió de hombros y le enseñó una bonita sonrisa amistosa.

—Me refiero a pasar tiempo conmigo como amigos. No creo que tenga nada de malo salir con un amigo. Además, nos conocemos desde pequeños, aunque no jugase contigo porque soy mayor que tú por cuatro años.

—Ya, te comportas como todo un adulto al dejar los estudios a un lado para no tener que hacer frente a los problemas —se le escapó lo que le anduvo en la cabeza desde que él lo dijo en la mesa.

Miller se paró en seco y la miró, quedándose completamente asombrado de que tuviese esa imagen de él sin apenas conocerle. Lo juzgaba, sabía que eso iba a pasar. Por eso había veces que prefería no contar nada de su vida, nada de lo que él no pudiera defenderse. Ahora no sabía qué decir pues si decía la verdad, tendría que contarle a una completa desconocida sus problemas familiares y la verdad, no eran tan amigos como para eso, aunque ella le inspirase confianza.

—He dado en el clavo. No me cuentes nada si no quieres, no soy quién para meterme en tu vida y mucho menos juzgarte.

—Pero lo has hecho.

—No, no lo he hecho. Pero es cierto que no entiendo que quedándote tres asignaturas prefieras aplazarlas en vez de acabarlas y librarte de ello. No sé, lo veo un poco estúpido —escupió como si le importase, como si en realidad le jodiera que estuviera cometiendo ese error del cual se arrepentiría.

Miller se estaba cabreando, no podía entender lo que le decía y mucho menos aceptar que se metiera en su vida cuando ella no era capaz de ser completamente clara con él y contarle cosas de la suya.

—¿Sabes qué? Me voy. —Sia abrió los ojos, sorprendida—. Ahora soy yo quien no quiere pasar tiempo contigo.

Miller se dio la vuelta sin mirar atrás.

—¡Espera, Miller! —Agarró su brazo—. No serás capaz de dejarme tirada después de que casi me obligaron a venir aquí contigo.

—Mira cómo lo hago. —Se soltó de su agarre y se marchó por donde habían venido.

—Esto es el colmo —expresó siguiéndole, aunque dejándole espacio para que no pensase que lo seguía.

Miller se fue a su casa cabreado, aunque más lo estaba con él mismo por haber hecho eso. No tenía que haberla dejado tirada, pero tampoco podía estar siempre detrás de ella. Sia también tendría que currárselo un poquito.

Tras esa despedida, no se vieron durante dos días. Su abuela le contó que Miller se había ido con unos amigos a surfear a otras playas. Se había despedido de la anciana, pero no de ella y eso le disgustó, aunque no se lo demostró a su abuela.

Una noche, a los tres días de estar encerrada porque ni ganas de salir tenía, decidió que no tenía que estar así por un chico que no le importaba. «¿Estás segura de ello, Sia?», pensó al tiempo que cogía el móvil y una toalla, iría a la playa. Eran las nueve de la noche y a esa hora ya no quedaba casi nadie, los bañistas se iban sobre las siete y los surfistas estaban en “otras playas”. Así que tenía prácticamente la playa para ella sola y lo mejor de todo, estaba anocheciendo, como más le gustaba.

Salió de la casa y al llegar a la orilla, dejó la toalla en la arena y puso la música en el móvil para luego dejarlo sobre la misma. Unos segundos después, la canción *Yes de Demi Lovato* comenzó a sonar, obligándola a bailar. Sia deseaba tanto dedicarse a ello, el baile era lo que más amaba en este mundo y era lo que a su padre no le gustaba que hiciera. En cambio, quería que hiciera lo mismo que él, ingeniería.

Movía sus caderas al compás de la música, alzaba las piernas y las enroscaba entre ellas. Sia bailaba muy bien, desde niña le gustó el baile y su madre incluso la metió en una academia de donde la sacó su padre a los cuatro años al enterarse de ello. No es que fuese mal hombre, daba la vida por su hija, pero pensaba que una bailarina no podría ganarse la vida igual que una ingeniera.

Mientras tanto, alguien la miraba sin que ella se diera cuenta y disfrutó de cada movimiento de cadera que le regalaba. Miller volvía de hacer surf y cuando la vio en la playa, no dudó en acercarse para hablar con ella y disculparse por lo que pasó el último día que se vieron.

Cuando la canción terminó, un aplauso detrás de ella la tensó. Se dio la vuelta y se encontró con sus oscuros ojos. No lo había dicho, pero Miller tenía los ojos marrones oscuros, tanto que era difícil descifrar sus sentimientos. No como ella, que cuando se cabreaba, el verde de sus ojos se oscurecía.

—Bravo. No sabía que bailaras tan bien, Sia.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Miller —respondió con retintín.

—Vaya, creo que volvemos a tratarnos igual que al principio —mencionó apenado.

—Que yo sepa, no hubo un cambio entre nosotros.

Comenzó a recoger su toalla y móvil para marcharse. Pasó por su lado, pero él agarró su brazo para detener su huida.

—Espera, Sia —dijo preocupado—. Lo siento, ¿vale? Sé que fui un capullo contigo y que solo te preocupabas por mí.

—No te equivoques, Miller. Lo que hagas con tu vida, a mí me da igual —aseguró, esquivando su mirada.

—¿Y por qué siento que no es así? ¿Acaso soy el único que se da cuenta de la tensión que hay entre nosotros? —Ella soltó una risilla irónica.

—No me hagas reír. Entre tú y yo no hay nada.

Sia se soltó de su agarre con la intención de escapar. Y casi lo consigue si no fuera porque él fue más rápido y le prohibió el paso, poniéndose justo delante de su cuerpo. Posó sus manos en la cintura de ella y sintió como la chica se tensaba.

—Dime que no sientes nada cuando estoy tan cerca de ti, cuando te toco, Sia. Dímelo y te juro que no me acercaré más a ti.

Ella respiró profundamente, cerrando los ojos por un instante, intentando buscar la estabilidad que él le estaba arrebatando. Porque sí, tenía razón. Sentía cómo su pecho iba a explotar en cualquier momento solo por el roce de los dedos en su piel. Miller lo sabía, era consciente de que provocaba en ella todo eso... lo sabía porque él sentía lo mismo.

Abrió los ojos al sentir la caricia en su mejilla. Miller estaba cerca, muy cerca y quería escapar... necesitaba hacerlo. No quería tener nada con nadie, no en este momento.

—Dímelo —repitió en un susurro casi audible, con la voz cargada de agonía.

—No siento nada —titubeó, tragando saliva después.

—No te creo.

Fue lo último que salió de sus labios para después besarla. Agarró sus mejillas con ambas manos y pegó su boca a la de ella, provocando un gemido por su parte que lo partió en dos, que lo despedazó en cuestión de segundos. «Claro que lo sentía, claro que lo sentía», se repitió Miller mentalmente una y otra vez mientras que el beso se volvía más intenso, más fuerte. Sia hizo que su mundo se fuera a pique con solo conocerla, no quería imaginar lo que sería vivir todo un verano con ella.



Capítulo 5

Unos largos minutos fue lo que duró el beso, unos que hicieron que Sia y Miller estuviesen a punto de mandarlo todo a la mierda y dar el siguiente paso. Él la apretó contra su pecho, tocando la piel de su espalda. Aún estaba en bikini y eso solo incrementaba el deseo que sentía por ella.

Sia buscaba el autocontrol que él se había quedado en cuanto le enseñó que sí, que había una tensión entre ambos que no se podía controlar, que no había fuerza humana que pudiese apagar esa pasión, esas ganas de besarse. No comenzó el primer día, pero sí empeoró al siguiente. Cuando se vieron por primera vez hacía muy poco tiempo, no pensó que ese chico la iba a trastocar tanto y que iba a conseguir lo que ningún otro fue capaz, hacerla perder el control, un control que ya no poseía.

Al separarse, ambos respiraban con dificultad. Se miraron a los ojos y ella, intentando no parecer una facilona que se dejaba besar por cualquiera, le dio un guantazo con todas sus ganas, tanto que hasta a ella le dolió.

—No vuelvas a besarme nunca más.

Se separó y lo rodeó para luego salir corriendo con el corazón a mil por hora y las piernas hechas gelatina. Llegó a su casa y se encerró en su habitación en cuanto pudo escapar de la mirada acusatoria de su abuela. Estaba segura de que lo había visto todo, siempre lo veía todo.

Fue hasta el baño y se metió en la ducha, necesitaba una bien fría.

Miller no pudo hacer más en ese momento. Ahora que había notado lo que ella sintió con ese beso, no iba a dejarla escapar. No sin luchar hasta el final.

Con una sonrisa en los labios, caminó hasta su casa y tras hacerse la cena, subió a su habitación para descansar un poco o, al menos, intentarlo. Esos dos días en los que no la había visto, en los que escapó para no tener que verla, fueron una tortura y aunque no quería tener nada con nadie en ese momento, algo de ella hacía que la necesitase a todas horas, que quisiera más y más. Se estaba volviendo loco.

Los días siguieron pasando como si nada y después de ese beso, Sia no hizo más que evitarlo e ignorarlo cada vez que se acercaba a ella. Su abuela sabía lo que pasaba y también sabía que Miller era el hombre que su nieta necesitaba para empezar a vivir de verdad. Sus padres la habían

mantenido tanto tiempo en esa burbuja de cristal con el miedo de que se rompiera y pudiese sufrir, que no la dejaron experimentar, no la dejaron disfrutar. Era por eso por lo que durante un tiempo prohibieron a Sia ir a casa de su abuela. Supuestamente, Loreto era para su padre una mala influencia y solo por obligación fue que dejó que volviera, aunque enseñando a su hija que no debía acercarse a personas que la buscasen solo para aprovecharse de ella. En este caso, Miller era una de esas personas.

Estaba en su habitación, ya eran las doce de la mañana y a esa hora solía estar en la playa paseando o haciendo cualquier otra cosa con su abuela, pero desde hacía cuatro días, desde el beso más concretamente, se la pasaba encerrada.

Escuchó unos toques en la puerta y con un “pase” bajito, dejó pasar a su abuela. O eso esperaba ella porque no, no era su ella.

—¿Qué haces tú aquí y cómo has entrado?

Sia se levantó como un resorte y fue hasta él para echarlo de su habitación. Miller levantó los brazos con las manos abiertas.

—Vengo en son de paz. —Ella lo empujó—. Espera, Sia. Tu abuela me dejó subir. ¿Crees que sería capaz de colarme en tu casa para venir hasta aquí? —Ella alzó una ceja—. Que poco me conoces, eso ha dolido.

—Al grano, Miller, no tengo todo el día —lo cortó.

—Vale, vale. Lo siento.

Rodó los ojos separándose unos milímetros de él. Necesitaba poder respirar con normalidad, ya notaba como ese calor abrasador comenzaba a bullir desde la punta de los dedos de sus pies.

—Quiero pedirte perdón —dijo calmadamente, algo que le estaba costando horrores.

Las inmensas ganas que tenía de volver a besarla se incrementaron en cuanto volvió a verla y tenerla tan cerca era algo que no podía soportar. ¿Desde cuándo se había vuelto tan blando? Él no se arrastraba, por el amor de Dios. El problema estaba en que ella era diferente, ella era... Era ella, por estúpido que pareciera, sabía que era ella.

—Qué novedad.

—No me lo pongas tan difícil. Sé que fui...

—No me lo digas, un capullo. Creo que esa palabra ya la había escuchado de tus labios —lo interrumpió, pues no necesitaba escuchar nada más.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? Solo te besé, Sia. No armes un drama por un simple beso —escupió, alzando la voz.

Sia había sido dura con él y ahora él también lo estaba siendo con ella. ¿Tan difícil era llevarse bien? Lo era y mucho, más cuando tenían tantas ganas de volver a besarse, de volver a darse un simple beso como Miller recalcó.

Ella se dio la vuelta, decepcionada. No esperaba que él hablase así de ese beso que a ella la dejó trastocada. Si así era un simple beso, ¿cómo serían los de verdad?

Quería hacer algo, quería hacerle ver que no era como él decía, pero no se atrevía. Además, no se conocían de nada y solo por una estúpida tensión que no podían o no sabían controlar, no iba a joder su verano. Así que se dio la vuelta con la fuerza interior de vuelta, no sabía cuándo lo hizo, y se acercó a él para después darle otro beso, pero esta vez un señor beso.

Miller no se lo esperó y mucho menos supo qué hacer en ese momento. ¿Cómo se actuaba en semejante situación? Se suponía que fue allí para pedirle que volvieran a ser amigos, aunque en realidad nunca llegaron a serlo, no para volver a besarla. Aunque era lo que más quería desde que entró en su habitación y la vio.

Se la encontró con un vestido corto, de esos que tapaban hasta debajo del trasero, que si se agachaba se veía más de lo que podía imaginar. Tenía el pelo recogido en una coleta alta y estaba descalza. No llevaba maquillaje, en realidad, nunca llevaba. Siempre iba natural, como ella.

Miller no sabía si abrazarla, si tocar o no y ella... Bueno, ella quería que la apretara contra su pecho, que le hiciera ver que ese beso no había sido tan simple como para ignorarlo. Sia subió las manos a sus hombros y llena de miedo e incertidumbre, llevó una de ella a su cabello para después tirar de él despacio, incitándole a más, a mucho más. Él no supo reaccionar de otro modo que no fuera morder su labio inferior, provocando un gemido por parte de ella. Y juró por todo lo que conocía, que era el sonido más perfecto que había escuchado jamás.

Al separarse, ella aún tenía los ojos cerrados. En cambio, él los abrió para mirarla como tanto quería. Sonrió al comprobar que sus mejillas estaban rojas y sus labios hinchados por sus besos. Le gustó la sensación de saber que él provocó todo eso y quería repetir, claro que quería.

Sia abrió los ojos y apiñó los labios, intentando por todos los medios no soltarle cualquier comentario que volviera a provocar una pelea entre ambos. ¿Para qué? Estaba cansada de discutir con él.

—Me has besado —expresó Miller sin borrar esa sonrisa burlona.

—Sí, te he besado —repitió ella. Él quiso acercarse de nuevo—. No, no habrá más besos,

Miller. —Frunció el ceño—. Solo lo hice para que vieras... para que veas que mis labios no son simples y también pueden dejar huella.

Alzó las cejas, sorprendido y enfadado a su vez. No con ella, para nada, pero sí con él mismo por soltar ese comentario absurdo. Aunque estaba seguro de que sí habría más besos y mucho mejores que los que ya se habían dado.

—¿Qué pretendes que hagamos ahora? —Preguntó, algo aturdido.

—Ser amigos. Creo que es lo más lógico después de todo, ¿no crees?

—¿Qué ha cambiado? Antes no me soportabas.

—Me he dado cuenta de que estoy perdiéndome el verano solo por estar cabreada contigo, prefiero disfrutarlo —aseguró con media sonrisa.

—¿Conmigo?

Su pregunta le sorprendió. Pensó que estaba siendo lo más clara posible, pero se veía que no.

—¿Con quién sino? No tengo más amigos, Miller.

Él se dio la vuelta y caminó hasta la silla del escritorio para sentarse, le temblaban las piernas y sudaban las manos. Sia estaba siendo muy extraña. De pronto lo insultaba, lo besaba y ahora pretendía que fuesen amigos. Sia se había propuesto acabar con su cordura, con la poca que le quedaba.

Ella fue hasta él y extendió su brazo.

—¿Amigos?

Miller miró hacia arriba y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Parecía que estaba a punto de pactar con el diablo... Bueno, cuando se cabreaba lo parecía. Se levantó y quedó pegado a ella, muy pegado. Quería provocarla, sabía que lo haría. Ella tragó saliva antes de dar un paso atrás, debía mantener las distancias. Solo quería ser su amigo, ¿o no? Ni siquiera lo sabía, pero tenía todo un verano para descubrirlo, antes de volver a la triste realidad que sería salir del pueblo e irse a la universidad. Ahí no tendría tiempo de nada, ni siquiera de tener amigos.

—Amigos —susurró en su oído tras agarrar su mano y tirar de ella para pegarla aún más.

—Bueno, pues lo primero que te voy a pedir es que no me llames pelirroja.

—Los amigos no se ponen reglas, Sia —replicó él.

—Nosotros sí las necesitamos, Miller.

—Como tú digas, pelirroja. —Suspiró exasperada—. ¿Qué? Debía despedirme. —Rodó los ojos.

—Bueno, lo segundo es que no me beses ni me abrases. Somos amigos.

—¿Solo amigos?

—Solo amigos.

La conversación estaba siendo de lo más divertida. Le encantaba eso de sacarla de sus casillas, de esa burbuja en la que estaba seguro la mantenían sus padres para que no viviese nada de lo que estaba a punto de vivir con él. No quería asegurar nada, pero sabía que ese verano sería el mejor de toda su vida, algo se lo decía.

Cuando hicieron el trato estrechando sus manos, ella lo echó de su habitación para poder vestirse y aunque le costó conseguir que se fuera, lo logró. Miller aprovechó para bajar a la cocina y beber un vaso de agua. Haber estado encerrado con ella en su habitación después de haberse besado de ese modo, le estaba provocando cogerla en brazos y llevarla a la cama para hacerle todo lo que pasaba por su mente. Y sí, tenía una erección de mil demonios, necesitaba refrescarse.

Ella se sentó un momento en la cama. Tenía la respiración pesada, el corazón le iba a mil y si no fuera porque él la agarró, se habría caído de rodillas. Se había excitado tanto que le sería imposible olvidarse del tema por mucho tiempo. Ahora no estaba tan segura de ser su amiga, pues no podía serlo cuando lo que deseaba con todas sus fuerzas era que le arrancase la ropa y le hiciera... Se abanicó unos segundos antes de meterse en el baño para darse una ducha, a ser posible, fría.

Los minutos pasaron y Miller seguía solo en la cocina hasta que Loreto llegó con las bolsas de la compra y la ayudó. No se sorprendió de verlo aún en casa, estaba segura de que ese muchacho iba a conseguir convencer a su nieta de pasar más tiempo juntos. Le sonrió con cariño y se sentaron a tomar un vaso de zumo mientras esperaba a Sia.

Como primera medida para no estar en una tentación constante, no la miraría mucho tiempo, solo lo justo y necesario cuando le hablase. Eso era lo que pensaba, pero... ¿Qué era lo que iba a pasar de verdad?



Capítulo 6

Loreto lo miraba con una sonrisa marcada en la cara. Miller no dejaba de mirar la puerta para verla llegar y ya se estaba desesperando porque habían pasado diez minutos y no aparecía.

—Suele tardar —aseguró la anciana. Él la miró—. Mi nieta. Suele tardar en arreglarse cuando está emocionada.

Él se sorprendió al saber aquello.

—¿Lo está? —Se interesó con un aire de picardía—. No sabía que ese sentimiento cupiese dentro de una chica tan dura como ella.

—No seas así. Sia es especial y si sigues aquí, es porque te dio la oportunidad de seguir a su lado. No todos lo consiguen, créeme.

Miller asintió, dándole la razón. Por estúpido que pareciera, era ella a fin de cuentas la que decidía si seguían viéndose o no por mucho que él coqueteara, que la besara sin que se diese cuenta y que la chinchase todo lo que podía para tener algo más que unas miradas furtivas. Le gustaba pasar tiempo con ella, aunque solo fuera peleando.

Unos minutos después, Sia entró en la cocina ya arreglada. Se había puesto un vestido por encima de las rodillas con estampado de florecillas verdes y rojas. Los tirantes dejaban ver más piel, pudiendo fijarse aún más en sus hombros llenos de pequitas minúsculas.

—Al fin, lo tenías desesperado —mencionó Loreto buscándole la boca a Miller.

Su abuela podía ser muchas cosas, pero tonta no era una de ellas. En cuanto vio cómo se miraban, cómo su nieta se sonrojaba cuando lo tenía cerca o lo nerviosa que se ponían ambos al estar juntos, le demostró que se gustaban y no iba a desaprovechar la oportunidad de juntarlos. Conocía a Miller y sabía que era bueno. Independientemente de las novias que hubiera dejado por el camino y ese carácter que lo identificaba, no era un mal muchacho. Le gustaba para su nieta.

Se levantó para acercarse a ella y habló con voz temblorosa.

—Qué guapa.

—Gracias —titubeó, poniéndose nerviosa.

—¿A dónde iréis? —Se interesó Loreto.

Su nieta la miró con una ceja alzada, haciéndole ese gesto que tanta gracia le hacía,

prohibiéndole meterse en su vida. Nunca haría eso, nunca se metería en lo que su nieta quería hacer, al contrario.

—Vale, está bien. No preguntaré.

—No pasa nada, Loreto. Iremos al parque de atracciones —intervino Miller ganándose un codazo de su *amiga*.

—Eres un blando... —refutó Sia.

Sonrió a la vez que cogía la mano de Miller y tiraba de él para salir de la casa de una vez. No iba a estar todo el rato dándole explicaciones a su abuela, ya no era una niña.

Cuando salieron, ella emprendió el camino en dirección al parque de atracciones. No quedaba lejos, pero sí para ir caminado. Miller la cogió del brazo y la llevó hasta su coche entre risas y quejas. Sia era más de pasear, de disfrutar del paisaje mientras ejercitaba las piernas.

—Eres un vago —se quejó una vez se subieron en el coche.

—No, solo me gusta llegar con todos los pulmones en su sitio.

—Oh, vamos, no está tan lejos. Eres un exagerado. Ni que fueras a ir corriendo —replicó ella, regalándole la mejor de las sonrisas.

Estaban empezando a llevarse mejor, a charlar sin pelear, a mirarse sin tener la necesidad de comerse a besos, aunque eso les costaba más. Ahora se trataban como amigos, como si en realidad lo fuesen desde siempre y no tras haber descubierto que realmente no podían serlo porque la tensión entre ellos siempre iba a estar ahí, creciendo, alimentándose de unas simples caricias, de unos abrazos amistosos... Bueno, fingidos. Miller no iba a estar mucho tiempo mintiéndole y mucho menos a él mismo. Sia le gustaba e iba a luchar para conseguir que ella confesara que el sentimiento era mutuo y no un espejismo que él se había creado en cuanto la vio mirándole el culo. Algo en ese momento se encendió dentro de él, algo que no sabía descifrar.

Diez minutos después y tras haber aparcado, se bajaron del coche. Como ella decía, podrían haber ido andando.

—¿Preparada para pasarlo bien? —preguntó Miller poniendo las manos sobre los hombros de ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

Sia asintió y sonrió a su vez, sintiéndose por primera vez desde que estaba allí, libre, contenta y con ganas de disfrutar de ese verano. De ese último verano porque sabía que al siguiente no podría volver, los estudios se lo impedirían.

—Mejor no me sonrías así. —Ella apiñó los labios—. Es que tengo que hacerme a la idea de

que ahora somos amigos y no podré besarte, aunque me muera de ganas de...

Comenzó a acercarse un poco más y ella puso su mano en el pecho de él para impedir que se pegase completamente. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no caer en sus redes, Miller era un seductor. Comenzó a negar y lo empujó para después salir corriendo mientras se carcajeaba. Él no tardó en ir tras de ella.

—¡No sabes lo que has hecho, pelirroja!

—¡Ya has roto dos reglas hoy, amigo! —Gritó con diversión.

—Y si me dejas las romperé todas, amiga.

—Prefiero que me llames pelirroja a que estés todo el tiempo con el *amiga*, resulta perturbador.

—Sabía que al final te gustaría —dijo cuando la alcanzó, agarrándola de la cintura.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos, observando cada expresión. No sabían cómo iban a parar ese deseo que crecía en su interior, ni cómo iban a ser amigos, era complicado. Sonrieron y ella aprovechó para alejarse de él unos milímetros, solo unos cortos milímetros porque más no era capaz.

En realidad, lo que más quería era que la cogiera de la cintura, que la besara hasta perder el control, que la llevase hasta su coche, adonde fuera que estuvieran a solas y deshacerse entre sus brazos como si fuese lava ardiente. Porque así era como se sentía, como un volcán en erupción por su culpa.

—No sé si voy a poder cumplir tus reglas, Sia. Me muero por besarte y hacerte sentir... —se quedó en silencio.

—¿Hacerme sentir qué? —Expresó con la voz cargada de agonía.

—No esperaba que quisieras saberlo, la verdad es que prefiero mostrártelo. —Sonrió con picardía.

—Eres un capullo, Miller. Y no, no me vas a enseñar nada.

Se soltó de su agarre y escapó de nuevo de él, alejándose lo máximo posible. Él agachó la cabeza, negando a su vez, y caminó tras ella, pero esta vez poniendo más distancia entre ambos. Estaba tan excitado que tenía miedo de que ella se diese cuenta, si no lo había hecho ya.

Sia paró justo en la montaña rusa, quería montarse antes de comer porque estaba segura de que, si lo hacía después, acabaría vomitando. Se puso en la cola para esperar su turno. Miller

estaba a su lado, rozando sus dedos, solo unos roces que hicieron que ella lo mirase de reojo, sonriéndole como una tonta, porque así era como se sentía.

—¿Estás segura de que te quieres montar en eso? —Lo señaló.

—¿Qué hay de malo? Siempre me han gustado las alturas.

—No me lo esperaba, pensé que eras de esas niñas con miedo a todo —se burló empujándola despacito, solo para chincharla un poquito.

—Pues no, no me dan miedo las atracciones —aseguró alzando el mentón, sintiéndose orgullosa de ello.

Entonces una idea cruzó la cabeza de Miller.

—En ese caso, podrías venir a hacer surf conmigo. Te aseguro que lo disfrutarás muchísimo. —Ella comenzó a negar rápidamente—. ¿Cómo? ¿Te subes aquí a sabiendas que se puede caer, pero no puedes subirte a una tabla de surf y bailar con las olas?

—No, eso no puedo hacerlo.

—Oh, no hablas en serio. Si es como si estuvieses bailando como tanto te gusta.

Llegaron a la taquilla para comprar los tickets, ya casi les tocaba subirse a la montaña rusa. Miller miró hacia arriba, comprobando de cerca la altura que esa atracción tenía y comenzó a temblarle las piernas, a él no le gustaba demasiado ese tipo de diversiones. Sia se dio cuenta y se mordió el labio inferior, reprimiendo las ganas que tenía de carcajearse de él.

—Prefiero bailar en la arena, que el agua me roce los pies y sentirme libre cuando lo hago —murmuró en su oído, poniéndolo nervioso, más aún.

Él la miró y sus narices chocaron, sus labios estaban tan cerca que casi se rozaban, así lo quiso ella. Su intención era que perdiese el miedo a la montaña rusa, que se olvidara de lo que estaba a punto de hacer, sin darse cuenta de que el método que había elegido rompía todas las reglas que ella misma había impuesto al aceptar ser amigos. Miller agarró su cintura y fue a besarla, ya casi sus labios se pegaban, faltaba muy poco y cuando casi llega, los interrumpieron. Ya les tocaba subir.

Sia volvió a morderse el labio, sabiendo que ella misma había provocado que él no dejase de mirarla. Cogió su mano y tiró de él para después sentarse en sus respectivos asientos. Justo cuando comenzaron a moverse, él se acercó a ella, cogió su mejilla y la besó a sabiendas que podría llevarse otra cachetada. El beso no duró ni un minuto, no pudo, pues la montaña rusa ya estaba subiendo alto, muy alto.

—¿Tienes miedo, amigo? —Preguntó ella, sabiendo la respuesta.

—No tiene gracia, pelirroja. Odio las alturas —titubeó aferrándose a ella como a un clavo ardiendo.

—Oh, Dios mío. Me lo podrías haber dicho, Miller.

—Lo sé... ¡Lo sé! —Gritó cuando bajó a toda prisa.

Ya no pudo decir nada más, las palabras no le salían, los ojos no podía abrirlos. Ella comenzó a disfrutar del viaje, alzando los brazos a la vez que las carcajadas empezaban a hacerle daño en la garganta.

Unos pocos minutos después, estaban abajo. Sia ayudó a Miller a bajar, estaba mareado. Se puso en una esquina a vomitar y eso que no habían comido aún. Ella se acercó y posó su mano sobre su espalda, haciéndole ver que estaba ahí con él, que no le dejaría solo en ese momento. «¿Qué amiga hacía eso?», se preguntó él. Sia seguía ganando puntos y estaba sobrepasando todas las barreras que se había puesto para no enamorarse de ella. Joder, sí que lo tenía crudo.

Sia lo dejó unos momentos solo para ir a comprarle un botellín de agua, lo que menos quería era que se deshidratara y tuvieran que ir a urgencias para que le pusieran un suero. Cuando volvió, él estaba sentado en los escalones de la salida de la montaña rusa.

—Ten, esto te ayudará —le dio el botellín.

—Gracias, pelirroja. —Bebió un sorbo tras quitar el tapón.

—¿Te sientes mejor? —Dijo sentándose a su lado, pegándole un pequeño empujón, provocándole un poquito.

Él suspiró y la miró de reojo. No podía creer que ella estuviese así, riéndose de él por tener miedo a esa atracción del demonio.

—Me debes una —refirió levantándose.

Se agarró a un árbol cercano, aún se tambaleaba un poco.

—Espera, te caerás. —Lo agarró—. Yo no te debo nada, ¿de qué hablas?

—Me he subido ahí por ti, ahora te toca a ti hacer algo por mí.

Frunció el ceño, aunque creía saber lo que él iba a decirle. Y no, no estaba dispuesta a hacer eso, ni que estuviese loca.

—Te enseñaré a surfear —afirmó Miller con seriedad.

—Ni lo sueñes, amiguito. Creo que el mareo te ha afectado al cerebro, será mejor que vayamos a comer algo.

Y así, cambian de tema, tiró de él para ir a comer.

Por un momento, Miller se quedó callado. Estaba seguro de que conseguiría que Sia hiciera surf. Solo era cuestión de tiempo convencerla y de eso, era lo que más tenía.



Capítulo 7

Lo estaban pasando en grande, ya Miller se sentía mejor de ese mareo y no vomitó más. Estaban disfrutando mucho del parque de atracciones. Entre risas, miradas, coqueteos y caricias furtivas pasaron las horas, ya casi eran las nueve. Habían pasado el día completo ahí y estaban deseando repetir, aunque sin montarse en la montaña rusa, eso solo lo haría Sia que le encantaba.

Cuando salieron de allí, subieron al coche y Miller arrancó para después salir del parque. Era la hora en la que llegaban los más jóvenes, los adolescentes. No es que ellos fueran adultos, pues Sia solo tenía dieciocho años y él veintidós.

Durante el camino estuvieron en silencio. Sia miraba por la ventanilla, viendo el atardecer. Le hubiera gustado verlo en la playa, paseando por la arena fría a esta hora y respirar ese aire limpio que el mar te regalaba.

—¿Damos un paseo? —Preguntó él, rompiendo ese silencio que, por otro lado, no era para nada incómodo.

Ella giró la cabeza, mirándole a los ojos. Una sonrisa afloró en esos perfectos labios que ya estaba loco por besar. Asintió con rapidez y una vez llegaron, aparcó y salieron del vehículo para dirigirse a la playa, aunque dejando los zapatos, de momento, en el coche.

Miller extendió su mano para que ella la agarrase y así lo hizo. Apretó su mano como si se pudiera escapar, sabiendo que eso no iba a pasar por mucho que ella lo echase de su vida. Él le había demostrado en tan solo unos días lo importante que era estar a su lado, pasar tiempo con ella. Esos momentos tan bonitos como un paseo por la playa viendo el atardecer o montando en una montaña rusa para acabar vomitando, daba igual.

El silencio reinó durante el paseo y cuando Miller pensó que ella se daría la vuelta para volver, tiró de él.

—Quiero enseñarte algo —expresó emocionada.

—¿El qué? —Sonrió.

—Espera y verás.

Siguieron el camino sin soltarse de la mano, como si fuesen una pareja de enamorados, esos que se amaban tanto que no podían estar separados ni unos milímetros porque era como si les faltase el aire.

Miller miró hacia donde se dirigía. Hacía mucho tiempo que se acercaban al muelle donde debajo, cuando había marea alta, las olas chocaban con esos troncos que sostenían la plataforma.

—¿Qué hacemos aquí? —Se interesó él, soltándose un momento para adelantarse.

—Quiero contarte la historia de la piedrecita azul que ambos llevamos en el cuello —anunció ella algo emocionada al recordar a su abuelo. Lo quería tanto y lo echaba tanto de menos... Con él pasó los mejores momentos de su vida, adoraba cuando le contaba historias tan preciosas que no podía olvidar y no creía poder hacerlo nunca.

—No sabía que tuviese una historia. Lo único que me dijo tu abuelo era que la piedra era mágica, te conectaba a las demás e incluso a la persona que la llevaba.

De pronto, Miller caminó hasta ella y se puso delante, mirándola a los ojos, aunque bajando de vez en cuando hacia su boca, deseoso por besar esos labios y morir ahogado en un beso desesperado que lo llevaría a la más lejana isla, una tan lejana que le costaría volver. Así se sentía cuando la besaba, perdido.

—Así es, nos conecta, Miller —titubeó nerviosa—, pero también nos da esa paz que a veces necesitamos.

Se separaron y fueron hasta la arena para poder sentarse. Sia quería contarle la historia con calma, recordándolo con cariño.

—Mi abuelo me contó que una noche soñó con que paseaba por la playa y veía al fondo, bajo el muelle, que algo brillaba. Fue hasta esa luz que lo llamaba y encontró la piedra completa —habló despacio, como si le costase seguir—. Al despertar, hizo exactamente lo mismo con la sensación de que iba a encontrarla y así pasó, encontró la piedra de su sueño en el mismo lugar y exactamente igual. Decidió que debía compartirla pues para él era mágica y por eso la rompió a trocitos para regalarle un pedazo a la persona en la que él más confiaba.

—Para mí es un honor llevarla en mi cuello. Además, cuando no la tengo es como si me faltase algo.

Sia asintió, haciéndole ver que a ella le pasaba lo mismo. Jamás se quitaba el colgante, ni para bañarse.

Se quedaron de nuevo en silencio, pero esta vez para escuchar el sonido de las olas terminando en la orilla. Ella se tumbó en la arena, importándole muy poco ensuciarse el vestido y él hizo lo mismo, poniéndose muy cerca, casi rozándola. Sus dedos se movieron, buscándose entre sí para después enroscarlos. Se miraron y sonrieron. Un suspiro se le escapó a ella cuando vio su sonrisa, cuando él le regaló esa sonrisa llena de picardía.

—Me lo he pasado muy bien hoy, Miller. Has resultado ser un buen amigo todo el día, aunque hayas roto algunas reglas —declaró nerviosa por su cercanía.

—Yo también lo he pasado bien y no me importaría seguir rompiendo las reglas, Sia... quiero besarte —susurró acercando su cara a la de ella.

Ahí, tumbados en la arena, mirándose como si no existiese nada más que ellos... Fue un perfecto momento. Miller rozó sus labios en un intento fallido de no besarla, porque quería respetar lo que ella le había pedido, pero no podía. Se le estaba yendo de las manos y no creía poder ser su amigo, no deseándola como lo hacía.

Ella se dejó besar, dejando acceso libre a su lengua para que buscase la suya propia, para que bailasen entre ambas, para que muriesen en la danza.

Él subió su mano a la mejilla de ella, acariciándola despacio, con una dulzura que la estaba matando. Su mano comenzó a bajar, pasando los dedos por su cuello, su clavícula y perdiéndose después en sus pechos.

Un gemido lastimero escapó de los labios de Sia en cuanto notó la mano de Miller tocando sus pechos, volviéndola loca. Quería parar, quería volver a ser amigos antes de cometer una locura de la que, seguramente, no se arrepentiría pero que la alejaría de él. Entonces se separó e hizo que él dejase de tocarla para después sentarse. Antes de seguir adelante, tenía que preguntarle algo.

—¿Por qué dejaste a Tammy? —Miller se incorporó como un resorte. Jamás se habría imaginado escuchar esa pregunta por su parte.

—¿Cómo sabes eso?

—Tammy y yo somos amigas y cuando su madre me dijo que Miller, el ex de su hija estaba en el pueblo, até cabos. No hay demasiados chicos con tu nombre, ¿sabes? —habló con la voz entrecortada.

Miller se quedó en silencio, buscando la respuesta correcta para que ella no pensase lo que no era. Su relación con Tammy había terminado por muchos motivos y uno de ellos era que ya no la quería, aunque en realidad dudó mucho de haberlo hecho en algún momento. El amor era un sentimiento demasiado importante como para sentirlo por cualquiera que se cruzaba en tu camino.

—No sé qué es lo que te habrá contado, Sia.

—Solo sé que la dejaste, nada más. Tammy y yo hace mucho que no hablamos y la verdad, uno de los motivos por el que hice este viaje fue para verla, pero se marchó a la universidad antes

de tiempo.

—Lo sé, yo también vine por eso. Quería aclarar algunas cosas con ella.

—¿Qué cosas? —Preguntó, dudosa.

Miller se levantó, sintiéndose por un momento acorralado. No le gustaba sentirse de ese modo y menos cuando las cosas no habían pasado como ella seguramente estaba contándole a todo el mundo. Él llevaba meses intentando romper con Tammy simplemente porque se había dado cuenta de que no la quería y prefirió serle sincero y dejarla antes de que el tiempo se lo prohibiese. No iba a estar con alguien que no quería, ¿no? Además, nunca le dio esperanzas a Tammy de ser mucho más de lo que eran. Solo se venían en verano, por el amor de Dios.

—Lo siento, Miller. No quería que te sintieras así, es solo que... No puedo seguir con esto si solo hace un mes que dejaste a Tammy. Ella es mi amiga y no sé cómo se sentirá si llega a enterarse de que tú y yo...

Él no la dejó hablar y la agarró para después besarla y devorar su boca como ansiaba, deseando callarla de una vez, pues no quería seguir escuchando esas tonterías. Ninguna amiga cuando era de verdad debía enfadarse con la otra por estar con el chico con el que estuvo antes y mucho menos si no había amor entre ambos. ¿Y si ese chico se había enamorado de la amiga y viceversa? ¿Qué pasaba cuando ocurrían esas cosas? Era doloroso sí, pero lo era más vivir engañado.

Al separarse, Miller volvió a pegar su frente a la de ella. Ambos respiraban con dificultad. Después de un beso así, lo siguiente era desnudarse y sentirse piel con piel, pero era pronto para eso y más cuando Sia insistía en que debían ser amigos y nada más que amigos. Aunque se estuviese muriendo porque la hiciera suya de una vez por todas.

—No la quería, Sia, y no podía estar con alguien que no está en mi corazón. Lo entiendes, ¿verdad? —Asintió—. Y si Tammy se enfada contigo por estar conmigo, es porque no es tu amiga de verdad.

—No es tan fácil, Miller. No puedo hacerle eso a mi amiga, lo siento.

Se separó de él y salió corriendo para dirigirse a su casa. Miller volvió a quedarse pasmado, viendo cómo volvía a escapar de él. Aunque esta vez escapaba de todo, incluso de sus besos.

—Joder —escupió pegándole una patada a la arena.

Miller le dejó espacio, el suficiente para que ella llegase y así no verse cuando él volviera a su coche. Cuando dejó de verla, caminó en la misma dirección y aunque habría hecho hasta lo

imposible para hablar con ella y hacerla entrar en razón, le dejó ese espacio que sabía que necesitaba. Así que entró en su casa y fue directo al baño para darse una ducha.

Cuando acabó, salió con una toalla alrededor de su cintura y justo cuando iba a ponerse unos pantalones, su móvil sonó. Tenía un mensaje. Lo miró y comprobó que era su hermano.

Josh:

Hola, hermanito.

¿Cómo estás?

En una semana estaré por allí.

Lo leyó un par de veces, como si esa noticia no le gustase. Sabía que la llegada de su hermano lo iba a separar de Sia. Ellos fueron tan amigos de pequeños que no dudaba que eso siguiera igual o más aún.

«¿Y si llegan a gustarse?», pensó. Comenzó a teclear una respuesta.

Miller

Hola.

¿Estás seguro?

Que yo sepa, no querías venir.

La respuesta no tardó en llegar y fue la peor que podía recibir.

Josh:

Lo sé.

Pero me han dicho que Sia está allí.

Tengo muchas ganas de verla.

Ya sabes que ella y yo teníamos algo especial.

Miller tiró el móvil sobre la cama y se pasó las manos por el rostro, frustrado. No, no podía dejar que ellos se quedasen a solas, que pasaran ese tiempo que él quería pasar a su lado. No sabía lo que le estaba pasando con Sia, lo que estaba sintiendo por ella y se estaba volviendo loco, nunca se había sentido así.

Se levantó y puso los pantalones para después, sin ver si su hermano había escrito más, dejar el móvil en silencio y acostarse. Estaba muy cansado y tenía sueño, pero no paraba de darle vueltas a su hermano con Sia y eso..., eso era algo que no lo dejaría dormir y mucho menos, vivir.



Capítulo 8

Otra vez estuvieron dos días sin verse. Sia solo salía sobre las diez de la noche para pasear por la playa y bailar, cosa que le relajaba, para después volver agotada y acostarse. Aunque no dormía demasiado bien desde que lo vio por última vez.

Al tercer día, su abuela entró en su habitación sobre las once de la mañana, hora en la que recién se estaba levantando. Algo raro en ella, todo había que decirlo. Loreto se sentó a orillas de su cama y la miró con una ceja alzada, cansada de ver cómo se iban los días y que por terca se estaba perdiendo.

—¿A qué esperas para vivir el verano? Estoy cansada de ver como desaprovechas la oportunidad que tienes, Sia —le reprochó su abuela, agarrando su mano.

Sia la miró por unos segundos, solo unos pocos segundos para después volver a darse la vuelta en la cama, perdiendo la mirada por la ventana. Era lo mejor que tenía esa habitación, podía ver la playa acostada sin necesidad de levantarse.

—Sia... —Suspiró—. ¿Qué ha pasado entre Miller y tú?

Esa pregunta no se la esperó y mucho menos por parte de su abuela. Se incorporó sin mirarla, no podía hacerlo porque su Loreto tenía el don de saber la respuesta con solo mirar sus ojos.

Sia quería responder a eso, quería poder decirle algo, pero ni ella misma sabía qué pasaba con Miller. Cuando estaba con él, las horas iban de prisa, se olvidaba de todo, del mundo en general y eso era algo que aún no entendía. ¿Qué sentimiento podía tener hacia una persona que solo conocía desde hacía poco más de una semana? Era cierto que desde niños sabían de su existencia, pero nada más que eso. Si fuera Josh, con él sí tenía una amistad, pero con Miller... Negó dándose la vuelta, creyendo que era mejor ser clara con su abuela, era muy sabia y podría darle algún consejo.

—¿Qué pasa, cielo? Parece que cuanto más te acercas a él, más quieres alejarte. ¿Por qué? —Se levantó para ponerse frente a ella y así, con cariño, agarrar sus manos.

—No lo sé, abuela. No sé qué me pasa con él. —Agachó la cabeza—. Cuando estamos juntos lo pasamos muy bien y he descubierto que podemos hablar de cualquier cosa. Además, me hace reír y... —Se quedó en silencio.

—¿Y?

—Y no sé... no sé lo que siento. Solo... me gusta, nada más.

—Y si te gusta, ¿por qué huyes de él? Ese muchacho ha venido todos los días para saber cómo estabas, está bastante preocupado —expresó con sinceridad.

Volvieron a sentarse y se quedaron en silencio por unos minutos, unos muy largos en los que ella no dejó de pensar en lo que su abuela le había dicho. ¿De verdad estaba tan preocupado? Esa pregunta martilleó su cabeza desde que Loreto se lo confesó. Quería verlo, hablar con él y aclarar algunas cosas antes de volver a ser “amigos” ... ¿A quién quería engañar? Ella no quería ser su amiga, lo único que le pasaba era que le gustaba y el hecho de saber que había estado con su amiga Tammy le molestaba bastante.

—Yo solo quiero que vivas, cariño. No quiero que pases todo este tiempo aquí metida huyendo de un chico que, no te voy a mentir, se muere por ti. —Sia abrió los ojos sorprendida por la aclaración de su abuela y se sonrojó al instante.

Loreto soltó una risilla al percatarse de lo que había provocado en su nieta al decirle lo que pensaba de ese chico. Pero es que era así, cuando Miller la miraba se quedaba tan embobado que parecía no despertar con nada.

Su abuela, tras mencionarlo, se levantó de la cama para después darle un beso e irse de la habitación sabiendo que su nieta se iba a vestir para buscar a ese chico que estaba volviendo su tranquilidad, un auténtico caos.

Cuando se quedó sola, fue hasta la ventana y miró al frente, perdiéndose por un momento en el azul del mar. Respiró profundamente, metiendo el aire que esos días parecía haber desaparecido y cerró los ojos para relajarse. Pensó que podría dejar la mente en blanco, pero le fue imposible cuando, al abrir los ojos, se percató de lo picado que estaba el mar. Inmediatamente pensó en él, seguramente estaría surfeando.

Sin pensarlo más, se vistió a toda prisa y salió de su habitación. Bajó las escaleras de dos en dos, aunque con cuidado de no caerse. Su abuela la vio correr desde el umbral de la cocina y sonrió complacida porque sabía que había ayudado a que su nieta dejase el encierro y a no esconderse más de ese muchacho que lo único que quería, era hacerla reír.

Al salir a la calle, Sia miró al cielo donde unos nubarrones bastante oscuros pasaban por el pueblo, avisando de una tormenta bastante fuerte, estaba segura de ello. Importándole muy poco que las primeras gotas comenzaran a caer sobre ella, caminó por la arena para acercarse a la orilla donde lo esperaría. Metió los pies en el agua, estaba caliente e invitaba a bañarse, pero cuando había olas tan altas, era peligroso hacerlo.

Decidió que era mejor sentarse a esperar a que Miller se cansara y saliera. Jugueteó con la arena, miró el mar, se levantó y metió los pies de nuevo y volvió a sentarse; así estuvo media hora y nada, Miller no salía. Estuvo diez minutos más y se levantó para dar un paseo, quería llegar al muelle. Debajo de este había muchas piedrecitas de colores y estaba perdiendo la costumbre de coger algunas; ese verano aún no había tenido tiempo de hacer las cosas que más le gustaba y esa era una de ellas.

Y mientras ella pasaba el tiempo cogiendo esas piedrecitas de colores que tanto le gustaban, Miller la vio salir de casa y correr a la playa. La observó durante el tiempo que estuvo sentada en la arena y una parte de él pensó que estaría esperándole, pero no fue así cuando la vio levantarse para pasear.

Se mantuvo en el porche durante media hora hasta que Loreto, al salir de casa para tirar la basura, lo vio y se acercó a él.

—Hola, muchacho. ¿Qué haces ahí que no estás con mi nieta? —Frunció el ceño.

—Hola, pensé que no quería verme —musitó, sentándose en las escaleras del porche.

—No digas tonterías, Miller. Ella quiere verte, te lo aseguro.

Caminó hasta él y se sentó a su lado. Esa anciana iba a conseguir juntarlos a como diese lugar.

—Algo te preocupa, ¿me equivoco? —Miller agachó la cabeza—. Oh, vamos. Puedes decírmelo, prometo guardarte el secreto —le insistió.

Miller suspiró mientras cerraba los ojos y recordaba los mensajes que su hermano le había mandado. Pronto lo tendría ahí con él y con... bueno, con Sia. No quería compartirla con nadie, pero estaba seguro de que cuando Josh llegase, él pasaría a segundo plano.

—Mi hermano llegará en unos días —declaró sin abrir los ojos.

—Pero eso es estupendo. No hay nada mejor que pasar el verano con tu familia.

Él la miró y negó con el ceño fruncido.

—Si él viene, Sia se olvidará de mí por completo y se fastidiará lo poco que he conseguido con ella —expresó algo cabreado.

—No creo que eso pase, te lo digo yo que conozco a mi niña —aseguró la anciana con una sonrisa jovial—. ¿Sabes? Creo que ambos estáis empezando a sentir algo que no podéis explicar y eso no va a cambiar, aunque venga tu hermano. Además, Josh y Sia solo son amigos, Miller. No creo que mi nieta vea a su amigo de ese modo. ¿No crees?

—Nosotros también somos amigos. —Ella negó—. Bueno, entre nosotros ha pasado algo más, pero...

—¿Lo ves? No solo sois amigos. Así que ahora levántate y ve a buscarla, ella te buscaba a ti.

Miller se levantó con una sonrisa de oreja a oreja. Que Loreto le dijera que Sia lo buscaba fue lo que le impulsó a no dejarla escapar más, y mucho menos dejaría que volvieran a pelear por cosas o personas que no estaban en sus vidas porque para él, Tammy no existía y para ella, no debería existir Josh. Al menos del modo en el que él quería estar con ella.

Se había dado cuenta de que esa chica de cabello rojo y ojos verdes le gustaba bastante, más de lo que pensó cuando la vio el primer día. Y es que pasar tiempo con ella había sido la mejor idea que había tenido. Aunque nunca pensó que llegaría a besarla, que ni siquiera se acercaría a ella del modo en el que lo hizo, ahora no dejaba de pensar en otra cosa que no fuera besarla y... se moría por hacerla suya, por tenerla entre sus brazos. Ciertamente, se moría por ella y no sabía cómo explicarlo y mucho menos descifrar todos esos sentimientos.

Corrió por la orilla como si se le fuese a escapar, como si ella volviese a alejarse de él, pero esta vez no sería así.

Cuando llegó al muelle, la vio agachada cogiendo unas piedras. Caminó sigiloso para que no se diese cuenta de que la observaba, de que se quedaba bloqueado cuando la tenía delante. Por un momento, Miller pensó que hablar con ella sería lo que debía hacer, pero eso se fue de su cabeza en cuanto ella se levantó y se dio la vuelta para ver quién era la persona que tenía detrás.

En cuanto sus ojos se encontraron, Miller no lo pudo soportar. Caminó hasta ella para agarrar sus mejillas y besarla como tanto había querido hacer esos tres días en los que no la había visto. Ni siquiera podía pensar con claridad y darse cuenta de que, besándola de nuevo, podría alejarla. Pero no le importó correr el riesgo, ella merecía la pena.

Sus labios seguían pegados tras unos largos segundos. Miller la apretó contra su pecho en cuanto ella se dejó hacer, subiendo los brazos hasta sus hombros, aferrándose más de lo que esperaba. Sia le estaba demostrando que ella también quería ese beso, que los días que habían estado alejados habían sido una tortura para ambos y eso le alegró, le hizo comprender que no la perdería por mucho que su hermano volviese.

No tenían voluntad para separarse, no podían siquiera pensar en la posibilidad de alejarse de nuevo. Esto era una locura, una de la que no podían escapar porque ellos ya estaban locos... el uno por el otro.

Al separarse, más por obligación que por ganas, pegaron sus frentes sin dejar de observarse,

sin dejar de memorizar cada gesto del otro. Una sonrisa se dibujó en los labios de ella, jodiéndolo todo porque Miller quería volver a besarla.

—¿Te das cuenta de que no podemos estar separados más de tres días? —Preguntó él, besando la comisura de sus labios después.

—Me he dado cuenta de que intento ser tu amiga cuando en realidad me muero porque, cada vez que nos veamos, me beses —declaró ella, siendo completamente sincera con él e incluso con ella misma.

No podía engañarse más, ¿para qué? No servía de nada decirse a uno mismo que no sentías nada cuando el cuerpo reaccionaba diferente cuando lo tenías cerca, cuando te rozaba, te besaba e incluso, cuando te sonría. Parecía una tontería, algo que seguía sin tener explicación, pero ahí estaba... pasando a su alrededor, demostrándoles de nuevo que no podían ser amigos por muchas reglas que se pusieran.



Capítulo 9

Durante unos minutos se quedaron en silencio, cada uno encerrado en sus propios pensamientos, aunque sin apartar la mirada pues era imposible hacerlo.

Sia solo pensaba en las ganas que tenía de estar con él sin miedo a nada, ni siquiera a hacerlo siendo para ella su primera vez. Era algo que temía pero que se moría de ganas de que pasara.

Miller pensaba en lo bonita que se veía con los labios hinchados por sus besos, en las ganas de volver a besarla y perderse en su cuerpo. Incluso moría por perderse dentro de ella entre las olas, haciendo suyo el mar mientras que sus cuerpos se volvían los dueños de ellos mismos. Podría ser una fantasía, como un sueño para él. Tenerla cerca, acariciarla y hundirse en ella. En su puta vida había tenido tal necesidad de estar con una persona. Era la primera vez que le faltaba el aliento cuando Sia se alejaba, cuando ella juraba que no podían ser más que amigos porque sería complicado, teniendo la certeza de que lo complicado era ser menos.

¿Cómo romper el silencio teniendo esas ganas de besarse? Ambos sabían que tenían que hablar. Aunque no fuesen a ir en serio, siempre era mejor ser claro para después no llevarse sorpresas.

Sia agarró su mano y tiró de él para caminar por la orilla mientras la lluvia los mojaba como si fueran una pareja normal, de esas que se amaban con fuerza.

—Está lloviendo, Sia —refirió él, tirando de ella para llevarla de nuevo al muelle y resguardarse hasta que la lluvia cesara.

—No importa, Miller. Prefiero pasear así, mojándome con el agua que cae del cielo mientras meto los pies en el mar. Me relaja —respondió ella, insistiendo.

Al final salieron de debajo del muelle y comenzaron a caminar bajo la lluvia. A veces era bueno dejar que el agua te calara los huesos, que te enseñara que lo más importante era vivir, que no pasaba nada porque te cayeran algunas gotas de agua sobre la cabeza.

Miller la miraba de reojo, deseando detenerse para poder decirle todo lo que sentía, lo que le estaba haciendo sentir. Aunque la conocía de toda la vida, no llegó a conocerla del todo... hasta ahora que estaba viendo cada faceta de una muchacha que parecía ser callada e incluso tímida. En realidad, Sia era todo lo contrario y le encantaba, le demostró que no todas eran iguales y que siempre habría una que te dejaría destrozado. Que tendría ese poder que pocas poseían, el de hundirte y salvarte.

—No me gusta cuando estás tan callado —murmuró ella, parando un momento para saber qué le ocurría.

—Solo pensaba.

—¿Se puede saber en qué? —Se interesó ella, siendo consciente de lo que le dijera, ella sería la protagonista.

Y es que a ella le pasaba lo mismo. Intentó evitarlo a toda costa, intentó alejarse de ese chico atrevido y seductor que hizo que se volviese loca. Quiso disfrutar de un verano tranquilo, percatándose de que lo que en realidad necesitaba, era todo lo contrario.

—En ti, en mí... en todo. —Suspiró—. Mira, Sia, sé que no quieres hacer daño a Tammy y créeme, lo entiendo. Pero...

Sia no lo dejó acabar y besó sus labios. ¿Para qué hablar cuándo lo que más deseaba era besarle, abrazarle, sentirle?

Miller la abrazó, metiendo sus manos bajo la camiseta de ella con la necesidad de sentirle, acariciarla. La deseaba tanto... Jamás en su vida había deseado a alguien con tanta intensidad y, aunque parecía una locura, estaba sintiendo cosas que nunca había sentido.

Se separaron unos milímetros, solo unos pocos milímetros porque más no podían. Aún no habían abierto los ojos, solo respiraban con dificultad. Parecían estar pensando las palabras a decir en aquel momento que tan loco se estaba volviendo.

Entonces, ambos abrieron los ojos a la vez y se miraron fijamente. Los ojos de ella estaban oscurecidos por la excitación y fue ahí cuando Miller supo que podía ser claro y confesarle lo que ya no era un secreto. Pero antes, tuvo que besarla de nuevo, se estaba volviendo adicto a esos labios.

—Te deseo, pelirroja. Más de lo que puedo admitir —declaró al separar su boca de la de ella—. Eres una jodida tentación que va a acabar conmigo. —Mordió el labio inferior de ella, provocando un gemido a modo de respuesta.

Si su pensamiento era dejarla ir tras esa declaración, comprobar lo que provocaba en ella lo volvió loco y ya no pudo dejar de besarla.

Sia no pudo decir nada, solo sentir y demostrárselo... Demostrar lo que necesitaba en ese momento. Metió sus manos bajo su camiseta para después acariciar su torso. Miller se tensó al sentir sus manos y no pudo más. La cogió en brazos y ella enroscó sus piernas alrededor de su cintura. Las manos de Miller se colaron bajo la ropa de Sia, acariciando sus nalgas. Un gemido se

escapó de los labios de la pelirroja en cuanto sus lenguas se enroscaron, al igual que sus cuerpos.

Con ella en brazos, se arrodilló y la dejó sobre la arena mojada. Y desde su altura, la observó. Ahí ya no importó mojarse por la lluvia y mucho menos esas estúpidas reglas que ella había puesto con el fin de conseguir alejarlo cuando lo que menos quería, era eso.

—Quiero hacerte mía —susurró en su oído para después besar su cuello con delicadeza.

Sus manos viajaron desde su cintura hasta sus pechos, donde tocó con una tranquilidad que estaba matándola.

Los besos cada vez eran más profundos, más largos y excitantes. No podían llegar tan lejos allí en la playa, no cuando cualquiera que pasase podía verlos, aunque fuese extraño que un día lluvioso alguien visitase o paseara por la playa.

—Sia, debemos parar antes de que no podamos hacerlo —expresó Miller.

—No puedo hacerlo, Miller. Ya no quiero parar —declaró ella, sintiendo como sus mejillas se tornaban en rojo por la vergüenza de decirle eso.

—Prefiero que nadie nos vea. Prefiero hacértelo en mi cama, si tú me dejas —propuso con media sonrisa, mirándole a los ojos. Ella asintió sabiendo que no podía decirle que no.

Tras aceptar su propuesta, Miller se incorporó y extendió su mano para ayudarla a levantarse también. Justo cuando ella se puso de pie, sus cuerpos quedaron pegados y no pudieron soportar la tentación y las ganas de volver a besarse, era algo que no podían controlar. El deseo, la excitación... las ganas de unir sus cuerpos era lo único que importaba. En lo único que no pensaban era en las consecuencias de ese encuentro. ¿Será que también podrían unir sus corazones?

Entre besos y caricias, entraron en esa casa que hacía tanto tiempo que Sia no pisaba. Antes lo hacía para jugar con su amigo, ahora para acostarse con el hermano de este. Era una locura contra la que no podía luchar, pues lo había intentado y falló.

—No sabes las ganas que tengo de recorrer tu cuerpo con mis manos, Sia. Lamer hasta el último rincón. —Ella gimió en respuesta, haciendo que Miller se quitase la camiseta empapada.

Miller no se hizo esperar y tal como él fue desnudándose, también la ayudó a ella. Aún no habían llegado ni siquiera a la habitación. Todo estaba pasando en la entrada de la casa, tan deprisa que no llegarían a una cama. Pero no, él no quería perder el control, no sin saber si ella había estado con alguien antes pues no estaba seguro de ello. Aunque Sia estaba siendo la mujer más ardiente que había conocido en toda su vida, juraría que era el primero en adorar su

inmaculado cuerpo.

Se separó de ella unos milímetros para después comenzar a besarla con dulzura, dejando de lado un poco esa hambre que sentía para hacerla delirar. Para él mismo disfrutar de ese momento.

—Vamos arriba, Sia —pidió con la voz cargada de agonía, de una que no conocía.

Ella no respondió, no podía. Sus ojos estaban cerrados, sus labios entreabiertos y sus mejillas rojas... Miller juró que era perfecta en ese momento. La cogió de nuevo, obligándola a abrir los ojos y a enroscar las piernas alrededor de su cintura, la pegó a la pared y devoró su boca. «A la mierda la calma», pensó mientras que con una mano la agarraba y con la otra, buscaba la excitación de ella, metiendo los dedos entre sus piernas, buscando acceso a su interior. Quería comprobar cuán preparada estaba, deseoso de hundirse en su interior de una vez.

Comenzó a subir despacio y al llegar a la puerta de su habitación, la abrió con una pierna. La dejó con cuidado sobre la cama para después volver a contemplarla.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Se interesó él.

Ella se incorporó un momento, temerosa de que cuando supiera que aún era virgen, la rechazara y dejara así, vestida y alborotada. Sia asintió, negó y se encogió de hombros, como si con eso pudiese responder sin palabras.

—No pasa nada, Sia. No haremos nada que no quieras —aseguró él, sorprendiéndola, sorprendiéndose.

Sí, Miller estaba sorprendido de sí mismo. No porque la quisiera solo para acostarse con ella, sino porque era capaz de aceptar un no en este momento. El Miller del pasado la habría dejado, le habría importado una mierda todo, porque antes solo buscaba un cuerpo, alguien con el que disfrutar un rato y nada más. Pero con ella todo había cambiado... él había cambiado.

—Eres el primer chico que me toca, que me hace sentir así. —Sia suspiró—. Y no me importa porque quiero hacerlo, Miller. Quiero hacerlo contigo. No me preguntes por qué, porque no lo sé. Pero siento que tú eres el indicado —declaró avergonzada, escondiendo después la cara entre sus manos.

—No te tapes y mírame. Que me hayas elegido significa que soy importante para ti, aunque no me lo merezca. —Se sentó a su lado—. Sia, no quiero que lo hagas conmigo solo porque te he excitado, quiero que lo quieras de verdad.

Miller se acostó en la cama y le instó a que ella hiciera lo mismo, dejando su cabeza reposando en su pecho.

—Me importas, Sia, como ninguna otra me ha importado. No sé lo que estoy sintiendo, pero no quiero que acabe y si tú quieres esperar, lo haremos. Solo no te alejes de mí por muchas cosas que pasen.

Esas palabras iban con un mensaje oculto. Algo le perturbaba. O alguien, mejor dicho. Solo hacía tres años de ese pasado. Miller quiso cambiar y para ello debía alejarse de todos, incluidos su madre y hermano. Se metió en la universidad y aunque ahí tampoco logró demasiado, lo intentó y ganó... Ganó el antiguo Miller, echando de una patada al hijo de puta que se había instalado en su cuerpo para joderle la vida.

No podía echarle la culpa a su familia de su cambio pues no sería honesto, el culpable era él y solo él. Y ahora, en solo unos días, una chica que parecía desconocida entraba en su vida y la ponía patas arribas; sus miedos, recuerdos, incertidumbre y deseos estaban a flor de piel y lo único que realmente temía, era que ella lo echara de su lado. Si eso llegase a pasar, Miller no levantaría cabeza jamás.



Capítulo 10

Sin darse cuenta, se quedaron dormidos. No sabían cuántas horas habían pasado desde que llegaron, pero cuando Sia abrió los ojos, lo contempló. Una sonrisa bobalicona se dibujó en sus labios a la vez que se mordía el labio inferior. Miller estaba solo en bóxer y bueno, ella estaba también en ropa interior.

Entonces, una idea cruzó su cabeza y la puso en marcha. Se quitó el sujetador y las braguitas de algodón y se pegó a su cuerpo para después comenzar a trazar dibujos en su pecho, buscando el modo de despertarlo y que, al fin, la hiciera suya porque no tenía más dudas. Él se había comportado como todo un caballero y eso hizo que ella dejase a un lado el miedo para entregarse a él por completo.

Miller comenzó a sentir cosquillas y el calor de un cuerpo desnudo a su lado. No recordaba que estuviese compartiendo cama y cuando los recuerdos de hacía unas horas se colaron en su mente, sonrió sin abrir los ojos todavía. Su mano derecha, que era la que aún estaba debajo del cuerpo de ella, comenzó a acariciar la espalda de Sia hasta que se percató de que estaba completamente desnuda y solo así sus ojos se abrieron tan abruptamente que casi se le salieron de las órbitas.

Sia soltó una risita que a él le llenó el alma. Miller, con un movimiento que ella no esperó, se puso encima y miró su cuerpo desnudo mientras se sostenía con uno de sus brazos. Con miedo, comenzó a acariciarla desde las caderas. Sia suspiró con una sonrisa y subió sus brazos hasta el cuello de él para atraerlo y besarlo. Para decirle que sí, que ahora no quería parar.

El beso comenzó dulce y tierno, lleno de una sensación inexplicable, hasta que no pudieron más y lo intensificaron. Miller aprovechó para llevar su mano hasta la intimidad de ella y, por fin, acariciarla, buscando un placer que hacía tiempo no encontraba. Primero tocó por encima, de arriba abajo y solo unos segundos después, deslizó un dedo en su interior, provocando un respingo por su parte y un gemido descontrolado.

—Shh... Solo quiero que te relajes y disfrutes. Quiero volverte loca y que no sientas dolor cuando esté dentro de ti, Sia. ¿Podrás hacerlo? —Le preguntó mirándola a los ojos. Ella asintió y volvieron a unir sus labios.

Llenándola de besos, movió despacio el dedo en su interior. Sia gimió, lo hizo de tal manera que él no podía esperar mucho más para estar dentro de ella. Quería hacerle el amor, quería demostrarle lo que con palabras no podía porque no se atrevía, porque aún no sabía lo que sentía,

porque era complicado y el miedo a que todo acabase, era algo que lo martirizaba.

Miller besó su cuello despacio, acariciándole el cuerpo, volviéndola loca al igual que él. Bajó sus labios hasta los pechos de ella y con una delicadeza desgarradora, los besó y lamió como si fuese el mejor de los helados, el de su sabor favorito. Ahí estuvo unos minutos, dándole placer, haciendo que se relajara, aunque no lo estuviese consiguiendo porque todo eso para ella era nuevo y lo único que necesitaba era tenerle dentro.

—Miller —murmuró en un intento fallido de hablar, pero no podía.

Él sacó al fin su dedo para después levantarse y tras quitarse el bóxer ante los ojos de ella, cogió un preservativo del cajón y se lo puso. Sia no hacía más que mirarlo de arriba abajo, siguiendo cada movimiento, grabando a fuego en su memoria algo que, por mucho que quisiera, sabía que sería pasajero. Eran tan diferentes y a la vez se atraían tanto...

Miller volvió a ponerse encima y entre caricias, le abrió las piernas para ponerse entre ellas y mirarla a los ojos, pidiéndole permiso para dar el siguiente paso.

—Sí quiero, Miller, lo necesito... te necesito —repitió acongojada, excitada.

Con la mirada oscurecida, lo miró a los ojos y después lo besó, metiendo su lengua en la boca de él, devorándose con ansias, hambrientos de deseo, de un deseo que los comenzó a volver más locos.

Despacio y sin dejar de besarla y acariciarla, entró en ella. Sia gimió de dolor, un dolor que, aunque era algo que al principio no podía soportar, sabía que sería pasajero.

—¿Estás bien? —Le preguntó, parando para no hacerle daño. Ella asintió—. Puedo parar si quieres.

—No, no quiero que pares. Hazlo ya, Miller.

—Lo que quieras, pelirroja.

Miller se movía despacio, como si estuviese bailando una canción lenta, de esas que te erizaban la piel si la bailabas con la persona que amabas. Pronto comenzaron los jadeos enloquecedores, los besos pasionales y las caricias calientes que harían que explotaran.

Él estuvo todo el tiempo pendiente de no hacerle daño, de hacerla disfrutar, de demostrarle que no era una más. Él sabía que no era una más.

Parecía estúpido que un chico como él, que estaba acostumbrado a estar con chicas que abrían las piernas a la primera de cambio, estuviese de ese modo con la única chica que, sin quererlo, se estaba metiendo en su corazón. Ella lo estaba cambiando, Miller se estaba

ilusionando con alguien que sabía que no era para él, pero iba a luchar con lo que fuera para que Sia no se alejara de él. Porque eso no lo soportaría, no desde que la estaba conociendo en profundidad. Aun no sabían demasiado el uno del otro, pero no importaba porque sabían lo suficiente, aunque él estuviese escondiendo cosas.

¿Cómo se le contaba el pasado a una persona sabiendo que podía perderla por culpa de él? ¿Cómo decirle que tenía miedo a perderla cuando estaba claro que no era suya? ¿Cómo comprobar si se estaba enamorado cuando no conocía el amor?

Demasiadas preguntas sin respuestas, demasiados sentimientos sin conocimiento.

Cuando Miller se percató de que a Sia no le dolía, comenzó a moverse más rápido buscando un placer que ya existía, que ya los tenía amarrados. Sia gemía en su boca, mientras estas se daban el mismo calor que ahora se regalaban sus cuerpos.

Miller la acariciaba con deleite, como si estuviese pintando el mejor de los cuadros. Ella alzó la pelvis, buscando más profundidad, buscando sentirlo más si podía. Su cuerpo empezó a tensarse a la vez que su piel se erizaba. Sentía como si algo fuerte que no podía controlar, se apoderaba de ella por completo. Un remolino en su interior se mezclaba con el deseo de ser amada por primera vez por un chico que, sin pensarlo, estaba consiguiendo que ella viviera. Hacía tanto tiempo que no se sentía así, como si fuese un sueño del que no quería despertar por miedo a que se esfumara.

Cuando acabaron, tras volverse locos al terminar, Miller cayó a su lado y la pegó a su cuerpo. Besó su cabeza con cariño y ella lo miró.

—¿Qué tal estás? —Se interesó él.

—Bien. —Sonrió—. Más que bien.

Él soltó una risita de lo más cómica pues se sentía feliz, mucho, a decir verdad.

—Eso significa que te ha gustado —afirmó burlándose de ella un poquito.

—La verdad... —Suspiró—, ¿repetimos?

Miller se incorporó, quedando sentado, y la miró con una sonrisa de oreja a oreja. No estaba hablando en serio.

—No me lo puedo creer —habló con diversión.

—Pero mira que eres capullo. —Se levantó, alejando su piel de la de él, dejándola desprotegida.

Miller la miró levantarse y suspiró creyendo que lo necesitaba, como si le faltara el aire y así era, le faltaba cuando ella no estaba a su lado.

Se levantó y se acercó a ella para prohibirle que se vistiera. No quería que se enfadara con él solo por una broma tonta que no tenía que haber hecho. La abrazó por la espalda y ella pegó un respingo.

—Lo siento, no quería burlarme de ti.

—No estoy enfadada, Miller. Es solo que ya es tarde y tengo que irme.

Se dio la vuelta para mirarle y sonreírle.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Dijo él, pensando por sexta vez lo que quería decirle.

—Acabas de hacerlo. —Sonrió, negando—. Claro, dime.

—¿Te has enamorado alguna vez?

Esa pregunta no se la esperó. Por un momento pensó que le diría cualquier estupidez de tantas que soltaba durante el día. Sia se quedó pensando porque no sabía qué responder. Era cierto que estuvo algo obsesionada con Ethan, pero nunca supo si en realidad era amor. Menos aún cuando vio cómo se besaba con una de sus amigas y no sintió nada por perderle.

—No, jamás he conocido el amor de verdad. ¿Y tú? —Quiso saber.

—No sé. O sea, no, nunca he estado enamorado, pero... no sé qué se siente, no sé si es lo que... —Se quedó en silencio, las palabras no querían salir.

—¿Qué? Dime, Miller —le instó a que siguiera.

Y justo cuando iba a responder, el móvil de ella comenzó a sonar, interrumpiendo uno de esos momentos del que seguramente escaparían para no dar a conocer sus sentimientos hasta estar seguros.

Sia se soltó de él y lo cogió, era su abuela.

—Hola, abuela. ¿Qué pasa?

—*Cariño, ¿dónde estás?*

—Estoy... estoy...

No sabía si decirle que estaba en casa de Miller y mucho menos que... bueno, tendría que decirle otra cosa.

—Estoy en la playa, dando un paseo.

—*Qué raro, hace unos quince minutos que vengo de allí y no te he visto.*

—Bueno, porque estoy en otra playa.

Su abuela sonrió, sabía que su nieta le estaba mintiendo y precisamente era eso lo que quería que hiciera. Siempre había sido la chica perfecta, la que hacía todo lo que sus padres decían, la que se escondía en los brazos de su abuela cuando alguien se le acercaba más de la cuenta. Le costó mucho hacerse amiga de Josh y justo por eso quería que se acercara a Miller, aunque no contaba con que se gustaran, pero tampoco le molestaba.

—*Vale, tranquila. Saluda a Miller de mi parte, cielo. Y que no te traiga tarde... Mentira, no pasa nada si vienes más tarde, cariño, tienes edad de disfrutar.*

Ella rodó los ojos, haciendo que él sonriera por verla así. Le gustaba que fuese tan natural con él, que no le importase estar desnuda ante sus ojos, sabiendo que en cualquier momento la cogería para volver a llevarla a la cama.

—Está bien, abuela. No llegaré tarde. Te quiero.

Sia colgó y dejó el móvil en la mesilla para después mirar a Miller y pegarse a su cuerpo.

—¿Por dónde íbamos?

—Estábamos hablando —musitó él, pegando su boca a la de ella para después morderle el labio inferior.

Un jadeo involuntario la delató, volvía a estar deseosa de sus caricias. Miller la cogió en brazos en cuanto la escuchó y ella enroscó las piernas alrededor de su cintura. Al pegar sus cuerpos, entró en ella despacio, así, de pie y con ella entre sus brazos, sintiéndose piel con piel, como ansiaban. Sia se cuidaba y ya no quedaban barreras entre ellos que los separasen, pudiendo sentirse de una forma más íntima.

Unos segundos después, caminó hasta el escritorio y la dejó sentada.

—Me vuelves jodidamente loco, Sia —declaró—. No sabes las ganas que tenía de tenerte así, entre mis brazos, entrando y saliendo de ti mientras acaricio tu cuerpo, haciéndolo mío.

Miller nunca esperó decir esas palabras. Nunca sintió esa necesidad de tener a alguien entre sus brazos, en su vida, en general. Porque no era lo mismo desear que necesitar. Soñar que vivir. Amar que... no sabía lo que esa palabra significaba porque era una demasiado importante como para pensar en ella tan pronto. Solo sabía que la quería en su vida, que la necesitaba porque era como una droga, la peor que había probado sabiendo que esta no tendría voluntad para dejarla.

Ya tuvo una adicción hace años, una muy dura que casi acababa con él y su familia. Aunque

por culpa de esa familia, estuvo así.



Capítulo 11

Después de ese encuentro, los días comenzaron a pasar y todos se basaron en eso; estar juntos durante el día para después amarse por la noche en el interior de esa casa.

Esos días fueron tan perfectos que prácticamente no pensaron en nada más que no fueran ellos mismos y ese deseo que cada vez se hacía más fuerte, tanto que casi les era imposible ignorarlo y mucho menos a la luz del día, delante de todo el mundo.

Se olvidaron de todo, incluso Miller se olvidó de que su hermano estaba a punto de llegar y solo faltaban horas para eso. No estaba preparado para compartirla y menos para que ella se enterara de cosas de las que no estaba orgulloso. Pero sabía que tarde o temprano todo se iba a saber y prefería decírselo él antes que nadie, al menos tendría el beneficio de la duda, ¿no?

Pero... ¿cómo le contaba ese pasado del que escapaba cada vez que tenía oportunidad? Lo único que tenía claro era que no podía escapar de ella y para que eso pasara, tenía que ser sincero.

Esa mañana se levantó con las cosas muy claras; le diría a Sia todos los motivos por los que no jugaba con ella y su hermano cuando apenas eran unos niños. El motivo por el que dejó ese pueblo, por el que dejó los estudios y lo que era más importante, el motivo por el que volvió cuando juró no hacerlo jamás.

Tras una ducha rápida, se vistió y salió de su habitación para después bajar a toda prisa. Ni siquiera desayunaría, no tenía apetito por lo nervioso que estaba.

Entonces, el timbre sonó. Con una sonrisa, caminó hasta la puerta, estaba seguro de que era ella quién lo buscaba tan temprano. Pero cuando abrió, su cara cambió borrando esa sonrisa de un plumazo. Su hermano Josh había llegado antes de tiempo, muchas horas antes. Se suponía que llegaba por la noche, a eso de las ocho, y no fue así.

—Hola, hermanito. ¿No te alegras de verme? —Preguntó sarcástico, sabiendo la respuesta.

Obviamente no, no se alegraba y mucho menos cuando sabía el por qué había vuelto a esa casa. Por Sia.

—¿No llegabas por la noche? —Ignoró su pregunta para formular otra.

—Ya veo que no, no te alegras —respondió entrando en la casa.

Miller se apartó, ni siquiera podía rozar a su hermano. No es que se odieran, pero el divorcio

de sus padres los había distanciado. Aunque si Josh no le echase la culpa de todo lo que había pasado solo por sus malas decisiones, no estarían así en este momento.

—¿Por qué has venido antes de tiempo? No me has dado tiempo a prepararme —expresó, confuso.

—¿Prepararte? Hace una semana que te dije que venía. ¿Qué más tiempo necesitas para, según tú, “prepararte”? —Le hizo la pregunta haciendo comillas al terminar.

Caminaron hasta el salón y Josh miró cada rincón de esa casa, de ese hogar que tanto quiso y al que echaba de menos. No podía creer que su vida hubiese cambiado tanto y que ya no vivieran allí, habían sido muy felices en ese pueblo hasta que... Miró a su hermano con asco. Sí, asco, rencor y ¿odio? No sabía si era odio lo que sentía por él. Siempre quiso a su hermano, pero a veces decían que, del amor al odio, había solo un paso.

Josh se acercó a la pared que tenía varias fotos colgadas; eran de ellos mismos, de la familia y sus padres. Cogió esta última y se sentó en el sillón a observarla con detenimiento; en la imagen se veía a sus padres felices, como hacía tiempo no los veía porque no lo eran, ya no.

—¿Qué se siente al pisar la casa en la que fuimos felices? —Dijo Josh, analizando las palabras que él mismo había soltado.

No quería pelear tan pronto, pues no llevaba ni diez minutos frente a Miller, pero ver esa foto le cabreó al comprobar que eso era pasado y que ya nada haría que volvieran a aquella época.

—No sé a qué viene esa pregunta. Supongo que lo mismo que tú. —Suspiró Miller, sentándose en el sillón que tenía al lado—. Añoro muchas cosas, Josh.

Este lo miró con el ceño fruncido, como si no creyese sus palabras. En realidad, así era, no creía nada de lo que su hermano le decía desde hacía mucho tiempo. ¿Por qué lo haría ahora si estaban en una situación peor que antes?

Josh trató de relajarse y volvió a mirar la imagen. Por un momento, recordó un instante feliz, solo uno pues el resto era tensión, odio, lágrimas... dolor, mucho dolor. Su madre sufrió y seguía haciéndolo y que su hijo mayor hiciera cosas de las que no estaba orgullosa, era una piedra más para ese pozo en el que estaba metida desde que se separó del hombre al que amaba.

—¿Sabes lo que añoro yo? —Miller negó, agachando la cabeza.

A veces le costaba mantener la mirada a su hermano pequeño por el simple hecho de que le dolía la manera en la que le miraba.

—Añoro a papá, los días de barbacoa en la que los padres de Sia estaban con nosotros.

Añoro esa felicidad que tú, por egoísta, te cargaste.

Miller no lo soportó más y se levantó. Su hermano había venido para fastidiarle y lo estaba consiguiendo. Necesitaba salir de allí y evadirse de cualquier manera. Caminar a veces le relajaba, algo que solo hacía con Sia.

Caminó para marcharse sin responderle porque no le salían las palabras.

—¿Adónde vas? ¿Tanto te jode la verdad?

Miller se dio la vuelta para encararlo.

—Me jode que hables sin saber, Josh. Pero no pasa nada, tú puedes seguir viviendo dentro de esa burbuja. Espero que estés preparado para cuando explote, porque lo hará y te tragarás tus malditas palabras —aseguró, cabreado.

Y así fue como el día se fue a la mierda, con solo unas pocas palabras cruzadas con su hermano pequeño. Aunque si pensó que eso era lo único que tendría que soportar esa mañana, estaba equivocado. Cuando llegó a la puerta y la abrió, Sia estaba a punto de tocar el timbre. Sus ojos conectaron y solo esos segundos bastaron para que el malhumor que tenía se esfumara y sintiera que todo tenía arreglo.

—Sia, ahora mismo iba a buscarte.

Ella no respondió y se abalanzó a sus brazos para después, devorar su boca con ansias. Miller la recibió gustosa, olvidándose de nuevo de lo que le rodeaba, incluido su hermano que ya estaba en casa.

Josh, al escuchar que Miller hablaba con alguien, se levantó para saber con quién. Al llegar hasta ellos, sus ojos se abrieron desorbitadamente al comprobar que su hermano se besaba con una chica pelirroja. En ese momento no pensó en su amiga porque, ¿cómo alguien como ella iba a estar con un tío como su hermano? No, eso no podía pasar.

Cansado de ver ese espectáculo, carraspeó para interrumpirles. Miller resopló al separar unos milímetros su boca de la de Sia y justo ahí fue donde se jodió el día completo.

Sia dirigió la mirada a quien había carraspeado y sus ojos se abrieron como platos. Era Josh, no había cambiado nada en todo ese tiempo. En cambio, él aún seguía negándose a que ella fuera la muchacha que besaba a su hermano con esas ganas hacía apenas unos segundos.

—¿Josh? ¿Eres tú? —Dijo ella, jodiéndole al confirmar que sí, efectivamente era Sia la que devoraba la boca de su estúpido hermano.

—Joder, Sia. Has cambiado muchísimo —expresó él acercándose para darle un abrazo.

—Espero que para bien —mencionó con una sonrisa.

Se abrazaron con cariño. Habían sido muchos años de amistad y aunque se alejaron durante un tiempo, cuando se era amigo de verdad, no importaba el tiempo ni la distancia.

—Para muy bien, estás preciosa. —Besó su mejilla.

—Miller, ¿por qué no me habías dicho que venía? —Miró a su “novio”; aún no tenían claro lo que eran—. Podríamos haberle organizado una bienvenida.

—Lo siento, no me ha dado tiempo. Se suponía que llegaba esta noche. Además, en lo que menos he pesado estos días ha sido en la llegada de mi hermano —contó mirando fijamente a su hermano, haciéndolo conocedor de lo que había pasado entre ellos.

Sia le dio un codazo por ser tan bocazas y soltó una sonrisilla que la delató ante su amigo.

«¿Estará enamorada de Miller?», pensó Josh, observándola.

Los tres se quedaron en silencio. A veces era mejor estar callado para no decir algo de lo que te pudieras arrepentir y Josh estaba loco por soltar una de las suyas delante de Sia para dejar en evidencia a su hermano. Todo fuera por alejarla de él.

Por alguna extraña razón, Josh sintió celos, unos que no estaban justificados puesto que ellos solo eran amigos. También era cierto que él había vuelto solo por ella y enterarse de que estaba con su hermanito, le molestó más de lo que se esperaba. Aunque no se lo esperaba, para nada podía creer que ella podría estar con alguien y mucho menos con Miller. Ahora solo pensaba en los mensajes que le mandó a su hermano hacía una semana. ¿Por qué no le dijo que estaban juntos? Se podría haber ahorrado ese momento de haberlo sabido con antelación. De todos modos, tampoco es que hubiese cambiado nada si eso hubiera pasado.

—Bueno... —Suspiró Sia, mirándolos de hito en hito—. ¿Cuánto tiempo te quedarás, Josh?

—Hasta que empiece el nuevo semestre en la universidad.

—Pensé que venías solo para unos días —intervino Miller.

—Pensaste mal.

—Es que no lo entiendo. Tú odias este sitio —reclamó delante de la pelirroja.

Sia no lo entendía, sabía que se llevaban mal pero no hasta el punto de ponerse a discutir delante de ella. Estaba claro que iba a averiguar qué pasaba entre ellos o que pasó para que unos hermanos se llevaran así. Si ella tuviese una hermana, estaba segura de que sería su mejor amiga y pasarían mucho tiempo juntas.

—Tú también lo odias y aquí estás. Además, ¿qué más te da? Estaré aquí hasta que me salga de los huevos y si te molesta, vete tú.

Josh se arrepintió al instante de haberle hablado así delante de ella. Tenía que controlar esa rabia que bullía con fuerza cada vez que se encontraba con su hermano, pero es que no podía controlarlo, era como si se apoderase de él y explotase para dañarlo todo. No se consideraba una mala persona y había veces en las que incluso había intentado acercarse a Miller, pero fue en vano, todo lo que hizo fue imposible.

—Lo siento, Sia —se disculpó.

—No pasa nada. —Negó ella, restándole importancia.

—¿Nos vamos? —Le pidió Miller, acercándose a ella.

—Está bien, demos un paseo. Lo necesitas.

Sia dejó de prestarle atención a Josh para ponerla entera en Miller. Este se dio cuenta de cómo se miraban. De cómo, con solo una mirada, se decían todo lo que no eran capaces de decir con palabras. Y aunque dudaba de que su hermano tuviese sentimientos hacia otra persona que no fuese él mismo, no podía negar que se le notaba que había algo ahí y tenía que pararlo antes de que fuera demasiado tarde. ¿Y si le hacía daño a ella también? ¿Y si no podía ayudarla? No, no podía permitirlo.

Ellos volvieron a mirar a Josh con la intención de despedirse y este se encogió de hombros, fingiendo poca importancia.

—Nos vemos más tarde, Josh. Si quieres, puedes venir a almorzar a casa. A mi abuela le encantará verte —propuso Sia caminando hasta su amigo.

Le dio un abrazo cariñoso seguidamente de un beso en la mejilla.

—Me ha encantado volver a verte.

Sin más, Sia se dio la vuelta y tras coger la mano de Miller, salieron de la casa sin mirar atrás. Bueno, ella no lo hizo, él sí. Miller miró a su hermano y este cerró las manos en puños a cada lado de su cuerpo mientras apiñaba los labios, intentando controlar ese cabreo que se incrementó en cuando la vio besarse con él.

Miller se dio cuenta del estado en el que estaba Josh y estaba seguro de que después de eso tendría muchos problemas con él.



Capítulo 12

Durante el paseo, Sia y Miller estuvieron en silencio. Ella no quiso tocar el tema de Josh y él no era capaz de decirle en este momento nada. Era mejor esperar unas horas o días. Total, su hermano no se iba a ir y las cosas se iban a complicar, de eso estaba seguro.

Cansados de caminar, se sentaron a orillas de la playa, lo suficientemente cerca como para solo mojarse los pies con el agua. Ella suspiró mirando al frente, se sentía un poco mal por ellos. No es que tuviera la certeza de que antes tenían buena relación, pero tampoco le gustaba que se llevaran así de mal. Algo pasó entre ellos, era lo único en lo que pensaba.

—Sia —musitó Miller, tocando su rodilla.

Ella lo miró con una sonrisa fingida.

—¿Estás bien? —Ella se encogió de hombros—. ¿No me vas a hablar?

—Sí, Miller, claro que te voy a hablar. —Respiró profundamente y agachó la mirada—. Es solo que... bueno, no es que a mí me incumba lo más mínimo, pero lo que acabo de presenciar no me ha gustado nada. No sé qué es lo que habrá pasado entre ustedes...

—Sia.

—Pero tampoco es algo que tenga que interesarme —repitió.

—Sia.

Miller intentaba hacerla callar para poder explicarle por encima y que se quedara tranquila, pero ella no dejaba de hablar. Entonces, hizo lo que sabía que funcionaría para dejar de escucharla; cogió sus mejillas y la besó. Sia en un principio se quedó quieta, pero no duró mucho porque en un movimiento que él no se esperó, se sentó ahorrajadas sobre él. Miller la apretó a la vez que metía las manos por debajo de la camiseta y las deslizaba por su espalda despacio, entre unas caricias que la mataban. Un gemido se le escapó en cuanto sintió como su miembro le dejaba claro que estaba listo para ella y, aunque no era ni el momento y mucho menos el lugar, se dejaron llevar por la pasión.

Ambos se levantaron, sabiendo el destino que tomarían y entre besos fugaces y unas caricias furtivas, llegaron debajo del muelle donde, sin pensarlo dos veces, comenzaron a quitarse la ropa, importándole muy poco la hora y que pudieran verles. En parte sabían que allí no iba nadie y menos por la mañana.

Se habían vuelto locos, tanto que él volvió a sentarse en la arena, dejando debajo su camiseta. Y ya desnudos, ella se sentó sobre su miembro jadeando, llenándose por completo de lo que, para ella, era lo que le hacía sentir viva. Miller la apretó y la pegó a su cuerpo. Ahora tenían sus cuerpos unidos en uno solo, ¿también lo estarían sus almas? Decían que no te podías unir a una persona si tú corazón no lo deseaba. Decían que el corazón era el que mandaba, el que elegía. ¿Sería este el caso de ellos o solo eran unos cuerpos calientes y llenos de deseo?

Los movimientos de Sia iban al compás del sonido de las olas, las mismas que habían llegado hasta ellos, mojándoles. Y ahí, en la orilla, en esa playa que tanto les gustaba, en ese lugar sagrado para ambos donde los sueños se cumplían, hicieron el amor. Porque la primera vez podría ser sexo, pero las siguientes, se convirtieron en amor sin que ellos se percataran.

Los jadeos involuntarios los callaban con besos. Las caricias estaban llenas de arena, pero poco importó, nada de lo que pasase a su alrededor importaba cuando estaban juntos. Solo hizo falta una mirada y una sonrisa para que descubrieran que iban a ser protagonistas de una historia de amor en un verano lleno de secretos y sueños. ¿Se podía soñar despierta? ¿Se podía soñar con algo que no era real? Era posible, todo lo era.

Cuando acabaron, se miraron intensamente como si quisieran saber lo que pensaban en ese momento.

—Hacía tanto tiempo que deseaba esto —expresó él.

—¿Tanto? Hace muy poco que llegamos aquí.

—¿Y qué pasa si te digo que he soñado contigo antes, que esto era algo que había visto en sueño? No puedo expresar lo que siento estando contigo, Sia, pero es tan fuerte que hasta miedo me da.

—Shh... —Puso un dedo en sus labios—. Te creo, Miller.

Sia volvió a besarle, pero esta vez con dulzura, con eso que sentía, con eso que llamaba amor. Se levantaron y fueron hasta el agua para quitarse la arena y ahí, dentro de ese inmenso mar, volvió a hacerla suya, amándola como estaba haciéndolo, porque estaba claro que lo que estaba descubriendo era que se estaba enamorando de ella, de esa pelirroja a la que conocía desde pequeña pero que jamás se acercó por miedo al rechazo.

—Te... te...

Sia lo besó antes de que dijese algo de lo que no estuviese seguro. No quería forzar las cosas.

Al separarse, ella lo miró con esos ojos verdes, oscurecidos por el deseo y la pasión.

—Eres preciosa.

Ella le sonrió y esos hoyuelos le provocaron ternura.

—No me has dejado terminar, Sia —habló agitado mientras sus movimientos se hacían más duros.

—No hace falta que digas nada, Miller, no ahora. Ya habrá tiempo para eso.

—Es que... tengo miedo de perder lo que tenemos.

Sia frunció el ceño y se quedó pensativa, dándole vueltas a unas simples palabras que, sin querer, le hicieron temer que pasara eso. Negó, negó unas y mil veces haciéndole ver que eso no iba a pasar, que nada de lo que pasara iba a alejarlos, ya no.

—No lo tengas, no tengas miedo. Nada hará que me pierdas —aseguró convencida en sus palabras.

—¿Estás segura? Hay cosas que...

—No lo hagas, Miller. No empañes este momento.

Él asintió, agachando la cabeza, pero ella lo obligó a mirarle y pegó su boca a la de él. Las manos se Miller viajaron por su espalda, bajando hasta llegar a sus caderas para hundirse más en ella, para hundirse entre las olas que lo rodeaban, que los arropaba. Y la locura llegó de manera que sus movimientos se hicieron más fuertes y desesperados, buscando llegar al final, buscando estallar en pedazos para después tener que buscarlos y volver a unirlos. Porque estaba seguro de que ella sería la única que podía recogerlos.

Una hora después, estaban vestidos y de camino a casa para almorzar. Sia estaba segura de que su abuela necesitaba ayuda. Miller, por su parte, no quería llegar porque sabía que Josh iría a comer, conocía a su hermano e iba a aprovechar cualquier oportunidad de estar con su chica.

Iban de la mano por la orilla de la playa. No había tiempo para quedarse unos minutos más allí, debían regresar, ya era tarde.

—Sia, necesito hablar contigo de algo importante —declaró él, con los nervios a flor de piel como nunca en su vida.

—¿Puede ser más tarde? Mi abuela me necesita y tengo que ayudarla.

—Cinco minutos, por favor.

—No creo que lo que tengas que decirme dure ese tiempo, Miller. —Sonrió—. No pasa nada, después de comer hablamos, ¿vale? —Asintió no muy convencido.

¿Qué otra cosa podía hacer? Ella tenía que irse y él tendría que esperar paciente cuando estuviese disponible. Lo único que deseaba era que a su hermano no se le ocurriera contarle su versión de la historia, porque estaba seguro de que él lo haría y sería el fin para ellos.

Si bien era algo de su pasado, no era algo de lo que estuviese orgulloso y tenía la certeza de que a Sia no le iba a gustar demasiado.

Cuando llegaron a la puerta, escucharon la voz de Josh que la llamaba. Ahí estaba, acechando desde que los vio caminar de vuelta a la casa. No pudo evitar cabrearse al comprobar que estaban mojados y llenos de arena. Algo en su interior se removió y unas náuseas lo atenazó. Odiaba tanto a su hermano que verlo con una chica como Sia, hizo que lo detestase aún más. Además, no lo quería cerca de su amiga, él la vio antes, años atrás. ¿Por qué tenía que estar con él? Fue la pregunta que se repitió una y otra vez cuando se quedó solo. No lo entendía, no lo aceptaba.

—¡Sia! —Llegó algo cansado—. Acepto comer con vosotras hoy, me gustaría pasar tiempo contigo y saludar a tu abuela.

Miller, al escuchar lo que su hermano le había dicho a Sia, sintió como un fuego interior lo quemaba por dentro de pies a cabeza, provocando en él un cabreo que, si no fuera porque estaba con ella, acabaría a golpes con su hermano.

—Claro, vamos. Seguro que la comida ya está lista.

Miró a Miller y este se encogió de hombros. Ella notó la tensión que se formó entre los hermanos en cuanto Josh le pidió pasar tiempo juntos y no pudo evitar recordar el comienzo con Miller, pues fue así. En un intento de pasar tiempo juntos, de ser amigos, llegaron a ser algo más y no quería que Josh quisiera lo mismo. Solo esperaba que, en realidad, fueran amigos como hace años.

Los tres entraron en silencio y fueron hasta la cocina para saludar y ayudar a Loreto. El olor a pastel de carne inundó sus fosas nasales y no era para menos, su abuela hacía el mejor de todo el pueblo. Algunas vecinas incluso le pidieron la receta, pero no se la dio a nadie, era una receta familiar y solo cuando Sia se casara, se la daría a ella, aunque no sin prometerle de que no se la daría a nadie.

—Hola, abuela. Mira quién ha venido —dijo Sia al entrar en la cocina, dejando pasar a Josh.

—¿Josh? —Preguntó la anciana. Él asintió con una sonrisa—. No me lo puedo creer, ya os tengo a los dos aquí. Qué alegría.

Josh le dio un fuerte abrazo y un beso. Loreto había sido la abuela de todos, desde que su nieta fue un tiempo a vivir allí y se hizo amiga de ese chico, ganó nietos y aun cuando ella se fue, ellos siguieron siendo sus nietos. Era una mujer tan tierna y daba tanto cariño que se hacía querer.

—Habéis llegado justo a tiempo —comentó y miró a su nieta al fin.

Desde que entró en la cocina no la había mirado y solo cuando dejó de saludar al moreno de ojos grises, lo hizo. Cuando comprobó en el estado que habían llegado Miller y ella, apiñó los labios para después negar mientras soltaba una risita irónica.

—¿Qué se supone que habéis hecho en la playa? Os habéis rebozado.

Ambos se miraron y ella se sonrojó, lo que provocó una carcajada en Loreto. No era tonta y aunque ella había sido participe para que ellos se hicieran algo más que amigos, no dejaba de ser cómico ver como su nieta al fin descubría algo más que esa vida llena de aburrimiento en la que su padre la tenía metida.

Su cometido era hacer que Sia despertase, que se diese cuenta de lo que la rodeaba, que era más de lo que tenía, que la vida eran dos días y los veranos una vez al año. Disfrutar de todo lo que le rodeaba. Y cuando Miller se cruzó en su camino, supo que debía hacer algo. No había más que mirar a su nieta para comprobar que entre ellos se había encendido algo que no podían explicar y mucho menos controlar.

—Creo que iré a darme una ducha —murmuró y le dio un beso a Miller en la mejilla.

Él se sintió extraño, como si con ese beso quisiera decirle algo que no entendió. Podría ser que no quisiera que su abuela supiera que estaban juntos. Pero... ¿Y si era porque no quería besarle delante de Josh? Los celos comenzaron a hacer de las suyas y antes de que ella cruzase el umbral de la cocina, la cogió del brazo haciéndola girar y la besó en los labios bajo la atenta mirada de Loreto y de Josh.

—¡Vaya! —Exclamó su abuela.



Capítulo 13

Mientras Sia se quitaba la ropa y la dejaba tirada en una esquina del baño, recordó el momento en la playa. Las caricias aún le quemaban la piel, los besos aún le ardían en los labios y las miradas aún hacían que se le erizara el cuerpo. Todo lo que estaba sintiendo era nuevo y también algo inexplicable que no lograba comprender.

Ella nunca se había enamorado de verdad, así que no sabía ni lo que se sentía estando enamorada. Y quería creer que lo que ahora sentía era algo más que cariño porque si no, que le explicaran por qué al abrir los ojos por la mañana, en lo primero que pensaba era en él. Porque no se lo arrancaba de la cabeza y su corazón latía desbocado cada vez que lo tenía cerca. Porque al sentir las manos de Miller acariciar su cuerpo, hacía que temblase como si tuviese frío, aunque por dentro ardía como si tuviese fiebre. Si eso era el amor, que alguien se lo dijera para así no romperse la cabeza buscando respuestas a todo eso.

Al igual que ella, Miller solo podía recordar el momento en la playa, aunque bajo la atenta mirada de Loreto que, desde que besó a su nieta delante de ella, no dejó de observarle, buscando las palabras adecuadas para hablar con el muchacho.

—Veo que mi nieta y tú habéis dado el paso —reaccionó al fin. Él agachó la cabeza algo avergonzado—. No, no, muchacho. No te sientas mal por ello, estaba claro que pasaría.

—Lo siento, Loreto. No pretendía...

—No pasa nada, te gusta mi nieta y ella te corresponde. ¿Qué hay de malo en eso? —Preguntó calmadamente—. Aunque...

Se quedaron en silencio por unos segundos, los mismos que su hermano estaba disfrutando porque estaba seguro de que Loreto le echaría la bronca o le diría que se alejara de su nieta. Al menos eso era lo que él esperaba. Pero ni por asomo pasaría lo que deseaba, todo lo contrario.

—Solo quiero que la cuides y no le hagas daño, mi nieta es una chica muy especial.

—No te preocupes, la cuidaré con mi vida si hace falta.

Loreto sonrió complacida y miró a Josh, dándose cuenta del desconcierto en sus ojos. Ella no se quedaría callada y se lo diría.

—Creo que tú no estás de acuerdo, ¿me equivoco? —Josh la miró perplejo, no esperaba que le preguntase eso.

«¿Ahora qué le digo? ¿Cómo ser sincero sin contarle los motivos?», pensó Josh sin apartar la mirada.

Miller lo miró con el ceño fruncido, esperando esa respuesta porque sabía que la daría, sabía que su hermano era capaz de ponerlo en evidencia.

—Yo..., bueno. La verdad es que me ha sorprendido saber que Sia y mi hermano están juntos, pero no soy quién para meterme en eso, ya son mayorcitos —habló algo nervioso.

—No has respondido a la pregunta —insistió Loreto.

Era una mujer bastante clara, le gustaba que las cosas se dijeran, aunque doliesen. Era mejor soltarlo de una vez antes de que se estuviese alimentando y se hiciera tan pesado que no pudiera soportar la carga. ¿Para qué?

Josh iba a responder justo en el momento en el que Sia entraba en la cocina. Ella miró a cada uno con seriedad, pues la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¿Pasa algo? —Se interesó, caminando hasta su abuela para comenzar a servir.

—No, solo hablaba con Miller de ti. —Él abrió los ojos—. No tengo secretos con mi nieta, Miller. Ve acostumbrándote.

Sia soltó una carcajada, provocando en él un sentimiento nuevo, como si el simple hecho de escucharla reír fuese la mejor melodía que podía oír. Aunque no se comparaba con el sonido que emitía cuando hacían el amor. Se había convertido en su sonido preferido.

—Venga, vamos a poner la mesa y a comer. Mirad la hora que es ya.

Era bastante tarde, casi las tres. Estaban acostumbradas a comer pronto, más que nada porque Sia aprovechaba el día para pasear, bailar y disfrutar del verano. No bailaba desde que quedaba con Miller y cuando la pasión los atenazaba, no dejaban que las horas se les escapara en cosas que podían esperar. El baile era una de ellas.

Comieron en silencio y aunque Josh se moría por entablar una conversación con ella para ponerse al día, sabía que había momentos que podían esperar, palabras que podrían ser guardadas por unos días por mucho que se muriese por ponerla al día sobre su hermano, porque estaba seguro de que ella no tenía constancia de nada relacionado con él. Podría llamarlo egoísta, mal hermano y mil calificativos más sobre Miller. La cuestión era si ella lo aceptaría. Puede que incluso no creyera en sus palabras y que entonces necesitara un empujoncito para alejarse de él.

—¿Por qué estáis tan callados? —Loreto interrumpió sus pensamientos.

—Estamos comiendo, abuela —respondió Sia, mirando a los chicos.

Miller y Josh estaban sentados frente a ella y sentía como si tuviese que elegir entre ambos. No solo por como ellos se trataban, sino por cómo se miraban.

—¿Qué haréis hoy? —Cambio de tema su abuela—. Podríais ir con Josh al parque de atracciones, así recuperaréis algo del tiempo perdido, tanto tú —miró a su nieta—, como tú con tu hermano. ¿No crees? —Esta vez miró a Miller.

—Nosotros tenemos relación, Loreto. No te preocupes por eso.

—No, si yo no me preocupo, pero se ve lo bien que os lleváis.

El sarcasmo era una de las mejores cualidades que la anciana tenía y no dudaba en demostrarlo. Miller se calló, ¿para qué contradecirla si llevaba razón? No tenían buena relación, era más que evidente y ahora menos que ambos estaban interesados en la misma chica. Josh no se lo había dicho, pero él estaba seguro de que su hermano no miraba a Sia como una amiga, sino todo lo contrario.

Cuando acabaron de almorzar y recoger sobre las cinco de la tarde, decidieron ir a dar una vuelta. En un principio, Josh los iba a acompañar, pero se excusó diciendo que tenía cosas que hacer. Ninguno intentó convencerle de lo contrario, así que Sia y él se fueron a dar una vuelta por el parque de atracciones. Al menos así, estarían solos y podrían hablar de cualquier cosa.

Se bajaron del coche y él se acercó a ella para agarrar su mano y abrazarla. Quería que fuesen caminando así, con sus cuerpos pegados, sintiéndose piel con piel. Sia llevaba un vestido veraniego corto y sin tirantes. Así, Miller tenía más libertad para acariciar su espalda, sus brazos y sus piernas a cada tanto, a cada minuto, sin pedir permiso puesto que no le hacía falta. Sia era suya, siempre lo sería y eso no iba a cambiar.

A Sia, esos simples roces la volvían loca. No quería que nada de eso acabara, aunque tuviese la certeza de que terminaría en cuanto volviera a su casa, a su vida y a los estudios que ya estaban a la vuelta de la esquina; la universidad la estaba esperando con las puertas abiertas. Para eso solo faltaban poco más de dos meses y, aunque evitaba a toda costa no pensar en ello y disfrutar al máximo de lo que sería el mejor verano de su vida, no podía evitar hacerlo.

—Estás muy callado desde que hemos salido de mi casa —mencionó ella.

Miller se encogió de hombros, restándole importancia. Sabía que debía cambiar el chip cuando estaba con ella y dejar atrás los malos pensamientos que su hermano le provocaba.

—No pasa nada —musitó él.

—¿Estás seguro? —Sia arrugó la nariz al mirarle con el ceño fruncido—. Yo creo que estás

así desde que tu hermano ha llegado. No sé qué es lo que pasa entre vosotros dos y, aunque no es de mi incumbencia, no me gusta que os llevéis tan mal.

Ella llevaba razón, claro que la llevaba, pero que se lo dijese en la cara no le gustaba.

—Eso es, Sia. No es de tu incumbencia y será mejor que no te metas en esto —respondió duramente, casi sin pensarlo.

Ella, que aún no había dejado de fruncir el ceño, lo hizo aún más, casi arrugando el rostro por completo. ¿A qué venía ese cambio? A veces no entendía los cambios de humor de Miller y si era así como iba a estar, prefería darse la vuelta e irse a dar su paseo, ese que había dejado de lado solo para estar con él.

—Está bien. No me meteré en tu vida, Miller. —Se soltó de su agarre—. Tú tampoco lo hagas en la mía. Si es así como quieres que sea esto... lo que sea que tengamos, así será.

Sia se dio la vuelta con la intención de marcharse y dejarlo tirado, así como hizo él el día que también le respondió mal. No lo entendía... No entendía nada de lo que pasaba por su mente en este momento que se suponía que todo empezaba a marchar bien entre ambos. Ya habían dado el paso de ser algo más que amigos, y ese algo más era el que aún no entendían y mucho menos controlaban.

Él fue tras ella para que no se fuera, no podía permitirlo cuando lo que más ansiaba era estar con ella, besarla, abrazarla y vivir a su lado esos momentos que jamás podría olvidar.

—Espera, Sia. No te vayas. —Ella lo miró con una ceja alzada y se cruzó de brazos—. Lo siento, siento haberte hablado así. Es que... a veces no puedo controlar mis impulsos.

—¿Impulsos? No creo que sea eso, Miller. Más bien creo que eres bipolar y no puedes controlar tu gilipollez.

—Vale, me lo he ganado. —Le regaló una sonrisa.

—No me sonrías. Que lo hagas no hará que se me quite el cabreo que tengo en este momento y la verdad es que prefiero estar sola —le respondió.

Sia no dijo nada más, se dio la vuelta y se fue. Se alejó sin que él hiciera nada porque así lo quería ella. A veces podría ser algo exagerada, pero era algo que no podía evitar y mucho menos cuanto tenía razones para serlo.

Miller vio cómo se iba, cómo lo dejaba allí. Se moría por ir tras ella y lo habría hecho si no fuera porque él tenía la culpa de haber estropeado esa tarde. La dejaría pensar, tranquilizarse para después buscarla, sabiendo a ciencia cierta dónde encontrarla. Solo esperaba no tener problemas

cuando volvieran a verse y mucho menos, verla con su hermano.

Caminó por el parque de atracciones pensando, tratando de aclararse porque lo necesitaba. Quería abrirse con ella, contarle su vida, sincerarse para que lo conociera con más profundidad, pero tenía miedo de que, al contarle ciertas cosas, se alejara tanto que no lograra alcanzarla.

Mientras paseaba, intentó conseguirle un peluche que la recordó a ella. Se trataba de una sirena con el cabello rojo, parecida a la de la película de *La Sirenita*. Le gustó comprobar que tenía los ojos verdes como los de ella, le encantó comprobar cómo se podía parecer, aunque fuese algo imposible. Jugó y jugó por horas, luchando por tenerlo y tras gastar bastante dinero en ese juego que se trataba de matar a unos duendes que se movían con rapidez y en el cual no tenía mucha puntería, al final lo consiguió. Eso hizo que quisiera verla lo antes posible para entregárselo como muestra de paz. Mientras volvía al coche, un chico de más o menos su edad lo paró.

—Hola, ¿sabes bailar? Seguro que sí, tienes pinta de hacerlo. —Miller frunció el ceño—. No me mires así, no te estoy diciendo nada raro. Soy Enzo.

—Yo Miller y no, no sé bailar. Bueno, lo normal... supongo. ¿A qué viene la pregunta?

—¿No me digas que no te has enterado del concurso de baile urbano que se celebra en tres semanas aquí mismo, en el parque? —Negó—. Pues ya lo sabes. Las inscripciones se acaban de abrir, aquí tienes el folleto donde te explica todo.

Miller lo cogió y leyó por encima, aunque lo suficiente como para enterarse del premio. Sonrió como un tonto al ver que podría cumplir el sueño de Sia, de que convirtiera su pasión en algo profesional, en su vida y futuro. Tenía que verla inmediatamente y conseguir que se presentara, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

—Gracias, lo pensaré.

Sin borrar esa sonrisa, se fue del parque con algo más que unas disculpas y un peluche de sirena. Llevaba en sus manos el futuro de su chica. Con solo pensar en ella, consiguió darse cuenta de que todo lo que la hiciera feliz, le hacía feliz a él también. No podía evitar sentirse así, era algo inexplicable que estaba empezando a entender. Era algo que no iba a dejar escapar y por lo que iba a luchar. Porque era la primera vez que sentía eso por una chica y no iba a descansar hasta tenerla para siempre.



Capítulo 14

Sia paseó, buscó piedras de colores y pensó, aunque todo le llevaba a un mismo punto. Nada de lo que hiciera ahora, después de conocer a Miller, de saber lo que se sentía estando entre sus brazos, tenía sentido. Nada. Mantuvo la esperanza de que él fuese tras ella, que la obligase a escucharle, que le dijera que no debió hablarle así, pero no lo hizo, la dejó ir. Ahora, sola en la playa, sentada en la orilla mirando como las olas mantenían una lucha contra las rocas, intentaba dejar la mente en blanco, aunque era algo casi imposible.

Tras una hora ahí, sintió como alguien se sentaba a su lado y miró a la derecha con la esperanza de que fuese él. Era Josh. La sonrisa que se le dibujó creyendo lo que no era, se le esfumó y su amigo se dio cuenta.

—Creo que no me esperabas a mí —murmuró él, haciéndola sentir mal.

—No..., sí. Bueno, da igual, no esperaba a nadie en realidad —titubeó nerviosa.

—¿Segura? Por tu cara al verme, parecía todo lo contrario. Si quieres me voy, creo que te he interrumpido.

Josh hizo el amago de levantarse y ella lo paró para que no lo hiciera. A fin de cuentas, eran amigos. Siempre lo fueron. A lo mejor, si se lo repetía y se lo demostraba, se daría cuenta de ello.

—¿Estás bien? —Se interesó él.

Su respuesta fue encogerse de hombros mientras contaba las piedrecitas una a una, repitiendo la misma acción al terminar de contarlas.

—¿Qué te pasó con mi hermano?

—¿Por qué das por hecho que él tiene la culpa? —Se indignó, mirándole de nuevo.

—Porque le conozco y sé cómo es. Creo que no hay nadie que lo conozca mejor que yo.

Suspiró volviendo a clavar sus ojos en el mar. Esa tarde era más fresca que las demás y su piel se erizó cuando una brisa le rozó. Josh se percató de cómo movió sus manos sobre sus brazos, tapándose así del fresco.

—¿Tienes frío?

—Un poco —respondió secamente.

A Josh le habría encantado poder abrazarla, ponerle sobre los hombros alguna chaqueta que

él tuviese puesta, pero esa noche no tenía nada con lo que arroparla y estaba seguro de que no lo dejaría pasar sus brazos sobre ella. Pero aun así lo intentó, elevó su brazo para posarlo sobre sus hombros y cuando casi lo había conseguido, ella se levantó para irse.

—Estoy cansada, nos vemos en otro momento —expresó, mirándole de reojo.

A Josh no le gustó demasiado. Ese rechazo le hizo sentir bastante mal, no se lo esperó. Nunca pensó que iba a llegar a sentirse atraído por Sia, aunque tampoco pensaba que fuese una atracción hasta el punto de luchar por ella. Posiblemente solo fuera por saber que estaba con su hermano y no con él. Era una estupidez, claro que lo era. Se levantó para acompañarla, aunque Sia no se lo había pedido siquiera. Seguramente no lo haría y él se estaba adelantando, como siempre.

Caminaron en silencio, no había nada que decir. Bueno, por parte de ella porque por la de él, había demasiado y por mucho que estuviese loco por contarle muchas cosas, no era el momento. Lo haría en alguna ocasión, de eso estaba seguro.

Cuando llegaron a la casa de Sia, se miraron unos segundos que para ella fueron una tortura porque de haber sido Miller, estaría besándole. Pero no era él, era Josh y ciertamente, quería perderle de vista ese día.

—Gracias por acompañarme. Adiós.

Sia entró sin mirarle, sin esperar respuesta. Cuando cerró la puerta, pegó la espalda a la misma y miró hacia arriba, evitando derramar las lágrimas que querían salir por haber peleado con el chico del cual se estaba enamorando. Aún no estaba segura de esos sentimientos, aún le costaba relacionar el amor con la atracción.

—¿Te pasa algo, cielo? —La voz de su abuela la sobresaltó.

Sia la miró y bajó la mirada rápidamente para que no viera que estaba a punto de echarse a llorar. Antes de responder, salió corriendo para encerrarse en su habitación.

—¡Sia, espera! —Gritó su abuela yendo tras ella.

Pero ella no esperó y cerró la puerta de un portazo en cuanto entró en su habitación. ¿Se estaba comportando como una auténtica desquiciada? Podría decirse que sí, no era muy normal ponerse así cuando, en realidad, no sabía exactamente el motivo por el que no controlaba sus impulsos. Lo único que deseaba en ese momento era gritarle a Miller y hacerle sentir un poquito de lo que ella sentía cuando él le respondía mal. ¿Tan difícil era ser sincero? ¿Qué era lo que escondía? Esas preguntas martilleaban su mente, tanto así, que había pensado incluso en preguntarle a Josh. Estaba segura de que él le contaría todo.

Su abuela entró sin permiso. ¿Para qué? No le hacía falta.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? No son muy normales las cosas que haces a veces, Sia. ¿Acaso has discutido con Miller? —Su nieta no le respondió, no quería decirle nada que la pusiera en contra de él—. Está bien, no me dirás nada. Pero al menos podrías tener un poco de consideración conmigo y dejar de comportarte como una niña de ocho años. Ya eres adulta, Sia. Afronta los problemas con más fuerza.

Tras echarle la bronca, cosa a lo que no estaba acostumbrada, su abuela se fue dejándola sola mientras se comía la cabeza y sintiéndose peor, mucho peor.

Y justo cuando ella se quedaba a solas con todo lo que su abuela le había gritado para que abriese los ojos y comenzase a pensar antes de comportarse como una niña pequeña, Miller llegaba a su casa y entraba sin saludar a su hermano. Josh, al verle, lo primero que hizo fue pegarle un empujón. Miller se quedó anclado al suelo, esperando el siguiente paso de su hermano. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué mosca le había picado? Frunció el ceño y antes de recibir el primer golpe, se echó a un lado y esté dio en la pared, haciéndose mucho daño en la mano.

—¿Se puedes saber qué cojones te pasa? No vuelvas a intentar golpearme porque la próxima vez, recibirás el golpe antes. ¿Te ha quedado claro? —Escupió, cabreándose.

—¿Qué coño le hiciste a Sia? Estaba bastante mal. ¿Te has propasado con ella?

Si en algún momento esperó darse la vuelta para evitar discutir con su hermano, se había equivocado. Lo único que Josh provocó con sus palabras, fue que se abalanzase hasta él y lo cogiera de la camisa, obligándolo a retirar la maldita pregunta que lo hacía ver como un maltratador. ¿Qué mierda le pasaba por la cabeza para preguntar aquello?

—En tu puta vida vuelvas a decir semejante gilipollez. Yo sería incapaz de hacerle daño a Sia, ¿lo entiendes? Ni a Sia, ni a ninguna otra mujer —siseó mirándole con los ojos llenos de furia, una que a veces no controlaba y por la que, en este momento, estaba así por la chica que le gustaba.

—¿Cómo quieres que piense otra cosa con el historial que tienes, hermanito? Además, vi a Sia muy mal en la playa, ni siquiera me dejó acompañarla para que no estuviera sola, se marchó sin más a su casa. Nunca la había visto así de mal y solo tú puedes tener la culpa —aclaró, soltándose del agarre de su hermano y empujándolo de nuevo.

Miller recogió la sirena de peluche que se había caído cuando su hermano lo empujó la primera vez. La dejó sobre la mesa de entrada bajo la atenta mirada de Josh que, perplejo de verlo con algo tan tierno entre sus manos, se interesó.

—¿De quién es? ¿Es para Sia?

—¿Qué te importa?

Caminó hasta el salón y se sentó. Se pasó las manos por el rostro, evitando así pensar en el hecho de que había molestado a Sia con su actitud y que podía perderla si seguía así, sin contarle todo lo que aún lo seguía. Tenía que contárselo todo, al menos así entendería su actitud a veces.

—Miller —lo llamó su hermano.

—Déjame en paz, Josh. Me queda claro lo que piensas de mí, ahórrate ahora las palabras.

Sin hacerle caso, Josh caminó hasta él y se sentó a su lado, aunque no habló. En ese momento no sabía qué decirle, pues cualquier cosa que saliese de su boca podría ser el detonante para todo lo que guardaba.

Estaba claro que había rencor entre ambos hermanos; Josh por todo lo que pasó cuando sus padres se divorciaron y Miller por el trato que recibió tras esa tragedia en su familia. No es que su padre estuviese muerto, aunque para Miller es como si lo estuviera. No lo necesitaba para nada y toda la culpa de lo que le pasaba, era de ese señor que decidió dejarlos tirados por irse con otra mujer. Jamás se lo perdonaría, nunca lo buscaría. Aunque tuviese una gran necesidad, iría antes a otra persona, dejándolo como inexistente en su vida, así como él decidió hacer con ellos.

—Siento si te he molestado con mi comentario, a veces no me doy cuenta de que intentas cambiar —musitó Josh, intentando justificar sus actos de los últimos años, echándole la culpa de nuevo.

A veces se podía dar un mensaje equivocado.

—No me jodas. —Miller sonrió con la mandíbula tensa, manteniendo la compostura de algún modo—. Intentas disculparte echándome la culpa. Muy propio de ti, Josh.

Se levantó y lo miró, señalándolo con un dedo, acusándolo de recibir solo desprecios por su parte cuando deberían tratarse como lo que eran, hermanos.

—Me importa una mierda lo que sientas y lo que pienses. Yo sé quién soy y quién quiero ser, y si lo que te jode es que no quiera ser como nuestro padre, es problema tuyo. Siempre has tratado de echarme la culpa de todo cuando lo que siempre he evitado es tu dolor, pero ¿sabes qué? Ya estoy harto. Eres mayorcito para saber ciertas cosas.

—¿De qué hablas? No vengas ahora a hablar de nuestro padre, sabes lo que pienso y no vas a conseguir ponerme en su contra —escupió y se levantó con la intención de irse.

Estaba claro que Josh aún no estaba preparado para saber la verdad, los motivos por los que

Miller odiaba a su padre, siendo él conocedor de todo y siempre escondiendo todas las cosas que pasaron para que su hermanito pequeño no sufriera, ganándose un odio que le dolía en el alma. Para Josh, Miller siempre fue un héroe, alguien al que seguir, que imitar, hasta aquel día que lo cambió todo. Por eso y mucho más, odiaba a su padre con todas sus fuerzas. Porque un hombre que era capaz de abandonar a su familia por alguien que no merecía la pena, no era un hombre.

Josh subió al segundo piso y se encerró en su habitación, pegando un portazo. Miller volvió a sentarse y miró al frente. No hacía más que pensar en ella y en lo que su hermano le había dicho. No podía seguir tratando así a la gente que se preocupaba por él, como si no les importara nada.

Se levantó decidido a contarle todo a Sia, de esa noche no pasaría. Antes de salir, arrancó una hoja de la agenda y le escribió una nota a la chica que le robó el aliento el primer día que la vio. La escribió y la guardó en su bolsillo para después, salir de su casa y entregársela a Loreto. La anciana en un principio se negó. Había visto a su nieta mal y estaba segura de que la culpa la tenía Miller, pero, aun así, ayudó al muchacho. Según ella, todo el mundo merecía una segunda oportunidad.



Capítulo 15

Sia llevaba más de una hora encerrada en su habitación. No se atrevía a salir de ahí por miedo a que su abuela empezara con las preguntas. La conocía tan bien que solo con mirarla sabía su estado de ánimo y para qué negarlo, no estaba de humor para nada y mucho menos para nadie. Conforme las horas pasaban, lo único que le apetecía era meterse en el mar y dejar volar su imaginación. Nadar, zambullirse bajo el agua, cerrar los ojos y respirar tranquila mientras que las olas bailaban a su alrededor, meciéndola de un lado al otro sin ser consciente de que, si se despistaba, podría ser tragada por ellas. Pero no importaba. A veces no importaba nada de eso.

Finalmente, se levantó de la cama, cansada de estar allí. Antes de salir de su habitación, miró por la ventana para comprobar el tiempo pues ese día era más fresco de lo habitual para ser verano y la verdad, el mar estaba bastante picado. No era el mejor día para pasear dado que, probablemente, se llenaría de surfistas en cuestión de horas, pero era tal la necesidad de sentir cómo el mar la envolvía, que le dio igual no estar sola.

Así que se puso el bikini y un vestido por los tobillos, cogió la toalla más grande que tenía y se calzó las chancas. Salió de su habitación y justo al llegar a la planta baja, su abuela parecía estar esperándola.

—Hasta que te dignas a salir de tu encierro. ¿Estás bien? —Expresó su abuela con preocupación.

Cuando se dio cuenta de que su nieta y ese muchacho estaban sintiendo algo más que una amistad, no dudó en poner su granito de arena para que dieran el paso sin saber que eso provocaría dolor en su pequeña pelirroja.

Loreto la miró de arriba abajo, dándose cuenta de que tenía intención de ir a la playa. Vio la oportunidad de darle la nota de Miller porque si no lo hacía, se encontrarían igualmente. Parecía que el destino jugaba con esos chicos.

—Tengo algo que dartte. —Sia frunció el ceño—. No te asustes, es solo una nota.

—¿De quién es?

—Eso no importa, solo léela y disfruta de tu paseo.

Su abuela la dejó con la palabra en la boca, metiéndose en la cocina antes de que pudiese replicar. Sia abrió el papelito que estaba muy bien doblado y leyó la nota, al menos, tres veces.

Mi preciosa sirena, sé que no te merezco y que soy un capullo... No quiero perderte de ninguna manera y por eso te diré todo lo que quieras saber. Te espero en nuestro lugar favorito dentro de una hora. Si no vienes, entenderé que no quieres.

Con amor, Miller.

Comenzó a temblar cual hoja de otoño que caía sin rumbo en cualquier esquina del suelo. Que él quisiera decirle todo, significaba mucho para ella, pero también que debía ser algo muy duro para tener que hacerlo así. Miró a la puerta de la cocina donde se encontró con la mirada de su abuela y, sin decirle nada, salió de la casa directa a la playa. No iría todavía al muelle, aún faltaba tiempo para que él la estuviese esperando.

Decidió darse un baño antes. Se quitó el vestido y lo dejó sobre la toalla ya colocada en la arena. Dio un paso, luego otro y sin pensarlo, se metió en el mar algo frío, pero le dio igual.

Metió la cabeza bajo el agua y abrió los ojos. No vio nada, no sintió nada, solo había oscuridad y tranquilidad bajo ese mar poderoso que parecía estar en una guerra, buscando el modo de quedarse con toda la tierra. Salió a la superficie y justo cuando iba a salir del mar, lo vio. Miller estaba en la orilla, a punto de meterse en el agua también.

—Hola, sirena.

—¿No era la pelirroja? ¿Cuándo me has cambiado el apodo? —Se interesó ella, buscándole la boca, esperando una de sus respuestas para saber si seguía siendo el mismo.

—Y lo eres, sigues siendo mi pelirroja...

—¿Tuya? No sabía que fuese de nadie, vaya sorpresa —lo interrumpió.

Miller sonrió de lado, demostrándole que ahí seguía ese chico al que, supuestamente para ella, le importaba muy poco todo. Nada más lejos de la realidad... Para Sia, Miller era como esa brisa fresca que necesitabas cuando el sol calentaba demasiado, esa chispa que necesitabas cuando el día se enfriaba, calentando todo a su paso. Era contradictorio, pero así era él, así era Miller.

Sin embargo, para Miller, ella era lo opuesto a él, al frío, al dolor. Sia era todo a la vez, calidez, frescura, amor, olvido, pasión. Era perfecta, su perfecta sirena pelirroja. Su sirena Ariel. Y él quería ser el príncipe que la rescatase de las garras del mar, ese mar al que ella volvía como si tuviese un imán y el que, de no sacarla a tiempo, se la llevaría con él.

Ella salió corriendo y se tiró a sus brazos. Le había costado mucho entender sus señales, esas que le demostraban que sería sincero con ella y al comprobarlo, no dudó en correr a su encuentro.

Miller, con solo una sonrisa, era capaz de abrirse en canal, enseñándole todo lo que escondía su corazón.

La besó. Lo besó. Se besaron... Decidieron que era mejor pegar sus labios que morir sintiendo que no lo harían más.

—Quiéreme cuando menos lo merezca porque será cuando más lo necesite —pidió él al separar sus labios.

Sia lo miró incrédula, como si no entendiera o no quisiera entender lo que Miller le acababa de decir.

—Creo que te he dejado sin palabras, pelirroja —se burló.

—Un poco.

—No importa.

Miller agarró su mano y la llevó a la toalla, donde la arropó con ella a la vez que la rodeaba con sus brazos. Era un momento tan íntimo, tan sumamente perfecto que no querían que acabara. Pero, como siempre, nada terminaba siendo lo que uno quería y deseaba pues los problemas se ponían de frente para joderlo todo.

—Quiero contártelo todo...

—¿Miller? —Escuchó su nombre tras él—. Sí, eres tú. Claro que eres tú.

Se dio la vuelta y vio a un grupo de tres chicos que conocía muy bien, demasiado bien, y a los que no quería tener cerca. Mucho menos de ella.

—Allan —musitó.

Sia lo miró de reojo y se abrazó con su cuerpo, aferrándose más a la toalla en cuanto notó la mirada de esos chicos que parecían estar deseando comérsela. Al menos, así se sintió por unos minutos, los únicos que duraron gracias a Miller.

—Tío, parece que has visto a un fantasma. ¿No te alegras de vernos después de tanto tiempo? No sabía que estabas aquí —habló el tal Allan con aires de chico malo.

—Sí, he venido a pasar el verano antes de terminar la universidad. ¿Qué hacéis vosotros aquí? No os hacía viniendo a este pueblo teniendo mejores lugares. —Estaba nervioso y loco por quitárselos de encima, y ella se dio cuenta.

—No te creas, este lugar parece tener muy buenas vistas —intervino otro chico, Erick, mirando de nuevo a Sia.

Miller se puso delante de ella, dejándola a su espalda, tapándola con su cuerpo.

—Tranquilo, tío. No queremos problemas, hay más peces en el mar. —Movi6 las cejas sugestivamente.

—No creo que aqu6 encontr6is lo que and6is buscando —insisti6 6l, intentando que se largaran de all6.

Los tres se acercaron un poco m6s y Miller se puso en alerta. Sab6a lo que eran capaces de hacer cuando algo se les met6a entre ceja y ceja, y Sia parec6a ser lo que ahora no dejaban de desear. Los conoc6a muy bien y no eran trigo limpio.

—Eh, no te preocupes, no le haremos nada a tu chica. Solo nos alegramos de verte y nos gustar6a que vinieras esta noche a una fiesta que dan a las afueras del pueblo. Una tal Irina es quien da la fiesta y suena muy buena. ¿Qu6 te parece? As6 podemos recordar viejos tiempos —mencion6, cogi6ndolo del brazo para separarlo de ella.

Miller se solt6 de su agarre con fuerza y se gir6 para mirarla y pedirle que se fuera a la casa. Y cuando lo hizo, los otros dos ya estaban al lado de Sia. Todo se iba a complicar y no quer6a que ella pasase por lo que otras, ya hab6an pasado. No pod6a permitir que esos tres hijos de puta le pusieran una mano encima.

Se acerc6 a ella y la cogi6 de la mano para sacarla de ah6, de ese peque6o c6rculo que ten6a a su alrededor. Pero claro, era complicado evitar lo que 6l tanto hab6a buscado a6os atr6s. Que esos tipos estuvieran ah6, era mera casualidad y no la iban a desaprovechar para vengarse de 6l.

—Vete a casa, Sia, y no salgas de ah6 a menos que yo vaya —le dijo al o6do mientras la arrastraba con 6l.

—Pero esperaos, ¿por qu6 tanta prisa? —Allan se puso delante.

—D6jame pasar, Allan —siseo. Se estaba cabreando mucho y no quer6a sacar al cabr6n que llevaba dentro, ese que meti6 el mismo d6a que comprendi6 que con ella deb6a ser de otra manera.

—No, no hemos terminado de hablar —intervino Derek, el otro cobarde.

—Bueno, yo me quedo, pero a ella la dej6is ir —casi suplic6.

—No te voy a dejar aqu6 solo con ellos, Miller —claudic6 Sia, siendo completamente consciente del problema en el que estaban metidos.

Era un problema que ven6a del pasado, de ese pasado del que Miller escap6 y del que no quer6a volver a saber nada. Pasaron muchas cosas y en todas 6l ten6a la culpa, dejando al margen a sus supuestos amigos. Los mismos que ten6a en frente a punto de provocarlo, a punto de vivir lo

mismo.

—No hablas en serio, no me pasará nada. Vete a tu casa, Sia. Yo... te prometo que estaré bien, son mis amigos. ¿Verdad? —Los miró y asintieron.

Sia dudó mucho de esa amistad, pero no de las palabras de Miller, así que le hizo caso y tras una última mirada de esos tipos que desprendían peligro por todos los poros, se dio la vuelta y se fue, dejando atrás a su chico. No quiso mirar atrás, no quiso ver lo que estaba pasando. Le tocaría confiar en él y fingir que no había pasado nada.

Cuando se quedaron solos, no dejaron de mirarse en todo momento en silencio, buscando el modo de explotar sin llamar la atención. Allan tenía una cuenta pendiente con Miller, él lo sabía, y no iba a dejar escapar la oportunidad de cobrarla de algún modo. De eso también era consciente Miller y era lo que quería evitar. Sabía que, al ver a Sia, ellos no iban a descansar hasta hacer con ella lo mismo que hicieron con... con Jenny. Era recordar su nombre y aún le dolía todo lo que pasó.

—Veo que te ha cambiado la vida, amigo —habló Allan, rompiendo el hielo.

—La verdad es que no, sigo siendo el mismo.

—¿Seguro? Te has echado una novia muy bonita —expresó pasándose los dedos por los labios en modo sexual, demostrándole sus intenciones.

—Sí que lo es. —Su voz rozaba la tranquilidad, más no lo estaba—. Ni se te ocurra acercarte a ella, Allan.

—¿Por qué? ¿Acaso me lo vas a impedir? —Lo miró amenazante.

—Te romperé las piernas, aunque solo la mires. ¿Queda claro? —Dijo cerca de él, muy cerca, intimidándole.

—A mí no me amenaces, Miller. —Lo empujó.

Miller se dio la vuelta para irse de una vez y justo cuando lo iba a conseguir, cuando lo iba a dejar de lado, este volvió a hablarle.

—¿Ya sabe la pelirroja lo que hiciste con Jenny?

Se paró en seco, no quería recordar aquello porque fue la peor pesadilla que vivió, mucho más dura que ver a su padre con otra mujer. No le respondió y siguió su camino, metiéndose en el coche. No les dejaría ver donde vivía, aunque sí llegaron a ver dónde vivía ella.



Capítulo 16

Sia escapó como la que escapaba de su cazador, siendo la presa perfecta. No quiso dejarlo solo con ellos y cuando lo vio subirse al coche, se tranquilizó un poco hasta que vio a esos tres tipos mirando para su casa. «Maldita la hora que me vieron entrar», pensó, siendo sorprendida por su abuela, que tocó su hombro.

—Me has asustado, abuela. —Pegó un repullo.

—Ni que fuese un fantasma. —Sonrió, negando—. ¿Y Miller? Pensé que vendría contigo.

—Ya... y yo. Pero ha tenido que salir.

Se giró para subir a su habitación para darse una ducha y así evitar las preguntas de su abuela. No es que fuese una cotilla, pero a veces quería saber más de lo que podía decirle y, en ese momento, no podía contarle nada de lo que había pasado en la playa a menos que quisiera que su abuela saliera de la casa y fuera a tirarle piedras a esos tres estúpidos. A veces se comportaba como una matona.

Sia subió corriendo y tras entrar en su habitación, cerró con llave para prohibir que nadie entrase. Con el miedo metido en el cuerpo, se metió en el baño y se dio una ducha rápida para después, tras secarse, ponerse unos pantalones simples junto con una camiseta de deporte. Por culpa de esos tíos, no había podido estar con él. Le gustaría buscarle, aunque fuese saliendo por la puerta de atrás.

Cuando estaba a punto de salir de la habitación, recibió un mensaje de una persona a la que no veía ni hablaba con ella desde hacía bastante tiempo.

Tammy:

Hola, Sia.

Dime que estás en el pueblo.

Quiero verte, amiga.

Se había quedado bloqueada. «Tammy aquí. Tammy aquí», se repitió mentalmente sin poder responderle. Si ella estaba en el pueblo, era con el único fin de ver a Miller y conseguir volver con él. Conocía a su amiga y sabía exactamente lo loca que estaba por ese chico. El problema era que ella también se había vuelto loca por él y no podía dejar que su amiga se acercase al que era ahora su chico.

Se dispuso a responder, sin saber muy bien qué ponerle.

Sia:
Tammy, ¿estás en el pueblo?
Yo sí.

La respuesta no tardó en llegar. Sia sentía que le temblaban los dedos, las manos... En realidad, todo el cuerpo.

Tammy:

Me paso por tu casa ahora mismo.

Con un “OK”, cerró la aplicación para después dejar el móvil en la cama, olvidándose un poco de él. O más bien, queriendo borrar de su vida el hecho de que su amiga estuviese a punto de entrar por la puerta de su casa.

Sintió unos toques en la puerta de su habitación y se levantó para abrirle a su abuela. Al hacerlo, Loreto entró y la miró. Estaba segura de que algo había salido mal entre Miller y Sia y quería saber el qué pues su nieta estaba muy rara.

—¿Estás bien, hija? —Se preocupó la anciana. Ella asintió, encogiéndose de hombros—. ¿Segura? Mira que Miller desde que se fue, no ha regresado. ¿Ha pasado algo que deba saber?

—No, nada. Es solo que le salió un imprevisto, pero esta noche nos vamos a ver. Iremos a una fiesta —mintió, aunque no del todo.

Pensaba ir a esa fiesta, aunque fuese un peligro pisarla siquiera. Sabía que Miller estaría ahí y aprovecharía la visita de Tammy para hacerlo. Tenía claro que se estaba metiendo en la boca del lobo, que sería mejor esperar a que Miller apareciera y le contase quiénes eran esos tipos y a qué se referían con todo lo que dijeron. No podía dejar de pensar en lo sucedido, en que él le iba a contar todo y que tenía claro que sus “amigos” tenían mucho que ver en eso.

—Me alegro de que te diviertas, cariño.

El timbre sonó y fue ella misma la que salió corriendo a abrirle. Aunque sabía que no era él, no perdía la esperanza de que sí lo fuera. Al abrir, vio a su amiga tan guapa e imponente como siempre, como la recordaba. Hacía más de un año que no la veía y estaba mucho más bella de lo que ya era; el cabello negro haciendo juego con sus ojos era lo que más resaltaba de la chica, su boca gruesa y sus pómulos sobresalidos le daban esa belleza. Además, era tan alta y delgada que Sia, a su lado, se veía insignificante. Ahora tenía miedo de que Miller, al verla, la dejara por correr a los brazos de su ex.

—¡Sia! —Gritó abalanzándose a sus brazos—. Cuántas ganas tenía de verte.

La dejó pasar en cuanto se separaron y Sia la miró con recelo, como si una parte de ella no creyese en las palabras de su amiga. Se estaba volviendo un poco paranoica con el tema de Miller y saber que su amiga iba a ir a buscarle, porque estaba segura de que lo haría, no ayudaba en nada.

—¿Cómo has estado y como que has venido aquí sin decirme nada? De haber sabido que pasarías el verano en el pueblo, no me habría ido tan pronto a la universidad —mencionó la

morena.

—Bueno, te lo dije, pero estabas tan dolida contándome lo que te pasó con Miller que no me pusiste atención —respondió duramente.

Sia no quería sonar así, pero fue algo que no había podido evitar.

—¡Vaya! —Exclamó—. Sí que estás enfadada. ¿Te hice algo? A lo mejor ha sido muy mala idea haber venido aquí.

Tammy hizo el amago de marcharse abriendo la puerta de la casa justo en el mismo instante en el que Miller se disponía a tocar el timbre. Sus ojos se encontraron. Tres pares de ojos no dejaban de ojearse, aunque ellas solo lo miraban a él. Miller no se esperaba, ni mucho menos, tener que lidiar con Tammy cuando lo único que quería era hablar con la chica que le había robado el corazón. ¿Qué iba a hacer ahora que su exnovia y sus antiguos amigos habían aparecido para joderlo todo? La relación que tenía con Sia se iba a ver metida en un bucle del cual será difícil salir.

—¿Miller? —Preguntó Tammy, fingiendo sorpresa.

Si supieran que su amiga sabía exactamente todo lo que habían vivido esos dos, no estarían tan tranquilos. Esa visita no era por casualidad; las casualidades no existían y con la ayuda de otra persona, ella había ido allí para joderlo todo.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso os conocéis? —Tammy alzó una ceja con picardía.

Miller fue a responder, pero Sia se adelantó. No podía dejar que él le contara que estaban juntos. No hasta que ella misma fuera capaz de decirle lo que sentía por su ex.

—Sí, Miller es el hermano mayor de mi mejor amigo Josh. Con lo pequeño que es el pueblo y nunca hemos sabido que tu Miller era un chico que conocía desde pequeña. —Sonrió, llevándose una mala mirada de su novio. Porque por mucho que ella lo evitase, eso es lo que eran.

—Pues qué casualidad, ¿no? —Tammy se acercó a él—. Te he echado mucho de menos.

Sin esperarlo, Miller recibió un beso de Tammy en sus labios. En esos labios que poco tiempo antes, fueron besados por su pelirroja. Sia se sintió incomoda, al igual que él, y Tammy sabía lo que estaba provocando con eso, importándole muy poco que su amiga se sintiera mal o que Miller la rechazara en cuanto consiguiese alejarla de él. Cuando eso pasó, este la miró con rencor, incluso podría jurar que había algo de odio en esa mirada que antes la miraba con deseo.

—¿Qué te ocurre? Pensé que te alegrarías de verme. —Fingió una sonrisa.

—Eso habría pasado si tú y yo estuviéramos juntos, Tammy, cosa que no es. Tú y yo lo

dejamos hace unos meses y no porque vengas ahora y me beses, voy a dejarlo pasar como si nada. Entiéndelo —expresó bastante cabreado.

Después de todo lo que había pasado en la playa, lo que menos necesitaba ahora era una de las tantas escenas de Tammy para conseguir lo que se proponía.

—Está bien, lo siento.

Se dio la vuelta para mirar a Sia y le sonrió.

—Me gustaría que vinieras conmigo esta noche a una fiesta que da una de mis amigas.

—Claro, me encantaría —respondió Sia mirando a Miller, desafiándolo.

—¿Estás loca? No irás a esa fiesta, Sia —intervino Miller, haciendo al fin conocida a su ex de lo que Sia había conseguido.

—¿Y por qué no? ¿Eres acaso su dueño? —La voz de Tammy cargada de odio fue la que escuchó.

—No, pero... Ella y yo sabemos el motivo y no quiero que vaya. Es todo —se excusó.

—¿Tú irás? —Preguntó Sia, más Miller no le respondió—. Dime, Miller. ¿Tú irás a la fiesta que no quieres que pise? Es por eso, ¿verdad? Porque tú sí vas a ir.

A Sia no le gustaba nada el trato que Tammy y él tenía. No le gustaba nada que esos chicos de la playa supieran más de él que ella misma. No le gustaba que le vieran la cara de estúpida. Tenía que dejarlo claro, ella iba a ser la única que decidiera qué hacer sin tener que excusarse por nada y mucho menos por nadie.

—Puede, no lo sé aún —mintió descabelladamente y ella se dio cuenta.

—Genial, pues yo iré con Tammy y pobre de ti como intentes impedírmelo. Si quieres que no me pase nada, que es por lo que parece que quieres que no vaya, manda a Josh a acompañarme. Así, con niño y todo, puede que me des permiso, papá —habló con sarcasmo, provocando en Miller desconcierto y también algo de miedo, un sentimiento que él no se acostumbraba a sentir.

Sin más, Miller se dio la vuelta y se largó de allí, dejando a las dos chicas algo confundidas. Tammy se quedó pensando en que las palabras de Miller le habían dolido, pero mucho más lo había hecho el simple hecho de que por Sia sintiera más de lo que un día llegó a sentir por ella. Los celos la estaban matando por dentro y lo que no sabía, era que Sia sentía exactamente lo mismo. Tenía celos de ella y de lo que podía provocar en él. Podría estropearlo todo.

Cuando se quedaron a solas, Tammy volvió a mirarla y sonrió con complicidad. Iba a

preguntarle por lo que estaba pasando entre ambos. Aunque ya lo sabía todo, quería escucharlo de sus labios.

Una vez que Loreto salió para saludar a Tammy y se marchó de nuevo, caminaron hacia el salón y se sentaron en el sofá.

—Vaya. —Suspiró.

—¿Qué?

—Creo que le gustas mucho a Miller —expresó Tammy, mirándola de reojo.

—Qué va. Además, solo somos amigos.

«¿Por qué no puedo ser sincera con ella? Sería tan fácil», pensó Sia, mirándola ahora ella también.

—Pues parece que le gustas, incluso podría jurar que te quiere, que está enamorado de ti — insistió, volviéndose para mirarla directamente a los ojos.

Sia se echó la melena hacia atrás, ya se estaba secando y empezaba a molestarle que se viniera todo el tiempo hacia adelante, quitándole visión.

—¿Te molestaría si así fuera? Es decir, no me malinterpretes, pero tú ya no estás con él. ¿Qué pasaría si se fijase en otra que no fueras tú?

Tammy se quedó en silencio pensando qué responder a eso que su amiga le preguntaba. Porque sí, claro que le molestaría saber que le gustaba otra chica, que le gustaba ella. ¿Cómo no le iba a molestar si ella aún lo quería? Miller había sido el primer novio de verdad, el primer chico que la tocó. Para Sia también había sido el primero.

¿Qué iban a hacer ahora las dos? Una estaba en su corazón, la otra jamás lo estuvo. Miller nunca sintió nada por Tammy, quiso sentirlo, pero no puedo. En cambio, por Sia sentía mucho más de lo que estaba acostumbrado, mucho más de lo que se podía permitir, mucho más de lo que su corazón tenía el coraje de sentir. Sia se había convertido en el salvavidas que necesitaba.



Capítulo 17

Miller podría haberse quedado en casa esa noche, podría haber pensado que la mejor opción era olvidarse de aquella fiesta que le traería más de un problema. Podría hacer muchas cosas opuestas a eso, pero ¿cómo hacerlo cuando sabía que ella iría? Tenía que cuidarla, aunque fuera de lejos. Ella estaba cabreada y no la culpaba. Había demasiadas cosas que los separaban en este momento y Tammy era una de ellas.

Bajo la atenta mirada de su hermano, se terminó de arreglar y se dispuso a salir.

—¿Vas a salir con Sia? —Se interesó Josh, caminando hasta su hermano.

Él también se había arreglado para esa fiesta y, la verdad, el único motivo para ir era porque sabía que Tammy arrastraría a Sia hasta allí con el fin de hacer que Miller y ella pelearan y rompieran lo que tuvieran, aunque aún no tenían muy claro el qué.

—No precisamente. —Frunció el ceño—. Es una larga historia.

—Puedes decírmelo, si quieres.

Tanta amabilidad de pronto era extraña por su parte. Su hermano lo odiaba y hacía mucho tiempo que no recordaba la última vez que se trataron bien. Antes estaban muy unidos, eran de esos hermanos que lo hacían todo juntos, hasta que Josh empezó a salir con Sia. Ella se puso en medio de ambos en la niñez y ahora se repetía de nuevo, aunque no todo era por eso.

Miller lo miró sin decir ni media palabra y, en ese momento, fue como antes. Quería aprovechar la tregua que su hermano parecía estar dándole.

—Acompáñame y te lo explico por el camino —aseguró, abriendo la puerta de la casa.

—¿Estás seguro? —Asintió—. Está bien, vamos.

Salieron y se metieron en el coche de Miller, este arrancó y puso rumbo a la fiesta. Miller creía que se estaba equivocando, no debería ir porque podría ser el fin de su historia con Sia, pero debía arriesgarse, ella lo merecía. Además, estaba seguro de que sus “amigos” iban a estar y tenía miedo de que la molestasen solo por hacerle daño a él. No iba a permitir que nadie le hiciera daño por su culpa.

Mientras tanto y después de haber hablado por unas horas, Tammy y Sia ya estaban llegando a la fiesta. Sia estaba nerviosa, había algo que la preocupaba, pero no sabía qué. Era como un presentimiento.

No podía dejar de pensar en él, en Tammy y en todo lo que su amiga le había dicho. Tammy aún no podía creer que ella estuviese saliendo con Miller, que no le hubiera importado que meses antes él fuese el novio de una de sus amigas. ¿Cómo pudo fijarse en él si no hacía ni dos meses que ellos eran novios? ¿Cómo pudo enamorarse de él de esa manera? Le costó mucho reconocerlo, reconocer que lo quería, que no era una simple atracción lo que los unía, ahí había más sentimientos. Solo dudaba que él sintiera lo mismo por ella.

Y lo peor de todo es que no fue capaz de decírselo a Tammy y mucho menos después de que ella le dijera que no dejaría que ninguna otra chica se acercara a él y mucho menos ella.

El silencio de Tammy la estaba poniendo nerviosa, aun no le había respondido a la pregunta y necesitaba saber si aún sentía algo por Miller, algo más fuerte de lo que ella, sin percatarse, comenzaba a sentir.

—Sí, me jodería mucho que se enamorase de otra... De ti. No importa el tiempo que pase, entre los dos hay una conexión que nadie, óyeme bien, nadie podrá romper. No pienso dejar que ninguna chica se acerque a él, Sia, y perdóname si soy tan dura contigo. Tú no tienes la culpa.

Sia se había puesto muy nerviosa, esas palabras no se las esperaba y ahora no podría acercarse a Miller, ni siquiera besarle, hablar con él. ¿Qué iba a hacer ahora? Lo quería, se había enamorado de él. Se había cuenta en el momento en el que Tammy se acercó a él.

Ella no dijo nada, solo mantuvo la vista fija al suelo, solo quería poder hablar con él, aunque fuera para despedirse del chico que le había robado el corazón. Despedirse porque no podrían estar juntos nunca más.

—Bueno, arréglate que nos vamos de fiesta.

—Yo no voy, Tammy. Ve tú si quieres.

Y ahí estaban, entrando en esa casa de la playa porque no tuvo el coraje de gritarle a Tammy que no quería ver como Miller y ella se reconciliaban. Era tan absurdo...

Caminaron entre los jóvenes, bastantes, a decir verdad, y llegaron a la piscina donde había una barra. Tammy se encargó de pedirle una bebida.

Sia miró todo a su alrededor, la casa era gigantesca y el jardín incluso lo era más. Se percató del globo aerostático de colores que había en una esquina del jardín y se emocionó pues le encantaría subir, solo que no sabía con quién. Lo mismo se lo pedía a Josh. Necesitaba hablar con

alguien y su amigo seguro que la escucharía.

—¿Te gusta? —Se asustó. Era Tammy—. Toma, aquí tienes tu bebida.

La observó detenidamente, como si tuviese delante de ella un alien o algo parecido.

—¿Qué es esto? —Se interesó, mirándola a ella ahora.

—*Vodka in Pink*^[1], amiga. —Sonrió al decirlo.

—Pero yo no... vamos que no.

—No, ¿qué? Solo bebe y diviértete, Sia. No habrás venido a la fiesta solo para mirar a todos pasarlo bien, ¿no? —Negó sonriendo ahora ella y bebió un buen sorbo—. Así me gusta. Ahora vamos a bailar.

Tammy cogió su mano y justamente comenzó a sonar *Sorry not sorry* de Demi Lovato. La verdad es que le gustaba mucho la música de la cantante y esa canción en especial, mucho más. Bailaron, se movieron y aunque su amiga lo hacía bien, nadie podía dejar de mirar a Sia pues se movía espectacular. No podía negar que llevaba el baile dentro, muy dentro. Tammy se detuvo en cuanto vio que su amiga era el centro de atención.

Los chicos llegaron y lo primero que vieron fue un corrillo en la piscina. Cuando se acercaron y vieron a Sia bailando, Miller sonrió y Josh... Bueno, él no sabía que su amiga bailaba así y es que, en realidad, no la conocía como él creía.

Cuando la música cambió, ella paró y miró al frente, viéndolo a él al fin. Sus miradas se encontraron, sus ganas de besarse se incrementaron en cuanto él, importándole muy poco lo que estuviese pasando a su alrededor, dio un paso al frente. La miró de arriba abajo, quedándose embobado al comprobar lo hermosa que estaba, mucho más que de costumbre. Sia se había puesto unos pantalones pegados de color blanco y una blusa morada ceñida al cuerpo, metida por dentro de los pantalones. Era bastante alta, pero eso no evitó que se pusiera unos tacones del mismo color que los pantalones. Además, estaba diferente pues de verla siempre con el cabello suelto, ahora lo tenía recogido en una cola de caballo.

Miller llegó hasta ella, pegó sus cuerpos y sin pensarlo dos veces, la besó agarrando sus mejillas con ambas manos, con una delicadeza que lo estaba matando. Ella cerró los ojos, se dejó llevar por el momento, olvidándose de lo que había hablado con su amiga sobre él, de todo lo que ella pensó hacer para no estar a su lado. No le importó nada en cuanto lo vio, en cuanto sus ojos se encontraron. Su corazón comenzó a latir tan fuerte que hasta pensó que se le saldría por la boca. ¿Cómo podía alejarse de la persona que amaba cuando la tenía cerca, muy cerca? Era imposible

hacerlo cuando respiraban el mismo aire.

Por un momento, pensaron que nadie los miraría, que serían completamente invisibles para todos y no fue así. Tammy y Josh habían visto cada paso que dieron, cada caricia que se regalaron y ese beso que jodió mucho a ambos. Debían seguir adelante con el plan que prepararon para separarlos, aunque con eso les hicieran daño a las personas que querían o que creían querer.

Cuando se separaron, Miller acarició su alma con solo mirarla y eso hizo que ella se diera cuenta de que no podía dejar que nada ni nadie la separase de él.

—Hola —musitó ella, sonrojada.

—Hola, pelirroja.

Sia sonrió y volvió a besarle, pero Tammy no aguantó más. Se acercó a ellos y cogió a Sia del brazo para separarla de él.

—¿Qué haces, Tammy? —Miller no se lo podía creer.

—No, Miller. ¿Qué haces tú con ella? Pensé que podíamos tener una oportunidad, cielo. ¿No ha servido de nada mi llegada?

Sia la miró con odio por primera vez. Siempre fue su amiga, la que había ido a casa de su abuela para que escuchara lo que a Josh no podía contarle por ser un chico.

Tammy se pegó a él y Josh aprovechó para llevársela de allí, de su lado. Caminó con ella de la mano hasta el globo aerostático para subirse.

—¡Suéltame, Josh! —Se soltó de su agarre a pleno grito—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué...?

Josh se rascó la cabeza, nervioso y ansioso por llevársela de la fiesta. Quería hablar con ella a solas sin tener a su hermano al lado. Ya no era solo porque odiase que ellos estuvieran juntos, sino porque Miller le había contado en el coche lo que pasó en la playa con esos chicos. Tenía miedo de que le pasara lo mismo que a aquella chica.

—No tienes derecho a tratar de separarme de tu hermano cuando soy yo la que quiero estar con él. ¿No te das cuenta de que me he enamorado de él?

Josh abrió los ojos, sorprendido, pero no por saber algo que era más que evidente sino por ver a su hermano detrás de ella, escuchando esa declaración. «¿Cómo consiguió escapar de Tammy?», pensó.

Sia se dio cuenta de que Josh miraba a alguien detrás y se dio la vuelta.

—¿Estás enamorada de mí? —Preguntó Miller en un hilo de voz, nervioso como jamás en su

vida y temeroso de perderla ahora que entendía sus sentimientos. Ella asintió agachando la cabeza, avergonzada.

Caminó hasta ella y con su mano acariciando su barbilla, le hizo levantar la cabeza.

—No te avergüences, Sia. No cuando yo siento exactamente lo mismo que tú.

Una lágrima cayó por su mejilla, una que Miller secó con el pulgar para luego besarle la piel por donde había rodado.

—Espero que estas lágrimas sean de alegría, no me perdonaría que fuese por otra cosa. — Ella sonrió, enamorada, muy enamorada.

—Son por saber que ambos sentimos lo mismo. No pensé que tú estuvieses enamora...

—Shh, calla.

Y la besó. Pegó sus labios a los de ella en un beso lleno de dulzura, amor... un beso que para otros era dolor pero que, para ella, era llenar su corazón. Porque Miller le llenó el corazón cuando se miraron por primera vez. Porque él, en poco tiempo, llegó a conocerla mejor que muchos. Miller tenía la capacidad de saber lo que le pasaba en cada instante. ¿Cómo? No lo sabía y no creía llegar a saberlo jamás, era como un poder que solo él poseía, uno que no quería que se esfumase nunca.



Capítulo 18

Ahora que sabían lo que sentían el uno por el otro, todo podría ir a mejor, nadie los volvería a separar. ¿O sí? Realmente nada importaba ya.

Tammy y Josh harían hasta lo imposible para conseguir que esos dos se separaran, no iban a permitir ese amor que había nacido justo cuando ellos querían tener algo con Sia y Miller. Pero justamente cuando se disponían a ir tras ellos para separarlos, aunque fuera solo por esa noche, ellos se subieron a la canasta del globo con la intención de escapar por los aires, como estaban ellos en este momento, volando por el amor que sabían que sentía el uno por el otro.

Miller y Sia miraron hacia abajo mientras que el fuego hacía que el globo subiera y sonrieron al comprobar cómo su hermano y su amiga los miraban con cara de póker.

—Realmente no sé qué es lo que quieren conseguir estos dos —mencionó Miller, mirándola de nuevo a ella.

—No sé, pero sea lo que sea, espero que no lo consigan.

Sia se giró para estar frente a él, para mirarle a los ojos y comprobar la realidad, si era verdad todo lo que le había dicho cuando estaban abajo. Tenía tanto miedo ahora de que hubiera sido una mentira...

Miller notó su desconcierto, su nerviosismo, toda ella temblaba. Agarró sus mejillas con ambas manos y antes de que reaccionara, la besó de nuevo. Esta vez con las estrellas como testigos, las nubes como jueces de ese amor que, sin esperarlo, comenzaba a crecer con una velocidad de vértigo. ¿Será que en realidad siempre estuvo enamorado de ella? No se dio cuenta hasta que esos tipos, los que llegaron a joderle su vida, quisieron acercarse a Sia con malas intenciones. Ya sucedió una vez y él tuvo que hacerse a un lado para no salir mal parado, pero esta vez tendrían que matarlo antes de dejar que hicieran lo que tenían pensado.

Mientras tanto, Josh y Tammy estaban cabreados por no haberlo conseguido esta vez, pero no iban a parar en su empeño de poner a cada uno en su lugar. Miller con ella y Sia... bueno, primero Josh tendría que hacer que Sia se fijase en él y eso era imposible. Más ahora que se había enamorado de su hermano. Tendrían que jugar mucho más sucio, joderlo todo de un modo u otro. Josh tendría que hacer que ella lo odiase.

—No podemos seguir haciendo las cosas mal, Tammy. Al final se darán cuenta de que lo único que queremos es separarlos y no podemos dejar que eso pase. Si Sia se entera, me odiará y

yo quiero que lo odie a él. —Se tocó la cabeza, metiéndose los dedos entre los mechones de pelo. Estaba tan ansioso porque bajaran de ese maldito globo para dar el siguiente paso que no veía la hora de ese momento.

—¿Qué te hace pensar que no lo saben ya? No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de nuestras intenciones. —Lo miró—. Mira, Josh, no sé cómo vamos a conseguirlo, pero si tengo que pedirle ayuda a quien tú ya sabes, lo haré sin dudarlo y siento mucho que tras hacer eso, Sia sea la más perjudicada —amenazó con altanería.

Josh la miró con asombro, miedo y alguna que otra mueca de asco por su parte. ¿Cómo se le ocurría pensarlo siquiera? Estaba claro que Tammy estaba perdiendo la cabeza por Miller y eso haría que sus planes se fueran a la mierda.

Sin más, Tammy se dio la vuelta y se largó a seguir con la fiesta o, al menos, a intentarlo pues hasta que no consiguiera tener a Miller a su lado, no iba a disfrutarla a su antojo. Josh no daba crédito a todo lo que, sin querer, estaba pasando. Una parte de él quería tener a Sia como antes, siendo su mejor amiga, su única y verdadera amiga, porque era consciente de que de otro modo ella no se acercaría a él, pero... la quería tanto que no podía dejar que Tammy hiciera lo que le había dicho. No podía hacerle daño de ese modo.

Josh se encaminó hacia la barra para pedir una copa, al menos si se emborrachaba, se olvidaría de todo lo que no dejaba de rondar su cabeza. Tenía que haber sido él quien estuviera con ella en ese globo, disfrutando de las estrellas, de ese cielo oscuro y hablando de mil cosas, así como antes, como cuando eran niños... antes de que su hermano se hubiese metido entre ellos. Negó tomándose la copa de un sorbo, ni siquiera sabía lo que le habían echado y que había quemado su garganta con fuerza, pero no importó y pidió otro, haciendo lo mismo en cuanto se lo pusieron frente a sus ojos.

La música sonaba tan alta que, desde arriba, ellos seguían escuchándola y aunque estaban completamente evadidos de todo y todos, era gratificante tener una melodía de fondo para tanto amor.

—No sabes lo hermosa que estás esta noche, lo que te brillan los ojos y lo que tus labios, sin palabras, me están pidiendo. —Miller suspiró—. ¿Sabes? Hace tanto tiempo que no me siento así que hasta podría decir que es un sueño, aunque para mí sea complicado asegurar que lo sea. — Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que no sé lo que es soñar. Nunca recuerdo nada de lo que pasa por mi mente cuando

duermo y, en realidad, no sé si es que me quedé dormido. Si no fuera porque abro los ojos por la mañana, diría que pasé toda la noche en vela —expresó nervioso. Le costaba mucho abrirse con ella, decirle tantas cosas que no tenían explicación. Rogaba porque ella le ayudara a encontrar las respuestas para tantas rarezas en su vida.

Sia se acercó a él mucho más de lo que ya estaba y rodeó su cuello con los brazos, pegándose a su cuerpo, haciendo que eclipsaran, como cuando se unían la luna y el sol. Porque Miller era la noche y ella el día... porque él era oscuro y ella llenaba todo de luz. Porque podía jurar que eran completamente incompatibles, como cuando poníamos la pieza de un puzle mal, pero a la vez, eran tan iguales. Lo miró a los ojos, sonriendo con ellos, con los labios y con cada movimiento de su cuerpo. ¿Sería posible sonreír con todos los músculos del cuerpo? Sí, claro que se podía, ella podía. Cada fibra de ella se estremecía con el roce de su piel.

—No tengas miedo a no recordar los sueños que inundan tu mente por la noche, yo te daré los míos... Todos mis sueños te daré, Miller. Todos y cada uno de ellos.

La besó, la devoró y la abrazó con fuerza, metiéndosela en el pecho, en su puto organismo de donde tenía claro que no iba a poder sacarla nunca más, por mucho que intentaran separarlos.

Durante unos largos minutos, se anclaron a ese momento, olvidándose de todo hasta que llegó la hora de bajar. Cuando llegaron al suelo, fue como si estuvieran ebrios sin haber bebido. Miller agarró su mano con fuerza y se la llevó a la pista para bailar. Sonaba una canción que, aunque no conocía, sabía que a ella le gustaría. Solo podía quedarse con algunas palabras de esa canción hasta que ella le dijo de quién se trataba y que canción era: *Jessie Ware - Say You Love Me*.

Say you love me to my face

I need it more than your embrace

Just say you want me, that's all it takes

Heart's getting torn from your mistakes

'Cause I don't wanna fall in love

If you don't wanna try,

But all that I've been thinking of

Is maybe that you're mine

Baby it looks as though we're running out of words to say

And love's floating away

No podían separarse mientras que la música recorría sus cuerpos como las suaves caricias que ellos mismos se daban. Morían porque llegase la hora de marcharse de allí para pasar la noche juntos, amarse como ya habían hecho en otro momento, sentir que sus pieles se unían de una manera apabullante, escalofriante. Sintiendo que, por una vez, podían llegar a ser uno solo.

Cuando terminó la canción, Sia abrió los ojos encontrándose con los de él que la miraba con dulzura. Besó sus labios al tiempo que se separaba de su cuerpo.

—Tengo que ir un momento al baño, espérame aquí —anunció ella, dándose la vuelta y perdiéndose entre los jóvenes.

Miller la miró hasta que ya sus ojos no pudieron seguirla y se encaminó hasta la barra para pedirse algo de beber; tenía la boca seca. No sabía que ahí estaría Tammy, esperando su momento para meterse entre sus brazos sin permiso y, a ser posible, en su cama. Esa chica gimoteó en su oreja, en su cuello, intentando buscar el modo de hacerle recordar lo que antes, con solo acercársele, ocasionaba en él. Pero no conseguía nada, ya su cuerpo no reaccionaba a las caricias de una mujer falsa que no lo quería. Ella solo quería lo que tuviese otra... quería conseguir a toda costa lo que nunca iba a tener, solo por capricho.

—Tammy, suéltame —pidió él.

—¿Por qué? ¿Acaso ya no te gusto? —La miró con una ceja alzada—. Pensé que podríamos recuperar lo que perdí en el camino. Pensé que...

—Deja de pensar, nunca se te ha dado bien —la interrumpió.

—¿Ah, no? ¿Estás seguro de eso? Mira, Miller, no sé qué cojones te habrá dado la estúpida de Sia, pero sea lo que sea, no es mejor que yo.

Él no podía creer que estuviera diciendo eso. ¿Cómo se atrevía? No le llegaba a Sia ni a la suela de los zapatos y se lo diría en su cara. Con suerte, conseguiría que lo dejara en paz.

Se suponía que esa fiesta iba a ser la mejor a la que todos habían asistido, pero nada más lejos de la realidad. Nada de lo que había pasado minutos antes podría hacer que olvidasen lo que estaba a punto de pasarle.

Sia se disponía a salir del baño cuando un chico entró. Era Allan. Ella palideció en cuanto vio las intenciones que llevaba, su miraba lo delataba y su cuerpo comenzó a temblar como una hoja a punto de caer por el viento.

Allan se acercó a ella, cada vez lo estaba más y la cogió de los brazos para empujarla hasta un rincón de ese baño.

—Mira lo que tenemos aquí. Y yo que pensaba que esta fiesta iba a ser la más aburrida a la que he ido. —Sonrió cínicamente.

—¿Qué... qué quieres? Tengo que irme —titubeó nerviosa, aterrada más bien.

—No te asustes, muñequita. No te haré nada que tú no me pidas. ¿Me lo pedirás? Veremos qué pasa —aseguró abriendo los ojos con exageración.

Sia tragó saliva, sintiendo como todo su cuerpo se tensaba. Casi no podía respirar porque hasta hacerlo le dolía.

Allan pasó sus manos por la cintura de ella y se pegó a su cuerpo, demostrándole a Sia lo que estaba provocando en ese tipo sin apenas ser consciente de ello, sin apenas quererlo.

—¿Has visto cómo me pones, muñequita? Así me tienes desde que te vi en la playa, tienes un cuerpo que me muero por saborear. —Besó su cuello, provocando una arcada por parte de ella.

Sia se removía entre sus brazos, intentando con todas sus fuerzas escapar de las garras de ese tipo que, claramente, no la iba a dejar escapar así como así. Lo tenía muy difícil pues en la puerta del baño estaban los otros dos amigos custodiando para que nadie se le ocurriera entrar y ver lo que estaba pasando en el interior.

Pero ninguno contaba con que Miller empezaría a preocuparse porque Sia no volvía. Cuando pasaron los primeros diez minutos se preocupó, pero dejó unos minutos más. Seguramente ella solo se estaba retocando o habría cola para entrar, había muchas personas en esa fiesta. Pero cuando llegaron los veinte minutos, empezó a ponerse nervioso, era demasiado tiempo para ir al baño. Se encaminó al interior de la casa y alguien agarró su brazo, obligándole a parar. Se dio la vuelta y se sorprendió de ver a su hermano, el que pensaba que lo había dejado allí tirado para irse con cualquier chica.



Capítulo 19

—¿Qué quieres, Josh? Tengo que irme —preguntó, algo tosco.

No quiso sonar así, no después de haber hablado con él. Y aunque sabía que su hermano aún no había enterrado el hacha de guerra, él quería intentar llevarse bien, como cuando eran niños, antes de que su padre jodiera todo y se llevara por delante la familia feliz que eran.

—¿Vas a buscar a Sia? La vi entrar en la casa hace más de veinte minutos y aún no ha salido. —Josh estaba realmente preocupado.

—Sí, a eso he venido. Algo no anda bien y temo que le haya pasado algo —dijo mirando al frente donde una Tammy los miraba muy risueña, demasiado para haber sido rechazada minutos antes por el que, según ella, era el amor de su vida.

Josh imitó a su hermano y la miró, dándose cuenta de lo que sucedía. Tammy lo había hecho sin importar nada ni nadie. Lo hizo sabiendo que Sia iba a ser la que sufriera por ello. Le importó una mierda todo, solo buscaba su felicidad.

Los hermanos entraron a toda prisa y buscaron por todos los baños de la casa hasta que llegaron al último y vieron a los amigos de Allan. Josh se fue para ellos mientras que Miller intentó abrir esa puerta y ver por sus propios ojos cómo Allan acababa con la vida de Sia, porque los gritos de ella se lo estaban demostrando.

—¡Eres un jodido hijo de puta! —Gritó a la vez que lo cogía de la camisa por la espalda y lo separaba de ella.

Cuando consiguió quitárselo de encima y la vio, sintió como todo su mundo se derrumbaba. Sia estaba semidesnuda y a punto de ser violada por ese malnacido que volvía a hacerlo.

Miller se enfureció y comenzó a golpearle con tanta fuerza y tanto odio, que, si no fuera porque Josh lo cogió, lo habría matado a golpes. No podía permitir que su hermano entrase de nuevo en la cárcel.

—Para, estúpido. ¿Por qué te pones así ahora? Ni que esta fuera más especial que Jenny —Escupió Allan, levantándose del suelo.

—Ni la menciones, hijo de puta. ¿Cómo se te ocurre hacerle eso a mi novia? ¿¡Has perdido la cabeza!?

Miller estaba fuera de sí, a punto de volver a partirle la cara como se merecía tanto por lo

que intentó hacerle a Sia, por lo que le hizo en su momento a Jenny. Ni siquiera podía recordarla, no sin echarse a llorar ni perder la poca cordura que le quedaba. Había pasado hacía tanto que ya no quería volver al pasado, aunque este se empeñara en regresar siempre que tenía ocasión.

Sia se acercó a él para que se calmara una vez que consiguió tranquilizarse gracias a Josh que la tenía abrazada. Había pasado tanto miedo que estaba segura de que de ahí saldría destrozada, mucho más de lo que ya la había dejado porque sentir las manos de ese cabrón en su cuerpo la asqueaba y le hacía daño, mucho daño.

—¿Quién es Jenny y a que se refiere con lo que ha dicho, Miller? —Preguntó ella, realmente interesada en esa chica.

Una parte de ella le decía que esa chica estaba más unida a Miller de lo que podía esconder. Una parte de ella le decía que debía averiguar quién era esa chica que perturbaba tanto a su novio. «A lo mejor es su exnovia», pensó.

—Ya te lo contaré, ahora tenemos que salir de aquí. —La miró de arriba abajo, sintiendo cómo el cuerpo se entumecía por la fuerza que estaba empleando en cada músculo.

—¿Por qué vas a esperar más para contárselo? Yo mismo se lo diré, Miller. Así te ahorro saliva, amigo.

—¡No hables, Allan! ¡Cierra el pico! —Le pegó un puñetazo.

Pero ni eso le haría callar pues estaba dispuesto a desenmascarar a su “amigo”. Le habían pagado para hacerlo y lo haría, nunca dejaba trabajos a medias.

—Verás, muñequita, es una historia muy larga. Si quieres quedamos un día para rematar lo que hemos empezado y así te lo cuento todo.

Iba a contárselo, claro que iba a hacerlo, si no fuera porque Miller estaba fuera de sí y estaba seguro de que no iba a salir bien parado de ahí. Sin más, Allan se dio la vuelta y salió de allí sin ser capaz de decir siquiera adiós. No fue por miedo a Miller, ni por miedo a nada en general, pero la oportunidad iba a llegar de un momento a otro y solo le ponía algo de suspense a ese final.

Entonces, Miller se dio la vuelta y al verla, agarró sus mejillas y la metió entre sus brazos. Josh, dándose cuenta de que sobraba, los dejó solos en ese baño.

Miller no podía dejarla, no podía dejar que ella sufriera lo que Jenny sufrió y él..., él no quería pasar por lo mismo. No podía pasar por lo mismo ahora que se había enamorado de verdad, que había conocido lo que era el amor verdadero que le enseñaba que, hasta él, era digno de ser amado por mucho que él mismo se negara a coger ese amor y creérselo de una vez por

todas.

—¿Estás bien? Dime que lo estás, Sia, por favor. —Se alejó de ella unos milímetros. Ella agachó la mirada y él secó sus lágrimas—. No puedo creer que esto haya pasado, no tenía que haberte dejado sola. No en este momento.

—¿Quién es Jenny, Miller? —Repitió la misma pregunta, sin ser capaz de pensar en otra cosa.

Él miró hacia arriba, reprimiendo las lágrimas que pugnaban por salir rabiosas, con la rabia que él sentía en ese instante en el que lo único que pensaba era en sacarla de allí sana y salva.

—Es una chica que conocí hace unos años. —Bufó exasperado—. Te prometo... mírame, Sia. —Cogió su barbilla para hacer que lo mirase—. Te prometo que mañana te lo contaré todo, esta noche deja que te lleve a tu casa. No estaré tranquilo hasta que no sepa que estás a salvo.

Tenía sentido lo que él le pedía y aceptó solo porque le prometió que lo haría al siguiente día. Aunque estaba segura de que no iba a poder borrar de su mente nada de lo que había pasado y mucho menos, saldría de su cabeza ese nombre. Jenny.

Salieron de allí sin esperar a nadie, ni siquiera a Josh que los había dejado solos para que pudieran hablar de Jenny. Él sabía quién era esa chica, sabía qué fue de su vida y por qué su hermano luchaba por olvidarlo todo. Y aunque le encantaría desenmascararlo con esa historia, tenía que aceptar que ese tema era solo de él y que él mismo debía contárselo a Sia. Con suerte, él solito iba a conseguir que ella lo odiase y entonces Sia lo buscaría para ser consolada por su mejor amigo. Al final, no saldría las cosas tan mal y fue a contárselo a Tammy. Sin embargo, no pudo contarle nada porque la vio dándole un sobre a Allan. Una prueba más para comprobar que había sido ella quien mandó a ese cabrón a que abusara de Sia. Pero esto no se iba a quedar así, la enfrentaría.

Josh esperó a que se quedase sola y caminó hasta ella. Cuando Tammy lo tuvo en frente, rodó los ojos y lo esquivó para dejarlo con la palabra en la boca, ya sabía lo que le iba a decir.

Miller y Sia iban en silencio, el coche era grande, pero parecía pequeño porque cada vez le faltaba más el aire. Abrió la ventanilla sintiendo cómo el aire fresco inundaba todo el vehículo y pudo respirar.

Él la miró de reojo y sintió como ella, poco a poco, se iba alejando de él. Todo comenzó a empeorar y necesitaba hacer que se olvidase del tema, que pensara en otra cosa. Entonces, lo recordó y sonrió de lado para después estirar el brazo y sacar de la guantera, bajo la atenta mirada

de ella, el folleto del concurso de baile que había en el parque de atracciones en dos semanas.

—Quería que vieras esto. —Se lo dio.

Sia lo miró, leyó todas las bases y se quedó muda mientras contaba los colores que había en aquel grafiti del folleto. Por un momento fantaseó con un posible baile, pero lo desechó en cuanto recordó el motivo por el que esa fiesta había acabado. No podía pensar en nada más que no fuese Jenny y la agresión sexual del que estuvo a punto de ser víctima.

Él, dándose cuenta de su desconcierto, se calló y dejó que lo pensara. No podía atosigarla ahora con algo que podía esperar, no era el momento. Solo quería ayudar, que no pensara en nada malo como lo de Allan. No creía que fuese buena idea pensar en ello, aunque fuera matemáticamente imposible no hacerlo.

Una hora después, llegaron a la casa. Sia se disponía a salir del coche cuando él la agarró, quería saber si todo entre ellos estaba bien. Ella lo miró y lo que él vio en sus ojos, no fue ni por asomo lo que observó hacía unas horas cuando estuvieron en aquel globo.

—¿Todo está bien entre nosotros? —Formuló la pregunta con un gran nudo en la garganta.

—Yo... eh... No sé, Miller. Necesito tiempo para procesar lo que ha pasado esta noche —mencionó ella, dándole el peor golpe que podía recibir.

—Sia, mis sentimientos hacia ti no han cambiado y no creo que vayan a cambiar nunca.

—En este momento no sé qué pensar, Miller. Por favor —gimoteó—. Dame tiempo, ¿sí? Te lo pido por favor.

—Está bien, será como tú digas.

Sia le echó una última mirada y salió del coche para luego correr hasta su casa y encerrarse en ella. Tenía miedo, mucho miedo. Pensó que podría olvidarse de lo que estuvo a punto de pasar, pero era cerrar los ojos y encontrarse debajo de Allan mientras que él toqueteaba su cuerpo a su antojo. Y luego estaba esa chica que tenía mucho que ver en el pasado de Miller y Allan. No quería pensar en que su novio hubiese sido capaz de hacerle daño a alguien, pero dado el historial que tenía Allan, se temía lo peor.

Subió a su habitación y, por consiguiente, se metió en el baño. Necesitaba una ducha con urgencia, sentía asco de sí misma en ese momento. Aún sentía las manos de Allan recorrer su cuerpo. No llegó a terminar lo que empezó y eso era algo que le aterraba, porque tal vez querría hacerlo y ese era su miedo, que la buscara para conseguirlo. Estaba segura de que Miller no iba a dejarla sola, pero ¿estaba dispuesta a dejar a un lado sus pensamientos, olvidarlo todo y seguir

como si nada? No, claro que no. No iba a descansar hasta saber qué pasó con Jenny, qué pasó con Miller y el motivo por el que Josh odiaba a su hermano. Ahora más que nunca necesitaba saberlo.

Cuando Miller llegó a su casa, fue hasta el salón y abrió el mueble bar para sacar la botella de ron que ya estaba abierta y a la que solo le faltaba una copa para estar entera. La destapó con el fin de beber a morro y bebérsela completa. Quería perder la conciencia, despertar por la mañana y que todo fuera tal y como era antes de que llegase su hermano allí. Ya estaba con Sia, ya se habían amado como tanto desearon. ¿Por qué estropear algo tan precioso como eso? ¿Por qué destrozar lo más hermoso que había tenido en su vida? Debía ser sincero con ella, contarle todo antes de que otro lo hiciera por él. Porque esa persona podía contarle las cosas de otra manera y siempre había que saber todas las versiones de los hechos. Ese era su miedo, perderla por culpa de terceros, por culpa de un pasado que se acercaba a pasos agigantados. Ya solo le faltaba que la propia Jenny fuese la que le contase la historia a Sia. Ese día sí sería el fin de su historia de amor, la historia más bonita de su triste vida.



Capítulo 20

DOS DÍAS DESPUÉS

Sia intentó salir de su casa, más no pudo. Intentar olvidar aquella noche le fue imposible. Se había quedado traumada y no era para menos. Miller intentó verla, pero no consiguió nada más que evasivas. Josh también lo había intentado y al segundo día, lo dejó pasar a su habitación. Sabía que estaba siendo dura con Miller, pero no podía ser de otra manera. No cuando sabía que le escondía tantas cosas y si aún no era capaz de ser sincero con ella, era porque no confiaba en que tendría su perdón, si es que lo necesitaba.

—¿No piensas salir de este escondite nunca más? —Josh se sentó a orillas de su cama. Ella negó, abrazándose a sus piernas—. Sé que lo que te pasó fue algo muy grave y créeme cuando te digo que te entiendo, pero no debes tener miedo, Sia. Yo estoy aquí y también mi...

—Miller. —Asintió, agachando la cabeza.

Por más que intentaba hacer que ella lo odiara, no podía. Debía reconocer que su hermano se había enamorado, aunque tuviera la certeza de que no era bueno para ella. Estos dos días lo había pasado muy mal, asomado a la ventana que daba a la de Sia, esperando alguna señal que le dijese que ya podía ir a verla. Ella quería espacio y él se lo estaba dando, aun sabiendo que eso le dañaría a él mismo pues se moría de ganas por cuidarla, cobijarla entre sus brazos hasta que todos sus miedos se viesan interrumpidos por ese amor que sentía por ella.

Pero no pasó, ella no le dejaba verla. No salía de la casa y mucho menos se asomó a la ventana. Entonces fue el mismo Miller quién le pidió a su hermano que fuera a verla, que averiguara cómo estaba.

Ya hacía al menos una hora que se había marchado a verla y aún no regresaba. Miller estaba agobiado, desesperado por saber si estaba bien, si aún quería verle, si quería seguir estando con él.

Sin poder esperar un segundo más, salió de la casa, aunque no sin antes coger el peluche de sirena y una pequeña carta que le escribió la noche de la fiesta, cuando todo pasó. Esa noche no podía dormir, todos los recuerdos del pasado hicieron de las suyas, todo lo que pasó con sus padres e incluso la imagen de Sia tirada en el suelo semidesnuda... Nada podía borrarlo, ni los sentimientos que cada vez se agolpaban más en su pecho, provocándole un gran ataque de ansiedad. Necesitaba contarle todo a Sia, aunque eso significara el fin para ambos. Ya se

encargaría día a día de conseguir que ella lo perdonara, que lo viera con los mismos ojos con los que lo miraba.

Ya en la puerta y sin que llegase a tocar el timbre, esta se abrió y una Sia con los ojos tristes lo miró y no le gustó. ¿Qué habría pasado?

—¿Qué haces aquí? No quiero verte, Miller, no...

Pero él no la dejó hablar, cogió sus mejillas y la besó. Habían pasado solo dos días y con solo mirarla, todo lo que pasaba por su mente fue desechado. En cambio, no pudo soportar verla tan cerca y no poder besarla, abrazarla. No se lo pensó, solo actuó.

Al separarse, ella abrió los ojos y lo miró. Por mucho que se negara a verlo, por un momento se había dejado llevar, disfrutando de ese contacto con el que tanto había soñado esos dos días. No podía negar lo que sentía por él, lo que su corazón le gritaba y sus labios se negaban a decir. Estaba enamorada de él, pero lo que Josh le había contado cambió las cosas tanto, que no podía mirarle siquiera a la cara.

—No vuelvas a besarme. —Lo golpeó, prohibiéndole así que la tocara de nuevo.

Miller frunció el ceño y se percató de la mirada de su hermano. «¿Había tenido el coraje de contárselo?», pensó al tiempo que daba un paso atrás, bajando las escaleras y dejándola a ella hacer lo mismo. Necesitaba hablar con ella, aclararle todo.

—No tienes idea de lo que ha sido para mí saber lo que pasó con Jenny, todo lo que hiciste con ese hijo de puta que intentó hacer lo mismo conmigo. ¿Te crees que es fácil para mí enterarme por otra persona? ¡Tú tendrías que haber sido sincero conmigo! Pero no, no podías. Claro que no podías —esto último lo dijo más bajito, ya estaba doliéndole la cabeza. Él solo miraba al suelo, sin poder mantener sus ojos fijos en ella.

—Escúchame, Sia. —Siguió mirando al suelo—. Déjame explicarte, por favor. Nada de lo que pasó fue así realmente, Josh... él te ha contado su versión.

—¿Cómo puedes ser tan cara dura? ¿Acaso querías hacerle lo mismo a ella? Claro, enamorarla para después dejar que tus amigos le hicieran lo mismo. Todo tiene sentido, hermano —escupió Josh, provocándole.

Y aunque Miller deseaba partirla las piernas por lo cabrón que estaba siendo, no lo haría. Para él era más importante que Sia lo escuchara, conseguir que no lo odiara como estaba viendo en sus ojos. Así lo miraba ella ahora, con odio.

—No quiero escuchar tu versión, Miller. Ni siquiera puedo mirarte a la cara y por mucho que

me lo digas, no te creo... En este momento, no creo nada de lo que digas.

—¿Cómo puedes creerle a él antes que a mí? Nunca te he mentado, jamás lo haría porque...

—Por qué, ¿eh? ¿Por qué debería creerte? —Lo interrumpió, secándose las lágrimas que ya estaban haciendo de las suyas.

—Porque estos meses te he demostrado que puedes confiar en mí, que no sería capaz de hacerte daño —titubeó acongojado, nervioso, aterrado por saber que la perdía.

—Podrías habérmelo dicho, al menos antes de que... —Cerró los ojos.

—¿Antes de qué? Habla, Sia.

—Antes de enamorarme de ti —sollozó—. Pero ya da igual, esto se ha acabado.

Lo esquivó para volver a entrar en casa, de donde no tenía que haber salido. Josh la convenció para dar un paseo y así poder relajarse, pero no se esperó a Miller en la puerta para destrozarlo todo, así como destrozó a su familia con sus errores.

—Sia, yo también... —La agarró del brazo y cuando fue a terminar la frase, se encontró con su mirada llena de rencor.

—No, ya es tarde.

—Por favor.

—¡No!

—Déjala, joder. Te ha dicho que no —intervino Josh.

—Tú no te metas, Josh. Este problema no es tuyo —respondió Miller.

Estaba furioso con su hermano, estaba seguro de que él le contó las cosas de diferente manera. Volvió a mirarla con la esperanza de que le dijera que todo era un error y que volverían a estar como antes, pero no eso no pasó. ¿Cómo iba a vivir ahora sin ella? ¿Cómo iba a olvidar sus labios cuando había deseado tanto besarlos? Después de tenerla entre sus brazos, de hacerle vibrar bajo su cuerpo, acariciar su piel desnuda entre las olas... «Joder», pensó. Eso era inolvidable, algo que jamás podría arrancar de su cabeza, mucho menos de su corazón.

Se dispuso a subir las escaleras del porche para volver a entrar, pero antes, él debía entregarle el peluche con la carta. Era la última carta que le quedaba por jugar.

—Sia, espera. —Se paró—. Te he traído una cosa, cógelo por favor... si después de esto sigues sin querer saber de mí, te dejaré en paz para siempre. ¡Me iré del pueblo! —Exclamó,

entregándole el peluche y dándole la carta.

Ella cogió la sirena y sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo. Le dolía demasiado, era como si le arrancaran de cuajo el corazón. Nunca se había enamorado con tanta fuerza y ahora deseaba no haberlo hecho jamás. Con todo entre sus brazos y tras echarle una última mirada, entró en su casa. Josh la siguió y cuando ella se percató de que estaba a su lado, lo miró.

—Necesito estar sola, Josh.

—Está bien, ya sabes dónde estoy si me necesitas. —La abrazó y besó su mejilla.

La puerta se cerró, dejándolos a solas al fin. Miller lo miró con odio, con uno que nunca pensó que sentiría por su hermano pequeño. Sin poder siquiera decirle nada, se dio la vuelta y se encaminó a su coche. No podía estar en el mismo sitio que su hermano y solo esperaba la respuesta de Sia.

—Espera, Miller —lo llamó.

—Déjame en paz de una jodida vez. Creo que con lo que has hecho tienes suficiente, ¿no crees? Olvídame, Josh, acabo de morir para ti —siseó apretando los puños a cada lado de su cuerpo.

No iba a golpearle, no así.

—Lo siento, Miller —se disculpó—. Siento que las cosas hayan acabado así, pero ella tenía derecho a saber qué clase de hombre era su novio.

No pudo más y le pegó un puñetazo que lo tiró al suelo. Sus ojos echaban fuego, su pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo. Tenía miedo de quedarse solo, de darse cuenta de que nadie lo podía querer, que no era bueno para nadie. Porque, por primera vez, sintió que encajaba en un lugar con alguien especial y que podía llegar a ser feliz, pero siempre alguien le jodía sus planes. Llegaba a pensar que no tenía derecho a olvidar, a estar con alguien sin miedo a que lo dejara en cuanto supiera su pasado, uno del que se avergonzaba.

Se subió al coche y arrancó.

—Eso, huye como haces siempre. En vez de afrontar los problemas, te escapas. ¿Por qué cojones no aceptas que dañes todo lo que tocas? A nuestra familia la hundiste, odias a papá y ese odio ha hecho que nos hayamos distanciado los cuatro. ¿Crees que fue justo para mí haber crecido sin el cariño de nuestro padre? ¿Por qué tuviste que golpearle aquella noche? —Josh lloraba mientras escupía esos dardos en contra de su hermano. Le tenía demasiado rencor y era hora de poner las cartas sobre la mesa, era hora de gritar la verdad.

Pero Miller hizo oídos sordos y se marchó. No tenía fuerzas para seguir discutiendo con su hermano pequeño sobre algo que, para él, era la realidad. Las cosas no eran lo que parecían, nunca lo fueron y él debía saberlo, pero no era el momento, no ahora que lo odiaba por haberle defraudado de esa manera.

Condujo por horas. Estuvo mucho tiempo al volante, incluso salió de Santa Cruz y se metió en pleno tráfico para volver a casa con la necesidad de ver a su madre, aunque fuera por unas horas. Llegó a California y, por consiguiente, al que era su hogar. No sabía si su madre estaría en casa, pero correría el riesgo. Cuando llegó, aparcó el coche delante del adosado y se bajó para luego subir las escaleras del porche. Como no tenía la certeza de que su madre estuviera, buscó la llave que ella escondía para casos de pérdida y abrió la puerta.

Todo estaba en silencio. Caminó hasta el salón y se sentó en el sofá por unos minutos, necesitaba descansar, pensar. Cerró los ojos y suspiró al tiempo que escuchó un ruido en el piso de arriba. Le extrañó, pero creyó que sería su madre así que caminó hasta las escaleras y las subió despacio, como si el mero hecho de hacerlo fuese algo prohibido. Algo le decía que su madre no estaba sola.

Llegó a la puerta de la habitación de su madre, estaba entreabierta y sin pensarlo siquiera, la abrió y lo que vio no le gustó. Es más, oíó haber ido allí y encontrarse ese panorama.

—Miller —musitó su madre—. ¡Espera, hijo! —Gritó yendo tras él.

Lo detuvo antes de que saliera por la puerta y lo obligó a girarse.

—¡Puedo explicarlo! —Exclamó, nerviosa como nunca.

—No, no hay explicación para lo que acabo de ver. Después de todo lo que ha pasado, de lo que nos hizo... ¡Vuelves a sus brazos como si nada! Me he partido la cabeza todos estos años, le he odiado por ti. ¿A qué coño estáis jugando? —Gritó Miller fuera de sí.

—No le hables así a tu madre —intervino su padre.

Miller lo miró con odio y apretó los puños a cada lado. Todos los recuerdos se metieron en su mente, enseñándole el que tanto odió: el día que vio a su padre retozar con su tía, la hermana de su madre. Cuando llegó a la casa, no pudo evitarlo y lo golpeó, le gritó lo que había visto, lo que había hecho. Se suponía que haciendo aquello sería el remedio para la enfermedad, sin pensar que esa enfermedad no tenía cura y era ahora cuando recaía.



Capítulo 21

Sia llevaba horas encerrada en su habitación. Miraba al escritorio donde descansaba el peluche junto con el pequeño sobre. Era una carta de Miller, una que aún no había tenido el coraje de leer. Se levantó y vio que en la mesilla de noche estaba el folleto del concurso de baile. No era tiempo de pensar en ello, pero... ¿y si se presentaba solo para escapar de todo? Bailar siempre había sido su vía de escape, lo que utilizaba para olvidarse de todo y todos. Lo cogió con manos temblorosas y llamó al número de inscripción para apuntarse.

—¿Dígame?

—Buenas, llamo para apuntarme al concurso.

—Claro, un momento. Solo tendrías que darme tus datos personales.

Sia le dio todos los datos a la chica que le cogió el teléfono y esta le informó que solo quedaban doce días para el concurso, que tuviera suerte. La verdad era que quedaban pocas inscripciones, parecía una señal.

Dejó el teléfono en la mesilla junto con el folleto y se fue hasta el armario para coger una ropa cómoda. Iría a ensayar al muelle, escondida de todos, incluso de él. Se vistió y salió de su encierro para después ir a la cocina a despedirse de su abuela.

—¡Vaya! Mira a quién tenemos aquí, hasta que por fin sales de esa cárcel que tienes por habitación. —Loreto besó su mejilla.

—Lo siento, abuela. Siento si te preocupé. —Ella negó.

—¿A dónde vas? —Se interesó, sirviéndole un vaso de zumo de naranja—. Tómatelo o no te dejaré salir.

—Voy a la playa, necesito relajarme y salir de aquí —expresó, omitiendo el motivo por el que iba.

—¿Vas con Miller?

Escuchar su nombre después de todo lo que había pasado, le hizo daño. Su abuela no sabía nada, solo que habían discutido, pero pensó que eran cosas de enamorados y que pronto harían las paces.

—No, voy sola y preferiría que no lo menciones y mucho menos que le digas dónde estoy si

llega a venir a buscarme. —Se dio la vuelta después de beberse de un trago el zumo.

Pero su abuela no la dejaría ir sin una explicación de lo que acababa de decir.

—¿Acaso ha pasado algo grave? Pensé que lo que teníais era una simple riña de novios.

—No quiero hablar de eso ahora, abuela, por favor. —Agachó la cabeza, esquivando así su mirada. Estaba a punto de echarse a llorar y lo que menos necesitaba era las preguntas de su abuela.

—Está bien, te dejaré por ahora. Pero espero que me des una explicación cuando vuelvas.

Sia se dio la vuelta y se marchó al fin. Cuando salió, por instinto miró hacia la izquierda, comprobando que estuviera su coche pues lo vio marcharse en él hacía ya unas horas. Aunque se hiciera la dura, estaba preocupada por él y no podía negar que su amor no se iba a borrar solo por enterarse de un pasado que, por otro lado, a ella no le debía importar. Era eso, pasado y debía olvidarse. Pero, entonces, ¿por qué ella no era capaz de borrarlo de su mente? No estaban juntos en aquel momento y las personas cambiaban. Ella lo conocía, sabía cómo era o eso pensaba.

Se metió en la playa, olvidándose por un segundo de todo, con la intención de hacer lo que tanto amaba. Josh la vio caminar por la arena hasta que dejó de verla. Sia cada vez se alejaba más. ¿A dónde iría? Se preguntó con la intención de ir a buscarla. Debía aprovechar ahora para acercarse a ella y separarla del todo de su hermano.

Miller aún miraba a sus padres con ese odio que solo llegó a sentir por su progenitor y que ahora compartía con su madre. No podía creer que estuvieran juntos después de todo y sin decirles nada a sus hijos. ¿A qué jugaban?

—Me largo de aquí —manifestó, dándose la vuelta para meterse en su coche.

—Espera, Miller. Déjame que te explique. No te vayas así, hijo —habló su madre con el corazón encogido.

—No quiero escuchar más mentiras, mamá. Espero que seáis muy felices, pero a mí no vuelvas a llamarme nunca más. No quiero saber nada de esto y mucho menos de vosotros. ¡Estoy cansado ya! —Gritó, pasándose las manos por el cabello.

—Deberías estar contento de que tus padres vuelvan a estar juntos. ¿Es que acaso prefieres

que nos odiamos toda la vida? ¿Qué clase de hijo quiere eso?

Hasta ese momento pensó que el odio que le tenía a su padre solo era por el engaño, pero no, había algo más y eso siempre había sido la raíz de todo. Su padre siempre trató de que sus hijos fueran como él, los obligó a estudiar lo mismo que él, que hicieran exactamente lo mismo, incluso que se casaran pronto con una chica que él mismo le presentara. No podían elegir nada en su vida. Los tenía metidos en un bucle durante toda su adolescencia, más a él que a su hermano Josh que era más pequeño, hasta que lo vio follándose a su tía. Ese día le explotó todo en la cara y ganó la rebeldía que nunca tuvo y que luchaba por salir de su cuerpo.

—Yo, el hijo que siempre tenía que ser como tú... tú me convertiste en lo que soy. —Volvió a bajarse del coche—. Guárdate tus palabras para quien te crea, papá, porque yo no te creo ni una más. —Su padre lo agarró del brazo.

—No te vas a ir así, no sin antes escucharme.

—Paso de escucharte y ahora, si quieres, llamas a mi hermano y le cuentas todo para que siga odiándome, porque él me odia por tu culpa. Tú fuiste quien destruyó esta familia, no yo.

Miller no aguantó más y se metió en el coche tras soltarse de su agarre de mala manera. Arrancó, mirando a sus padres, sobre todo a su madre, a esa mujer que quería con todo su corazón y a la que odiaba en este momento. No podía creerlo, por más que lo pensara, no daba con una explicación coherente.

Condujo de vuelta al pueblo con la cabeza hecha trizas y el corazón destrozado. Se sentía más solo que nunca, mucho más que cuando se quedó sin su padre. Ya no le quedaban esperanzas de recuperar a Sia, no cuando había visto su mirada llena de odio, de un rencor mucho más fuerte que el que su propio hermano sentía por él. Solo le quedaba contarle la verdad a Josh. Aunque estaba seguro de que no le iba a creer, correría el riesgo, necesitaba recuperar a su hermano pequeño. Necesitaba tener a alguien en su vida antes de hundirse en su propia miseria.

Las horas pasaban lentamente, las mismas horas en las que él conducía de vuelta y ella bailaba sin descanso. Sia había recuperado las ganas de bailar, de hacerlo frente a miles de personas con el fin de romper esa coraza que ella misma se había impuesto y todo gracias a él. A ese chico que ahora no quería ver, pero que deseaba tenerlo a su lado. A lo mejor estaba siendo muy dura, a lo mejor se estaba equivocando... a lo mejor y solo por un momento, debería aparcar el rencor e ir a casa a leer esa carta. Podría hacerlo si no fuera porque, una parte de ella, necesitaba creer que Josh tenía razón.

Sobre las diez de la noche y cuando ya no era capaz de ver nada a su alrededor porque todo

estaba oscuro, Sia se dispuso a regresar a su casa. Por el camino se encontró a Tammy, aunque en realidad la estaba espiando, esperándola para hablar con ella y seguir metiendo cizaña. Porque eso era lo que iba a hacer, estaba segura de ello.

—Vaya, creo que ya no somos amigas —mencionó la morena con ganas de romper con todo de una vez.

—Creo que nunca lo hemos sido, Tammy. Si eso fuera así, te alegrarías por mí en vez de intentar joderme.

Estaba tan cabreada que lo pagaría todo con su “amiga”,

—¿Yo, feliz por ti? No me hagas reír. Me has quitado el novio y eso no se le hace a una amiga.

Tammy se puso delante de ella, prohibiéndole el paso. Quería golpearla, gritarle que Miller era suyo, pero ni eso podía hacer porque no era cierto. Tammy creía tenerlo todo controlado, pero no era así. Su aliado quería tanto a Sia, que no dejaría que le hiciera daño y por mucho que se hiciera el duro e intentara separar a su hermano de la pelirroja, no iba a permitir que Tammy dañara a su familia. Porque Miller era su familia y debían cuidarse el uno al otro.

—Yo no te he quitado nada, Miller nunca ha sido tuyo. ¡Entiéndelo ya! Cuanto antes lo hagas, mejor para todos.

A Tammy no le gustó escuchar la verdad y le dio una cachetada que resonó en toda la playa. Estaba tan solitaria que nadie vería como le pegaba por tener frente a ella la realidad, lo que tanto esquivaba.

—No vuelvas a ponerme una mano encima. —Sia le devolvió el golpe—. Además, puedes quedártelo. Miller es todo tuyo, estúpida.

Tras decirle eso, se marchó a su casa. Tammy comenzó a sonreír como una loca al escuchar eso. Después de todo, nada había salido mal, aunque no consiguió que abusaran de ella. Cuando pensó que lo había perdido todo, Sia le soltaba esa bomba. Eso significaba que no estaban juntos y tal como lo dijo, demostró que no quería volver con él.

Tammy se quedó esperándole en las escaleras del porche. Sabía que no estaba, pues su camioneta no estaba aparcada en la puerta. Tampoco quiso entrar y hablar con Josh, sabía que discutirían y era lo que menos necesitaba en este momento. Solo deseaba verle, hablar con él y conseguir que volviesen a ser esa pareja de antes.

Sia estaba agotada. Cuando pensó en ir al pueblo fue solo para relajarse y pasar el verano lo

mejor posible. Nunca cruzó su mente enamorarse y mucho menos del hermano de su mejor amigo de la infancia, el que fue novio de su amiga en la adolescencia. Quería olvidarse de todo, creer que podía seguir adelante con su vida sin tener la sensación de que se dejaba algo atrás. De que, con el paso del tiempo, dejaba atrás mucho más que un amor de verano.

Estaba recostada en su cama después de haberse dado una ducha. Agradeció que su abuela no la hubiese interrumpido en ese momento, pues necesitaba algo de privacidad para hacerlo. Se levantó y cogió el peluche para luego abrazarlo con fuerza, aspirando su olor con ganas, recordando a Miller. Olía a él o eso le pareció. Cogió la carta y se sentó en la cama cruzando las piernas para dejar el peluche entre ellas y así poder leer con calma. Por un lado, quería que ahí estuviese la respuesta de la encrucijada que tenía en su cabeza. Pero por otro, necesitaba que fuese verdad para no tener que odiar a su amigo por contarle aquello con el fin de separarlo de su hermano. Estaba entre la espada y la pared, entre dos personas que quería... Bueno, a Miller lo amaba.

Siento que esta no es la mejor manera de contarte esto, pero dado que no hay otra opción, prefiero que lo sepas así a no ser capaz de contártelo nunca. Es algo que siempre he querido olvidar y que empezó tras la separación de mis padres, incluso creo que mi cambio fue después de pegarle un puñetazo a mi padre. No me odies, se lo merecía. Y, aunque no intento justificarme, si tú hubieses visto a tu padre acostándose con tu tía, lo entenderías. Eso fue lo que pasó, por eso mis padres se separaron y lo peor de todo, es que mi hermano no lo sabe y cree que soy el culpable de que nuestra familia se haya destruido. Por eso me odia. Pero no, no quiero que le digas nada, prefiero que me odie a que sufra por algo que es pasado.

Después de descubrir lo que fue capaz de hacer solo por impedir el sufrimiento de su hermano, Sia lo amó mucho más. Porque solo una persona con buen corazón haría eso.

Tras eso, me volví loco y comencé a juntarme con personas que no debía, como Allan. En ese momento solo quería devolverle algo del sufrimiento que llevaba en mi interior a mi padre, y comencé a beber y a drogarme. No me juzgues, por favor, sé que no lo hice bien y me arrepiento de cada paso que di. Una noche, en una fiesta, conocí a Jenny y estaba tan drogado que no pensé en lo que hacía. Nos enrollamos y por la mañana, desperté en una cama que no era la mía sin recordar muy bien lo que pasó. Cuando salí de allí, me encontré con miradas acusadoras y no entendía nada. Hasta que me llegó la denuncia por violación. Ese día se derrumbó mi vida y me creía la peor mierda de este mundo. Fue lo que me hizo darme cuenta de que lo estaba haciendo mal y que debía dejar las drogas y el alcohol.

Las lágrimas caían por sus mejillas a borbotones y no podía dejar de pensar en lo mal que debió sentirse al encontrarse con un problema del cual no recordaba. No podía seguir leyendo, era

mejor dejarlo ahí, tenía que hablar con él y que fuese él mismo quién terminara de contarle todo. Sia salió corriendo y bajó las escaleras para después salir de su casa. Estaba dispuesta a perdonarle cuando lo vio con ella.



Capítulo 22

Sus ojos se llenaron de lágrimas en cuanto vio a Miller y Tammy besándose. Y ella pensando que podrían estar juntos cuando él había aprovechado la ocasión para volver con ella...

Josh, en ese momento, abrió la puerta de la casa y vio a Sia cerca de ellos.

—Sia —dijo al tiempo que ella reaccionaba y corría al interior de la playa.

Miller también lo escuchó y se separó de Tammy con asco, con ganas de hacerla desaparecer de su vida para siempre.

—¿Cómo has podido? Volviste a hacerle daño —expresó Josh, haciéndole más daño si podía.

—Yo no... Ella fue quien me besó. No quiero nada con Tammy, Josh. Yo solo quiero a Sia — declaró haciéndole ver a la morena que nunca tendría nada con él.

Miller se percató de que Sia iba hacia la playa y él hizo lo mismo, aunque su hermano le regañara y le siguiera para impedir que hablase con su chica. Porque para él, aún seguía siéndolo.

Tammy se quería marchar. ¿Para qué seguir donde no la querían? Pero antes de que Josh fuese detrás de Sia, le diría algo. Le dejaría las cosas claras.

—Espera, Josh. No has conseguido nada y ya no quiero seguir haciendo esto contigo. Yo misma conseguiré que tu hermano vuelva a mis brazos. —Seguía empeñada en lo mismo.

—¿No te das cuenta de que no te quiere, Tammy? ¿Por qué no lo dejas en paz? Yo no quiero que esté con Sia. No porque esté enamorado de ella, sino porque creo que mi hermano no es lo que necesita. Pero tampoco puedo romper algo que es irrompible.

Sin decirle nada más, fue detrás de Sia y su hermano. Su intención siempre fue proteger a su mejor amiga, que no sufriera por culpa de un chico como Miller, un chico que no sabía ser feliz ni él mismo. ¿Cómo haría feliz a una chica como ella? Una chica que necesitaba a alguien fuerte, que le hiciera sentir protegida. Miller no podía hacer eso, o, al menos, eso pensaba Josh.

Miller no podía dejar que ella creyese que estaba con Tammy, que había vuelto con ella. No la quería, no podía estar con alguien como ella, una mujer que odiaba a todos los que no hicieran lo que ella quería. Tammy siempre le gustó ser el centro de atención, incluso cuando estaba con su propia familia. Ahora temía que, por culpa de ella, Sia no quisiera volver a verle, hablar con él. Si ella no hubiera visto a Tammy besándole... ¿Por qué no vio como él la rechazaba? No, eso no lo vio porque se fue corriendo.

—¡Sia, por favor! —Gritó.

Ella se detuvo en cuanto lo escuchó. No se esperó que fuese tras ella, no cuando pensaba que no le importaba lo más mínimo.

Miller aprovechó que se paró y la abrazó por detrás, comprobando cómo su cuerpo se estremecía con el contacto de sus manos. Sia suspiró, reprimiendo las malditas ganas que tenía de patearle en ese momento, de gritarle todo lo que llevaba conteniendo desde la noche de la fiesta. ¿Por qué tuvo que enamorarse de él? ¿Por qué no dejó su corazón blindado? No entendía algunas cosas, ella nunca fue una chica fácil, enamoradiza. Más bien le costaba socializar con otros y mírala ahora, enamorada hasta las trancas de alguien que no la valoraba.

—Suéltame, por favor. Mejor vete con tu novia —susurró, dándose la vuelta.

Sus ojos se encontraron y Miller sintió miedo de encontrar esa mirada llena de odio, así como la última vez que la vio. Sin embargo, esta vez no lo miró así. Más bien Sia tenía miedo, el mismo miedo que él padecía. Ambos necesitaban estar juntos, se amaban demasiado como para dejar escapar eso tan bonito que sentían.

—No es mi novia, Sia. Ella... Tammy fue la que me besó, yo no quería ni quiero estar con ella nunca más. Yo te amo a ti, te necesito a ti en mi vida.

Por primera vez en su vida, Miller se vio llorando ante una mujer, ante la mujer que le había robado hasta el aliento. No era hombre de lágrimas, de demostrar sus sentimientos así, pero todo lo que estaba pasando, lo estaban llevando a un límite que no podía controlar.

Sia iba a abrazarle para consolarle, besarle para llenarse de ese amor que ella tampoco podía negar, cuando Josh llegó para liarlo aún más. Su hermano estaba cabreado con él y no era de esperar que se lo gritara a la cara ahora, aunque no fuera el momento idóneo para hacerlo.

—¿Por qué no te largas de una jodida vez de nuestras vidas? —Lo separó de Sia—. ¿No ves que le haces daño? Pensé que habías cambiado, que serías capaz de hacer feliz a alguien además de a ti mismo, pero ya veo que no es así.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando. Acaso te crees que no tengo corazón, ¿eh? ¿Acaso crees que yo no he sufrido en mi jodida vida? Tú no sabes nada, Josh. Siempre te hemos mantenido en una burbuja para que no sufrieras...

—¿De qué cojones estás hablando? —Lo interrumpió.

Lo que pareció una reconciliación amorosa, se vio manchada por una pelea familiar en la que ella no tenía cabida. Debía irse y dejarlos, pero no podía. ¿Y si llegaban a las manos? En este

momento los veía tan mal que los creía capaz de cualquier cosa.

Miller se calló, no quería contarle a su hermano nada delante de Sia. Aún no sabía si había leído la carta y podría ser algo más para estropear su relación. Se dio la vuelta para coger la mano de Sia y llevarla hasta su casa. Necesitaba hablar con ella en privado.

—Eso, huye, así como hizo papá. Sois igualitos, tal para cual... Yo creo que por eso lo odias, porque te pareces a él —escupió, llevándose como respuesta un puñetazo de su hermano mayor que estaba cansado de escuchar tantas estupideces.

—Mejor pregúntale a papá porqué le golpeé aquel día. ¿A que no te lo ha contado? No, claro que no, el señor no tiene los santos cojones de sincerarse contigo y contarte que mientras mamá te cuidaba porque estabas enfermo, él se follaba a nuestra tía en su despacho. —Josh abrió los ojos como platos—. Sí, hermanito. Como lo oyes, y en nuestra propia casa. Yo los vi y fue por eso por lo que me volví en su contra.

Era demasiada información para unos segundos. No podía ser cierto lo que su hermano decía. ¿Por qué no se lo dijeron, por qué? ¿Acaso era tan estúpido como para no poder con algo así?

—Mientes. Si eso fuera verdad, mamá me lo habría dicho...

—No lo hizo porque yo se lo pedí. Preferí que me odiaras a mí que, a tu padre, lo tenías en un pedestal y temía que sufieras por ello. —Tragó saliva, tranquilizándose al fin, después de haberse quitado un gran peso de encima.

Josh no aguantó y se dio la vuelta para irse a casa. Ni siquiera tenía el coraje de quedarse delante de su hermano para hacerle frente a ese secreto que marcó un antes y un después en sus vidas. ¿Cómo pudo estar tan ciego? Ahora se sentía la peor mierda de este mundo por odiar a su hermano durante tanto tiempo mientras él lo único que hacía era salvar la reputación de su muy amado padre.

Se encerró y comenzó a mandarle mensajes a su madre, pidiéndole que fuera a verle al pueblo. En un principio, ella se negó, pero al final lo aceptó porque sabía que debía confesarle a su hijo pequeño demasiadas cosas. Solo temía una cosa y era que su hijo mayor volviera a gritarle que la odiaba después de todo lo que habían luchado para ser una familia feliz.

Miller se sentó en la arena mirando al mar, perdiendo sus ojos en los nubarrones oscuros que adornaban el cielo. Casi no había estrellas esa noche, a diferencia de una que tenía sentada a su lado. Sia lo abrazó y así, solo así, se permitió expulsar todo lo que llevaba dentro por tantos años. Habían sido unos momentos difíciles y se vio solo porque no podía apoyarse en nadie. Su madre tenía depresión, su padre se largó, su hermano lo odiaba y solo le quedó el alcohol y las drogas.

Siempre se sintió solo, hasta que ella llegó.

—No llores más, por favor. Te hará mal. —Lo apretó ella contra su pecho.

—No puedo... no puedo más, Sia. Han sido demasiadas cosas las que me han llevado a esto, a lo que soy. —Se señaló.

—¿Y qué se supone que eres? Yo no veo nada malo en ti. —Los ojos le brillaron.

—Soy malo para todos, para ti. Eres la única cosa bonita que me ha pasado y lo he fastidiado. Siento mucho que me hayas visto con Tammy, que te hayas enterado de lo de mi padre de esta manera. —Se levantó con la intención de irse.

—Miller, espera. Yo no me...

—No, no digas nada más, Sia. Prometo que no volveré a molestarte y que dejaré que hagas tu vida. Es lo menos que puedo hacer por ti, por tu felicidad. —Agachó la cabeza, mirándose los pies—. Solo te pido que no dejes el baile, que vayas al concurso y ganes... que seas todo lo feliz que yo no te he podido hacer.

No la dejaba hablar, no podía escuchar nada más. Miller se iría, se marcharía para siempre y no esperaba que nadie lo buscara para impedirselo.

Sia miró cómo se iba sin poder actuar porque él no le dejó. Solo quería decirle que ya lo sabía, que sabía todo de él y que no le importaba, ni siquiera el beso que le dio a Tammy. Ella tenía la certeza de que él la quería de verdad, que no eran mentiras lo que soltaba por su boca. Pero ahora era Miller el que no quería saber nada más de ella, de nadie en particular, y se fue a su casa pensando que ella lo odiaba, que no volverían a estar juntos. ¿Por qué todo se complicaba de esta manera?

Ella miró al mar y se metió, importándole muy poco que fuera de noche, que estuviera el agua fría. Necesitaba despejar la mente, olvidarse de todo lo que había pasado y todo lo que faltaba por pasar. Odiaba que hubiera sido así, que todo hubiera acabado cuando lo único que quería era seguir adelante con ese amor que había entrado en su organismo como una enfermedad que no tenía cura. Porque la cura era el amor, su propio amor.

Cuando regresó a su casa, se metió en la ducha y tras eso y siempre a escondidas de su abuela, se acostó con el fin de dormir algo, aunque estaba segura de que no sería capaz de pegar ojo en toda la noche. Solo pensaría en él y en todo lo que no pudo decirle porque él no fue capaz de dejarla hablar. ¿Qué iba a hacer ahora que no lo tenía con ella? ¿Y si Miller tenía la brillante idea de dejar Santa Cruz para no volver jamás? ¿Qué haría si eso pasaba? No podía permitir que eso pasara, debía hacer algo, aunque después de eso él la odiara de verdad y se fuera igualmente.

Después de dar mil vueltas en la cama, Sia se quedó dormida y soñó con que, por la mañana, todo iba a cambiar.



Capítulo 23

Los días comenzaron a pasar lenta y dolorosamente. Sia se mantuvo al margen de todo, solo salía para ensayar el baile para el concurso. Estaba a solo dos días de ese momento y tenía mucho miedo de pifiarla. Más cuando necesitaba a su lado a esa persona que la había empujado a volver a bailar, a demostrar lo que sabía.

Desde lo que pasó en la playa, Miller no había regresado. Se fue la misma noche a otro sitio y ni su hermano sabía dónde estaba. Josh tampoco lo estaba pasando mejor y mucho menos después de recibir la visita de su madre dos días después de la pelea. Le gritó todo lo que su hermano le dijo y a ella no le quedó otra que afirmar todo y avergonzarse por declararle a su hijo que volvía a estar con su padre después de que la había engañado con su propia hermana. ¿Es que no tenía dignidad?

Cuando Josh lo supo todo, llamó a su hermano mil veces para hablar con él. Quería pedirle perdón por todo lo que había hecho y por lo mal que lo trató, y agradecerle el que lo hubiera protegido aun sabiendo que eso los separaría. ¿Cómo pudo hacer eso? Se pelearon mil veces, se hirieron con palabras que ya no podrían borrar y se hicieron mucho daño. Y todo por culpa de su padre, de ese hombre que solo miraba por él y nadie más.

También intentó acercarse a Sia, ayudarle con el baile y ser su amigo como lo era antes, apoyándole y consolándole cuando le daba el bajón y recordaba que su hermano ya no estaba con ella.

—¡Sia! —Gritó corriendo hasta ella—. ¿Por qué no me has llamado para acompañarte hoy? Ya sabes que no me gusta que estés sola —refirió Josh cuando estuvo cerca.

—Lo siento, necesitaba estar sola. Ya hace más de una semana que no sabemos nada de tu hermano y temo que le haya pasado algo. Necesito verle, besarle... necesito gritarle que lo amo y que nada de su pasado nos separará —sollozó, recordando el final de aquella carta.

Antes del juicio por la violación de Jenny, descubrí que yo no había sido quien abusó de ella, sino Allan. Me lo dijo una de las chicas de la fiesta y tuvo que declarar para demostrar que yo era inocente. Fueron meses muy largos mientras todos me miraban con odio, asco... Yo mismo me odiaba y me asqueaba por ser el hombre en el que me había convertido. Por eso, cuando Allan se acercó a nosotros tuve tanto miedo, porque sabía que te haría lo mismo que a esa chica. Lo siento, Sia, siento mucho que todo esto haya pasado y más que yo no haya podido evitarlo. Espero que algún día llegues a perdonarme.

Te quiere, Miller.

Sia se sentó en la arena, agotada. Ya llevaba ensayando dos horas y no sentía las piernas. Además de sentir que la cabeza le iba a explotar en cualquier momento. Josh no sabía qué más hacer, debía encontrar a su hermano. Menos mal que ya les había dicho a varios de sus amigos de la universidad que si lo veían, se lo dijeran. Era cuestión de tiempo que alguien lo llamara para decirle dónde estaba.

—Tranquila, Si. Lo encontraremos antes de que...

—No, Josh. Si él quisiera, estaría aquí, pero no está y no podemos hacer nada para remediarlo —le interrumpió.

La verdad era que necesitaba saber dónde estaba y hablar con él, aunque fuera por última vez porque estaba segura de que así sería.

Estuvieron un rato más hablando solo algunas palabras sueltas y mirando cómo el mar se empezaba a picar de tal forma que las olas empezarían a hacerse cada vez más grandes. Suspiró recordando el día que casi se ahogó porque él le dio con la tabla en la cabeza. Al ver sus ojos, sus labios, dándose cuenta de que minutos antes estaban pegados a los suyos, sintió como todo su cuerpo comenzaba a arder.

Cansada, se levantó y volvió a su casa a encerrarse como días antes en su habitación, sin apenas comer por mucho que su abuela se empeñara en que lo hiciera. Loreto estaba preocupada e intentó hablar con ella mil veces para saber qué fue lo que le pasó a su nieta y porqué estaba así. Sabía que Miller se había ido y que ya no estaban juntos, pero algo se le escapaba.

—Sia, Sia —la llamó Loreto desde el salón.

Su nieta se dio la vuelta y bajó los dos escalones que le dio tiempo a subir. Caminó hasta el sofá y se sentó con su abuela. Esta la miraba con pena y esas miradas eran justamente las que quería evitar a toda costa.

—¿Cómo estás? Ya mismo es el concurso. ¿Lo llevas bien? —Ella asintió—. Oh, vamos. Seguro que harás un baile precioso.

—Yo no estoy tan segura, ni siquiera sé si me presentaré. Creo que volveré a casa antes este año.

—Entiendo.

Loreto se levantó sin poder creer lo que su nieta estaba diciendo. No odiaba a Miller por haberle roto el corazón, pero sé se cabreaba con ella por haber dejado de ser fuerte para

convertirse en una niña frágil. Ella nunca fue así, de hecho, siempre la vio como una de las personas más valientes de su familia.

—No puedo creer que tires la toalla tan pronto, Sia. ¿Acaso crees que Miller está llorando por las esquinas?

—No lo sé... Me gustaría saberlo. —Se levantó—. Mira, abuela, pronto tendré que ir a la universidad. Solo falta un mes para volver y creo que, si me voy antes, podré instalarme en el campus y conocer a gente nueva. Cuanto antes me vaya, mejor.

—Está bien, yo te apoyo en todo lo que hagas. Pero al menos preséntate al concurso.

—Está bien. —Suspiró—. Lo haré por ti.

Tras eso, se fue a su habitación. Loreto por lo menos había conseguido que no abandonara su sueño de bailar por un chico.

Cuando Sia llegó a su habitación, hizo lo de siempre. Se duchó y se puso el pijama para después acostarse. Así día tras días desde que él se fue. Ni siquiera había vuelto al parque de atracciones. Tampoco supo nada más de Tammy, solo lo que Josh le contó, que decidió volver a la universidad el día que se enteró que Miller se había marchado. Ella ya sabía que no tenían futuro, que Miller jamás iba a volver con ella por mucho que le rogara y parece que eso sirvió para que se largara de una vez.

Miller había vuelto a beber, a perder la conciencia con una botella de ron. Ya había bebido una vez estando en Santa Cruz y ahora..., ahora no dejaba de hacerlo. Se emborrachaba, se acostaba y se despertaba en el mismo estado de embriaguez.

Estaba viviendo en un hostel a las afueras de Santa Cruz. Pensó que allí nadie lo encontraría, que nadie pensaría en buscarle en ese lugar. Nada había salido como él creía. Una noche salió a dar una vuelta y vio una fiesta en la playa. Decidió asistir sin ser invitado, lo bueno de que no hubiera tantas personas en ese lugar era que todos se conocían y seguramente encontraría a alguien conocido. Cómo no, Allan estaba allí y no se lo pensó. Caminó hasta él para hacerle pagar por lo que le hizo a Sia.

—Eh, tú —lo llamó.

Allan se dio la vuelta y lo miró. Al percatarse de quién era, sonrió con malicia y caminó hasta él. Si esa noche pensó que no habría bronca, estaba equivocado. Claro que la habría y de las gordas.

—Miller, tú por aquí. ¿Dónde te has dejado a la pelirroja? Aún recuerdo su cuerpo. Una pena que no haya podido acabar. —Llegó el primer golpe—. Puedes golpearme todo lo que te salga de los huevos, eso no va a cambiar lo que pasó. Tú hiciste que me metieran en la cárcel al llevar a esa estúpida a declarar en mi contra. —Allan le devolvió el golpe.

Nadie hacía nada, todos miraban. Era normal una pelea en una fiesta de esas. Entonces, un chico de la edad de Josh, reconoció a Miller. Lo vio el día que su hermano fue al campus a conocerlo. Había ido con Miller, una de las pocas cosas que hicieron juntos. Recordó que su amigo estaba buscando a su hermano y no dudó en quedarse para intentar hablar con él y que le dijera dónde se estaba quedando para decírselo a Josh.

Miller y Allan siguieron peleando, tirados en el suelo. Miller no se quitaba de encima, necesitaba hacerle daño, el mismo que él había hecho antes.

—Para, para —pidió Allan.

Agarraron a Miller por fin y lo quitaron de encima de él. Allan se agachó para escupir la sangre que brotada de su boca y lo miró.

—Si hice eso fue porque me pagaron para hacerlo. Hace tiempo que no me meto con nadie, Miller. No soy el mismo de años atrás. —Parecía sincero.

—¿Quién fue?

Las palabras le salieron duras, mucho más duras que los golpes que le había dado. No quería pensar que alguien conocido le hubiera pagado y aunque Allan no fuese el mismo, lo era cuando recibió dinero. ¿Qué diferencia había? Igualmente lo hizo, la tocó, la acarició, la despojó de su ropa... Negó, desechando los recuerdos de aquella noche porque sabía que volvería a pensar en todo en bucle, como llevaba haciendo desde que se marchó, desde que la dejó con la palabra en la boca en la playa el día que deberían de haberse reconciliado. Él la necesitaba más que el aire para respirar, pero no estaba tan seguro de que ella también lo necesitara a él.

—Aquella chica, la morena que estuvo contigo... Tammy se llama —declaró, jodiéndole mucho más porque eso sí que no se lo esperaba.

—No me jodas, Allan.

—Es verdad, ella fue la que me pidió que le hiciera eso a Sia. Su único propósito era separarte de ella, pero parece que le salió el tiro por la culata —se burló.

No quiso escuchar nada más y se dio la vuelta para volver a su habitación, de donde no tenía que haber salido. Antes de que llegase siquiera a pisar la carretera, notó como alguien tocaba su

hombro. Miller se dio la vuelta y miró al chico que lo paró. Sabía que lo había visto alguna vez, pero no recordaba cuándo y mucho menos dónde.

—Eres el hermano de Josh, ¿verdad? —Asintió—. Soy Devon, un compañero de la universidad. Nos conocimos el día que viniste con él al campus.

Miller se quedó pensando, hasta que lo recordó.

—Sí, hola. ¿Qué quieres? —Preguntó de mala manera—. Lo siento, no quise hablarte así. No estoy pasando por un buen momento.

—Ya veo. ¿Vives aquí cerca? Nunca te había visto.

Solo quería saber dónde para decírselo a Josh. Miller, sin pensarlo, le dijo que llevaba unos días en el hostel de la playa. No pensó que esa información la usaría para que su hermano fuese a buscarle.

Después de unos minutos más hablando, Miller se excusó para regresar y cuando entró en su habitación, se tiró en el sofá con la botella en la mano, dispuesto a perder el rumbo de las horas de nuevo. Ni siquiera sabía en qué día estaba, ni cuánto tiempo llevaba allí. Mucho menos sabía qué día era el concurso, aunque algo le decía que estaba cerca, muy cerca. «Si por lo menos pudiera ir y verla de lejos», pensó, bebiendo el primer sorbo.

Sin soltar la botella, se quedó dormido tirado en el sofá como todo un alcohólico. Con la misma ropa de hacía dos días, porque ni ganas de cambiarse.

Se escucharon unos golpes en la puerta, alguien lo buscaba. Miller abrió los ojos y tuvo que cerrarlos pues el sol le dio en toda la cara. Anoche se olvidó de cerrar las cortinas. No sabía ni qué hora era. Miró el móvil, comprobando que aún tenía mensajes sin leer y llamadas sin responder. Eran las nueve de la mañana. «¿Quién será a esta hora?», se preguntó al tiempo que se levantaba.

Arrastró los pies hasta la puerta y cuando la abrió, no lo podía creer. ¿Qué hacía allí?



Capítulo 24

UN DÍA PARA EL CONCURSO

—¿Qué cojones haces aquí, Josh? —Preguntó de mala gana, entrando y dejando que él le siguiera.

—Vaya, qué recibimiento después de más de una semana sin verte. Yo sé te eché de menos, hermano —declaró entrando y mirando todo a su alrededor.

Toda la habitación estaba patas arriba. Las botellas esparcidas por el suelo hicieron que se preocupara. Cuando supo dónde estaba, no se imaginó en qué andaba metido. El alcohol de nuevo en su vida. Menos mal que consiguió convencer a Sia de que no lo acompañara, pues se enteró de casualidad.

Ella salía de la casa para ensayar más temprano y lo vio. La vio tan triste que no pudo negarle que sabía dónde estaba su hermano. Lo primero que le pidió fue que le dejara ir con él, pero eso no podía hacerlo. Él tenía que hablar antes con su hermano, aclarar ciertas cosas y convencerle de que volviera, cosa que iba a ser una tarea muy difícil.

—Es mejor que te vayas, Josh. No quiero tener problemas en este momento. —Se sentó en el sofá y echó la espalda hacia atrás para después cerrar los ojos. La cabeza le dolía horrores y la visita de su hermano solo empeoraba su estado.

—¿En serio me vas a echar antes de que hablemos? Mira, Miller, sé que he sido un cabrón contigo, que debí escuchar, ver y no creer todo lo que me decían, pero...

—No, Josh. Ya es tarde para esto. —Lo miró con el ceño fruncido—. Yo fui el cabrón que te hizo daño, ¿recuerdas? Destrocé esta familia. Yo he sido el hijo de puta sin corazón que separó a la familia. ¡Recuerda tus palabras!

Miller estaba comenzando a ponerse nervioso y Josh no sabía cómo actuar ante semejante espectáculo. Sabía que una parte de él no pensaba todo lo que había dicho, que era el alcohol el que hacía que se comportara así. Pero la otra parte sí que lo pensaba, lo deseaba y lo gritaba para que se enterara bien de todo. No odiaba a su hermano, es más, incluso lo había echado de menos y deseaba que volviera, que estuviera con Sia. Hasta eso aceptaría con tal de tenerlo cerca.

Fue hasta la pequeña cocina y preparó café bajo la atenta mirada de Miller. No podía creer que aún siguiera ahí, que no hubiera sido capaz de aceptar que no quería saber nada de nadie, que solo quería desaparecer y evaporarse. Ser olvidado, morir si hacía falta para que eso pasara.

—Ten, te hará bien. —Le extendió la taza.

Miller la cogió y bebió un sorbo mientras que Josh se sentaba a su lado.

—¿Sabes? Una vez me dijiste que para conseguir lo que uno quiere, tiene que luchar con uñas y dientes. —Miller se extrañó de que recordase eso, pues se lo dijo cuando apenas tenía ocho años—. Yo nunca dejaré de luchar para que me perdones, para que volvamos a ser los que éramos antes de convertirme en un auténtico capullo. —Sonrió—. Y tú no deberías tirar la toalla tan pronto. Deberías luchar por Sia, lo merece... os lo merecéis.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi hermano? —Preguntó, irónico—. Ya es tarde para eso. —Suspiró agotado.

—Nunca es tarde para el amor y, aunque me joda reconocerlo, ella te ama y sé que tú a ella.

—¿Qué sientes por Sia, Josh?

Esa pregunta no se la esperaba, no en ese momento. Sia siempre fue alguien muy especial para él, pero solo como una amiga y nada más que eso. Una vez creyó sentir por ella algo más que un sentimiento familiar, pero eso se esfumó el día que vio que ella nunca lo iba a mirar como miraba a su hermano. Ese día comprendió que no sentía lo mismo que su hermano, que solo era una amiga, como una hermana.

—Es mi mejor amiga —dijo tajante.

—¿Solo? O sea, no la quieres —insistió.

—Sí la quiero, pero como a una hermana. No estoy enamorado de ella si es lo que quieres saber. Además, ella solo tiene ojos para ti. —Alzó una ceja.

—No lo creo, seguro que me odia por haberla dejado de ese modo.

Miller se levantó con la intención de volver a beber. Necesitaba alcohol para poder soportar esa conversación que lo único que estaba haciendo, era dañarle más. Aunque era cierto que también echaba de menos la relación que tuvo con su hermano hace muchos años, no podía evitar sentir que eso estaba perdido, que ya nunca serían esos niños que lo hacían todo juntos.

Josh no le dejó beber y lo obligó a darse una ducha y a desayunar. Su intención era que recogiese todas sus cosas y volviera a casa, de donde no tenía que haber salido y donde lo esperaba una pelirroja llena de nervios. O eso creía él.

Pero no, eso no era lo que hizo Sia pues se desesperó en cuanto Josh salió y cogió un taxi para seguirle. Necesitaba ver a Miller y que él mismo le dijera que no quería saber nada más de ella. Solo así podría seguir con su vida, sin tener la esperanza de que alguien aún la quisiera, de

que iba a volver. No podía esperarle eternamente, pronto se iría a la universidad y ahí dejarían de verse para siempre. Un amor como el de ellos, no podía acabar así.

Llevaba consigo una carta para él por si volvía a prohibirle a hablar. Necesitaba que él supiera todo lo que sentía y explicarle que ya sabía todo su pasado y que no importaba. La escribió en una de esas largas noches en las que no podía dormir porque no dejaba de pensar en él. Debía dársela en algún momento y podría habérsela entregado a Josh y que él fuese su cartero, pero no. Prefirió hacerlo ella misma en persona.

Cuando vio a Josh entrar en una habitación, le pagó al taxista y se bajó. Espero unos largos minutos, pensando que en cualquier momento Miller saldría por esa puerta junto con su hermano. Pero al pasar más de media hora y no ver a ninguno de los dos, no lo pensó y se encaminó hacia la puerta donde, con manos temblorosas, pegó despacio. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Esperas a alguien más? —Se interesó Josh, más él negó.

Miller se levantó y fue a abrir. Cuando la puerta se abrió y la vio, el suelo se abrió a sus pies pues no quería que lo viera en ese estado, que comprobara con sus propios ojos en lo que se había convertido de nuevo. Que había dado pasos agigantados hacia atrás, anclándose al pasado, ese que volvió para estropearlo todo.

—Sia —musitó a la vez que tragaba saliva.

Josh se dio cuenta y fue a encararla.

—¿Por qué me has seguido, Sia? Te dije que vendría yo solo —la regañó su amigo.

—Y yo te dije que necesitaba verle —replicó sin dejar de mirarle. Él tampoco podía dejar de hacerlo.

—Está bien, ya estás aquí. Os dejaré solos, creo que necesitáis hablar. —Josh suspiró antes de cruzar el umbral para salir y que ella entrase. Se dio la vuelta—. Si me necesitáis, estaré en la cafetería de ahí en frente. —Ambos asintieron.

La puerta se cerró y el silencio reinó. Aunque se morían por besarse, por abrazarse después de tantos días, por darse ese amor que ahora estaba escondido en lo más profundo de su alma por miedo a que se escapara, no podían hacerlo.

—¿Quieres sentarte? —Preguntó él, caminando hasta el sofá y recogiendo lo que había tirado por el suelo.

Sia miró todo a su alrededor, incrédula de ver lo que había estado haciendo allí mientras que ella se moría de pena. Mientras no dejaba de preocuparse pensando que le habría pasado algo. Lo

único que podía pensar en este momento era en que a Miller nunca le había importado lo que ella sintiera después de dejarla.

Caminó hasta el sofá y se sentó, dejando sobre la mesa una pequeña mochila donde llevaba sus pertenencias. Miller la miraba desde la esquina de la habitación, sintiendo esas ganas locas de comérsela a besos, observando cada gesto lleno de miedo, incertidumbre e incluso algo de rencor. Y justamente por eso se contuvo todo lo que pudo para no acercarse lo máximo posible y arrancarle gemidos con sus besos.

—¿No has pensado volver en ningún momento? —La pregunta salió casi sin pensar.

Miller caminó hasta ella y se sentó a su lado.

—No lo sé —aseguró y no mentía.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejaste hablar? Hubiese sido tan fácil. Nos habríamos ahorrado mucho dolor, ¿no crees?

—Siento mucho si te hice daño, pero más daño te habría hecho de haberme quedado contigo. Es lo único que puedo hacerles a las personas que más amo, daño —se recriminó él mismo y ella negó con media sonrisa.

—¿Cómo puedes decir eso cuando a mí me has devuelto la vida? —Miller enmudeció—. ¿Te crees que de haber sido así, estaría yo aquí ahora? No sabes lo que te he necesitado, lo que te he echado de menos, pero ya veo que eso para ti no ha sido lo mismo. —Él puso un dedo en sus labios para que no dijese nada más.

—Estás loca si piensas eso. No ha habido un segundo de mi vida que haya podido olvidarte. Cerraba los ojos y te veía. No vuelvas a decir que para mí no ha sido lo mismo porque no es verdad. Yo... yo...

Sia estaba llena de amor, de ese amor que volvía con más fuerza que nunca. Jamás pensó que un día iba a amar como ahora y todo por él, por Miller. Por aquel adolescente que la miraba desde la ventana cuando ella jugaba con su mejor amigo.

Ella hizo el amago de acercarse a él, de abrazarle, pero Miller se levantó esquivando cualquier contacto. No podía dejar que Sia lo tocara, que lo besara, porque sería el fin y no quería hacerle daño. Se marchó para que ella fuera feliz sin él, para que encontrase la felicidad verdadera y no una que se rompería en mil pedazos en cuanto él la cagara otra vez. Porque siempre pasaba, siempre destrozaba todo a su alrededor, importando muy poco quienes cayeran al vacío junto con él.

—Veo que no importa que haya venido, que te haya dicho que te necesito. Incluso creo que te daría igual que te dijera que te amo con todo mi corazón, que lo eres todo para mí y que no puedo vivir sin ti. Nada importa, ¿verdad? —Él negó. Ella palideció y reprimió las lágrimas que pugnaban por salir.

—Yo también te amo, pero no soy bueno para ti, Sia. Con el tiempo me lo agradecerás. Hay cosas de mi vida que te destrozaban el alma y lo que menos quiero es verte sufrir, ya es difícil sabiendo que en este momento lo estás pasando mal por mi culpa. No me lo voy a perdonar jamás —expresó duramente, fingiendo una fortaleza que no tenía porque la dejó la noche que se largó.

Ella asintió, agachando la cabeza mientras se levantaba con la intención de volver a su vida, a esa vida que se vio interrumpida por él y sus ojos, sus labios, sus chistes y esa picardía que ahora no lograba ver.

—Está bien, me iré... pero antes quiero darte esto, Miller. Veo que es la única manera en la que podré comunicarme contigo, así como tú hiciste conmigo. ¿Recuerdas? Me dejaste una carta y me dijiste que la leyera y que, si después de hacerlo aún quería olvidarte, me dejarías en paz. — Se encogió de hombros—. ¿Qué te hace pensar que aún no la he leído? —Él abrió los ojos, sorprendido—. Ahora soy yo quien te pide lo mismo. Léela y si todo lo que llegaste a sentir por mí es tan fuerte como lo que yo estoy sintiendo por ti en este momento, ven al concurso. Si no llegas, daré por finalizada esa relación y me iré de tu vida para siempre.

No lo dejó responder y salió de esa habitación, dejando el corazón entre esas cuatro paredes que cada vez la asfixiaban más, que la arrastraban a un mundo oscuro del que no lograría salir. Eso era lo que se respiraba ahí, miedo, dolor, oscuridad. Ella quiso ser la luz que alumbrara su camino para volver, para que dejara lo único que le hacía daño de verdad cuando, en realidad, lo que le hacía daño, era él mismo.



Capítulo 25

Cuando salió de allí, Josh estaba sentado en las escaleras de la entrada pues la cafetería aún estaba cerrada. Se levantó al sentir alguien detrás y la vio. Sia estaba llorando por haber terminado una relación que le había dado tantísimo en tan poco tiempo. Y es que, por primera vez en su vida, supo lo que era el verdadero amor, ese que solo veíamos en las películas, en sueños... Ella lo había vivido en una realidad que no olvidaría jamás.

—¿Qué ha pasado? —La abrazó—. Tranquila. Ya verás que recapacita y regresa.

—No creo que eso pase y yo... Yo quiero salir de aquí. —Asintió separándose de ella unos milímetros.

—Está bien, espérame aquí unos minutos.

Josh la dejó un momento, tenía que despedirse de su hermano y gritarle lo gilipollas que estaba siendo con la mujer que amaba. Porque estaba seguro de que aún albergaba ese sentimiento en su corazón, aunque se negara, aunque no quisiera seguir adelante con él. Entró y lo vio sentado en el sofá, secándose las lágrimas que le provocaba dejarla ir.

—No puedo creer que la dejes ir, que no te importe el dolor que le estás causando. ¿Es que ya no la quieres?

—No es eso, nunca digas eso. Yo la amo más que a mi propia vida, mucho más de lo que esperaba sentir alguna vez. Pero por eso mismo la dejo ir, porque no soy bueno para ella, para nadie. Ni siquiera puedo ser bueno para mi familia. —Caminó hasta la ventana y perdió la mirada en la playa. La tenía ahí, justo ahí.

Miller cerró los ojos y recordó todos los momentos que había vivido con ella en la playa de Santa Cruz. La primera vez que la vio, que rozó sus labios para salvarle la vida cuando casi se ahogaba. La primera vez que la amó, en ese mar que hacía de ellos algo más grande que incluso el océano. Al principio, para él era un pasamiento, un romance de verano, aunque siempre tuvo el temor de enamorarse y perderla. Se giró para mirar a su hermano.

—Vete con ella, Josh. Hazla feliz, así como no he podido hacerlo yo —le pidió, sus palabras estaban llenas de súplica.

—¿Y qué pasa con nosotros? Ahora que te he recuperado no quiero volver a perderte, hermano —sollozó el pequeño.

Miller lo abrazó como hacía tiempo que no lo hacía, siendo este el primer abrazo de muchos que llegarían en un futuro.

—No me vas a volver a perder. Volveré a casa y estaremos juntos, como siempre. Pero no me pidas que vuelva a la casa de la playa porque no lo haré. Estaré aquí un par de días más y volveré, creo que es hora de volver a la universidad.

Saber que al menos retomaría los estudios, aunque lo hubiera decidido para olvidarse de ella, le alentaba. No todo estaba perdido, aún tenía la esperanza de que recapacitara.

Asintió y se dio la vuelta para marcharse, no podía dejar a Sia más tiempo ahí, esperándole. Sufría solo con estar en el mismo sitio que el hombre que amaba y no poder acercarse a él, no poder besarle. Josh salió y ella entró decidida, importándole muy poco las quejas de Miller y que la hubiera echado de su vida. Caminó hasta él y antes de que se diese cuenta, lo besó.

—Necesitaba hacerlo por última vez —murmuró ella al separarse.

Sus ojos conectaron por unos segundos, los pocos segundos que ella pudo soportarlo y se dio la vuelta para volver por donde había venido. Lo dejó allí, descolocado y con el corazón a mil por hora. Sintióse la peor mierda del mundo por dejarla escapar. ¿Cómo haría para olvidarse de ella si ese beso le había hecho sentir más que ningún otro?

De todos los besos que le había dado, este era sin duda el que más daño le había hecho. Porque él siempre supo que su relación tenía fecha de caducidad, que, aunque siempre luchó para que no fuese así, una parte de él siempre lo supo.

Sia se metió en el taxi junto con Josh y emprendieron el camino de vuelta a Santa Cruz. Ahora tocaba volver a empezar y eso haría. Se presentaría al concurso y al día siguiente se iría de allí para volver a casa. Solo faltaba un mes para que empezara la universidad y era el momento de conocer el lugar, a sus compañeras. Volver a hacer amigos sería la mejor salida. Comenzar con los estudios para ocupar el tiempo sería la mejor opción. Pero entonces, ¿por qué tenía la sensación de que eso no acababa ahí?

Durante el camino, fueron en silencio. Ninguna palabra que Josh le dijera en ese momento haría que se sintiera mejor. A veces era mejor quedarse en silencio, dejar que esa persona se desahogara sola con sus propios pensamientos, analizando cada detalle que le hacía daño para que buscara en su interior la felicidad que necesitaba. No la encontraría, no sin él, al menos.

Miller estaba destrozado, no sabía cómo lidiar con todo lo que había pasado en tan poco tiempo. Ni siquiera pudo llamar a Tammy para reclamarle lo que hizo porque no tenía las fuerzas suficientes para enfrentarse a ella. Era mucho más duro enfrentarse a la soledad, ver como Sia se

iba. Entonces vio la carta, la que ella le dejó sobre la mesa. ¿La leería? Debería hacerlo, al menos así haría lo que tenía que hacer. Lo mismo que hizo él cuando le escribió aquella carta. Le pidió la última oportunidad, así como hizo ella. No podía negarse a dársela después de todo, así que la cogió entre sus manos y la abrió para después, comenzar a leerla.

Sé que es raro que haga esto después de que casi te tiro a la cara la carta que me diste, pero era esto o nada. Era intentarlo o perder, y prefiero mil veces luchar por lo que quiero antes que tirar la toalla. Por eso no llego a entender que tú, una persona que ha luchado por salir adelante toda su vida, la tire tan pronto. Leí tu carta Miller, la leí y descubrí el hombre que eres en realidad. Supe que nada de lo que creía, era la realidad. ¿Y sabes qué pasó? Que me enamoré mucho más de ti, porque no me importa lo que hicieras en el pasado, los errores que cometiste, porque son solo eso, errores. No te pido que los olvides porque son parte de tu vida, pero sí que intentes vivir tu presente y tengas un futuro... conmigo. Como te dije, quiero ser la que te dé esos sueños que no eres capaz de recordar, quiero hacerte soñar despierto. Quiero que volvamos a empezar y esta vez, para siempre.

Te quiere, Sia.

Las lágrimas salían sin control, no podía creer que ella supiera todo y que, aun así, quisiera seguir a su lado. Al final no era tan malo para ella como pensaba, pues también la había hecho feliz. También le había sacado esas sonrisas que antes nadie había sido capaz. Recordó cuando le dijo que le devolvió la vida, como si en realidad ella hubiese estado toda su vida muerta hasta que él llegó.

Miller se levantó como un resorte. Debía volver, debía demostrarle que todo se quedaría en el pasado, que quería ese presente y futuro con ella. Debía ser mejor persona por ella, lo merecía. Fue al baño para darse una ducha y después vestirse y recoger todo.

Cuando termino de hacer todo, llamó a su hermano.

—¿Miller?

—Josh, vuelvo a por ella.

—*Sabía que recapacitarías. Sia se pondrá feliz cuando lo sepa.*

—No, no le digas nada. Quiero que sea una sorpresa.

Le explicó cómo quería hacer las cosas y Josh aceptó todo lo que le propuso. Prefería volver y encerrarse en la casa hasta al día siguiente que era el concurso, prefería ir allí y apoyarla en el momento más feliz e importante de su vida, que supiera que no estaba sola. Lo único que tenía que hacer era dejar el coche allí e irse en taxi para que Sia no lo viera o aparcarlo en un lugar

apartado. Ella saldría de casa para ir a la playa a ensayar, como cada día y más cuando solo faltaban horas para ese momento que tanto estaban esperando. Él fue quién la instó a que se presentara y ahora no podía dejarla sola con eso.

Al final, se fue en su coche y lo dejó aparcado dos calles más alejadas de su casa. Estuvo esperando a que Josh le dijera que Sia estaba en la playa para poder entrar sin ser visto, sin que le pillara *in fraganti*.

Cuando cruzó el umbral, su hermano lo esperaba con los brazos abiertos. Se fundieron en un abrazo muy esperado porque, aunque ya se abrazaron en el hotel, esta vez sería la reconciliación que tanto estaban esperando.

—Es lo mejor que podías hacer, Miller. Estoy orgulloso de ti, del hombre que eres.

—Gracias, hermanito. No sabes la de veces que he soñado con que me dijeras esto, que estabas orgullosos. Siempre creí que me odiarías para siempre y que entre tú y yo ya no había arreglo —declaró con un gran nudo en la garganta.

Caminaron hasta el salón y se sentaron, aun tenían muchas cosas de las que hablar. Sus padres serían los protagonistas de esa charla y las grandes cagadas que sus progenitores habían provocado en ellos.

Josh le contó que se encaró a su madre, que le gritó todo lo que estuvo guardándole por mucho tiempo y más después de saber la verdad. Después llamó a su padre y le dijo que no quería saber nada más de él, que preferiría mil veces cambiar de universidad antes que verle todos los días como profesor. Al final, su padre fue quien decidió dejarlo todo para que sus hijos fueran felices, reconociendo que era la mejor opción para todos. Solo una cosa le juró y era que esta vez no haría daño a su madre, que había vuelto con ella con la intención de hacerla feliz y que sería para siempre.

Miller no creía en su palabra, nunca lo hizo y esta vez no sería la excepción. Su padre cometió muchos errores y eso era motivo suficiente para odiarlo hasta sus últimos días.

Ahora solo les quedaba mirar hacia delante y labrarse su propio futuro. Ser felices ellos mismos, unidos como hermanos y con las personas que eligieran para compartir sus vidas. Miller ya encontró a esa persona y no dudaba que era la mejor que podía haber encontrado, pues Sia era la mujer más maravillosa del mundo y saber que ella lo amaba con todos sus errores a cuestas, la hacía más perfecta aún.



Capítulo 26

Por la mañana, Sia se despertó con la sensación de que ese día sería más especial que los demás. Su abuela ya había ido a su habitación para llevarle el desayuno a la cama. Al menos así desayunaría algo ya que desde que Miller se fue, no comía bien y ensayaba a diario. Debía reponer fuerzas.

Se levantó y fue al baño para ducharse y después vestirse. El concurso sería sobre las cuatro de la tarde, la hora punta del parque de atracciones donde más personas había. Estaba tan nerviosa que no sabía si le saldría bien el baile o si se quedaría en blanco cuando subiera al escenario. No podía dejar que pasara eso, así que decidió ir a ensayar un par de horas a su lugar favorito, siendo ese momento también la despedida porque a primera hora de la mañana, se iría de allí para volver a casa. Esa noche sería la última que pasaría en Santa Cruz y no sabía cuándo volvería de nuevo. No era la decisión más acertada, pero era la que necesitaba en aquel momento de su vida donde los recuerdos de ese verano la atormentaban cada vez que pisaba la playa. Incluso coger piedrecitas, cosa que hacía tiempo que no hacía, era algo que le dolía porque también le recordaba a él.

Tocó su colgante con cariño y cerró los ojos. Los recuerdos de aquella noche, cuando supo quién era, inundaron su mente y una sonrisa cruzó su perfecto rostro. No podía negar que los mejores recuerdos de su vida eran de allí, de ese pueblo que tanto le había dado.

Salió de su habitación y bajó a la cocina donde sabía que se encontraría a su abuela. Pero su sorpresa fue encontrar a Josh con ella.

—Hola, Josh. ¿Cómo estás? —Le dio un beso en la mejilla.

—Bien, mejor que bien. ¿Y tú?

Había algo extraño en él, algo que no entendía. Se suponía que estaba mal, que el día anterior se dio cuenta de que había perdido a su hermano también. ¿Entonces por qué estaba así ahora?

—Me alegro mucho por ti —respondió con el ceño fruncido—. Yo voy a ensayar ahora un par de horas. Si quieres, puedes acompañarme.

—Claro, por eso he venido. Deduje que saldrías a la playa y bueno, dado que es tu último día en el pueblo...

—Joder, Josh. No podías callarte —lo interrumpió.

Al parecer su abuela no sabía que se iría tan pronto. No era un secreto que tenía pensado irse antes de tiempo, pero no mañana, después del concurso.

Loreto salió de la cocina y se fue al salón. No quería hablar con ella ahora, no cuando no había sido capaz de contarle sus intenciones. Sia miró a su amigo mal y este se encogió de hombros, demostrándole que no sabía nada. Si le hubiese dicho que Loreto aún no tenía constancia de lo que haría, no estaría en ese problema ahora.

Al llegar al salón la vio mirando unas fotografías y sintió algo de pena al ver a su abuela así. Después de todo, se había dado cuenta de que Loreto estaba sola, que no tenía a nadie a su lado. Se sentó a su lado y cogió de sus manos una foto en la que salía ella con su abuelo. Sonrió nostálgica al recordarlo, siempre fue la persona más importante en su vida y el día que se marchó, que se convirtió en su ángel de la guarda, fue como si le quitaran un pedacito de corazón.

—No estés triste, abuela. Sabes que volveré —expresó ella, abrazándola.

—Lo sé, mi niña, pero no puedo evitar sentirme mal por saber que te irás tan pronto y que no sé cuándo volverás. —Se secó una lágrima que rodaba por su arrugada mejilla.

—Te quiero muchísimo, abuela. Siempre serás la persona más importante de mi vida. — Ahora era ella quien lloraba. No lo hacía por pena, sino por la emoción de tener en su familia a alguien tan especial.

Estuvieron viendo fotos hasta que encontraron una en la que salía Josh, Miller y ella en la puerta de la casa. Ahí ya se veía que ese chico no quería estar con ellos, pero los observaba como si en realidad quisiera. Llamaron a Josh para que viera la foto y se rio al recordar aquel día. Fue una de las muchas barbacoas que hacían en común sus padres, aquellos tiempos en lo que nada de lo que pasaba a su alrededor tenía validez para ellos, solo el estar juntos el máximo de tiempo posible antes de que cayera la noche y tuvieran que volver a sus casas para dormir. No podían negar que habían pasado la mejor niñez juntos, hasta que su familia se esfumó y cada uno se fue por su propio camino.

Sobre la una de la tarde, Sia salió junto con Josh a la playa. Tenía solo una hora para ensayar, volver, comer algo y cambiarse de ropa. Se pondría unas mallas de colores, entre amarillo, rosa y azul, junto con una camiseta holgada amarilla. El baile lo haría descalza, pues estaba acostumbrada a bailar así. Además, ella mezclaba el ballet con el hip hop. Pensó que sería una buena combinación. Le habría gustado tener un compañero de baile y le habría enseñado a Miller de no ser porque no estaba y no creía que hubiese aprendido en tan poco tiempo. No la vio bailar ni una vez cuando ensayaba.

Josh la miraba maravillado, disfrutando del precioso momento en el que el sol estaba en todo su apogeo y hacía que su silueta se viese oscurecida por la claridad que había detrás. Simplemente maravilloso.

A las dos y media, regresaron y comieron pasta, algo rápido que su abuela le dejó preparado antes de marcharse al parque, pues había que ir pronto para coger el mejor sitio. No iba a perderse ese momento en el que su nieta lo daba todo por lo que adoraba. Además, Loreto había hecho una llamada importante a su hija para que fuera a ver a Sia, ella necesitaba a su madre allí y también a su padre, aunque este fuera tan testarudo que no le importara el deseo de su hija y no fuese a verla.

—¿Estás nerviosa? —Se interesó Josh.

—Mucho. —Suspiró—. Me hubiese gustado que Miller estuviera conmigo, estos nervios los llevaría mejor —declaró emocionada, a punto de echarse a llorar.

—Ah, no. Nada de lágrimas hoy. Tienes que estar perfecta.

En esos días, Josh la había apoyado lo suficiente como para darse cuenta de que lo había echado muchísimo de menos. No sabía la falta que le había hecho hasta que pasó todo lo de su hermano.

—Josh, quiero darte las gracias por no alejarte de mí. Me habrías hecho mucha falta... —Lo abrazó con cariño—. Eres muy importante para mí.

—No tienes por qué darlas, Sia. Yo te quiero mucho, eres mi mejor amiga y creo que incluso más que eso. Siempre fuiste como una hermana.

Sia sonrió secándose las lágrimas y negando a su vez. Josh ya la iba a regañar por llorar ese día en el que todo iba a salir mejor de lo que ella creía porque si no ganaba el concurso, su premio igualmente iba a ser Miller. Solo que Sia aún no lo sabía, era una sorpresa.

Salieron de su casa y ella, justo cuando puso un pie en la acera, miró hasta la ventana de él. Observó con detenimiento y, aunque pareciera que se estaba volviendo loca, vio cómo se movía la cortina, como si ahí estuviera alguien. Sonrió y miró al frente, teniendo la certeza de que ese día iba a ser inolvidable.

Fueron caminando. El parque de atracciones no estaba tan lejos y llegaron a las cuatro menos diez, el concurso estaba a punto de empezar. La presentadora, que era la chica que le cogió el teléfono, le pidió los datos para comprobar que era ella y la hicieron pasar a la parte trasera del escenario, ahí ya no podía pasar Josh.

—Mucha mierda. —Sonrió ella al escuchar a su amigo—. Aunque creo que no la necesitas. Si bailas tal y como me has enseñado estos días, los dejarás a todos con la boca abierta.

Sia le dio un último abrazo y él se encaminó adonde estaba Loreto. Ella había dejado un hueco grande, como para tres personas. Entonces decidió que era hora de confesarle a la anciana de que Miller llegaría en cualquier momento.

—Loreto, ¿viene alguien más además de nosotros? —Preguntó mirando a todos lados.

—Por mi parte creo que viene la madre de Sia, por la tuya parece que también esperas a alguien. ¿Me equivoco? —Abrió los ojos, sorprendido.

—Muy observadora. Sí, viene Miller, pero Sia no lo sabe.

—Bueno, espero que esta vez no la haga llorar más o me veré en la obligación de partirle las piernas.

—No tendrá que hacerlo —escuchó tras ella.

Se dieron la vuelta y ahí estaba Miller con una sonrisa radiante, feliz por saber que estaba a escasos metros de ella, de volver a besarla.

—Eso espero, muchacho. Mi niña ha sufrido mucho estos días. —Él agachó la cabeza, avergonzado.

—Lo sé y no sabe lo mal que me siento por ello, pero justamente por eso estoy aquí. Porque quiero demostrarle todo el amor que siento por ella.

—¡Bueno, bueno, bueno! Parece que esto se ha llenado bastante —dijo la presentadora con el micrófono.

Se quedaron en silencio y clavaron sus ojos en el escenario, a la espera de que empezara.

—Ahora quiero silencio. Es el primer concurso que hacemos y la verdad es que tenemos bastantes participantes —mencionó la morena—. Ahora me gustaría decir el premio, pues, aunque lo dejamos claro en el folleto, creo que la mayoría no lo sabe. Será una beca para la academia de danza más prestigiosa de Nueva York. Así que el elegido o la elegida, tendrá el futuro asegurado.

Los tres sonrieron. Si ganaba Sia, podría hacer lo que más amaba y no lo que su padre quería. Sería el mejor regalo que la vida le podría dar.

El primer concursante salió justo en el momento en el que llegaban los padres de Sia. Loreto, al ver a su hija, se emocionó, pero mucho más al ver a su yerno, ese que no quería que su hija bailara, que estudiara solo lo que él quería, lo que más le convenía a su hija.

—No sé por qué estamos aquí —dijo este entre dientes.

—Cállate ya, por favor. Hemos venido a apoyar a nuestra hija. Solo tienes que verla y sacar tus propias conclusiones —le regañó su mujer.

—Si no querías venir, te podrías haber ahorrado el viaje —intervino Loreto, llevándose una mala mirada de su hija—. ¿Qué? Es la verdad, no es capaz de valorar a su hija, de entender lo que más la emociona y la hace feliz. ¿Tan difícil es aceptarlo?

Todos se quedaron en silencio en cuanto el segundo acabó y la tercera era ella, Sia. La canción *Rewrite The Stars* de Anne-Marie & James Arthur comenzó a sonar y Sia, con los ojos cerrados, comenzó a moverse despacio, tal y como la melodía le pedía hasta que, poco a poco, fue subiendo, levantando su cuerpo en saltos. Hubo un momento en que los nervios le jugaron una mala pasada y se paró, pero todo eso acabó en cuanto sus ojos se encontraron, en cuanto vio a Miller. Solo ahí se movió con toda la pasión que ella sabía ponerle al baile. No existía nadie más, solo ellos dos.

Volvió a cerrar los ojos, metiendo bajo su piel cada nota musical para sacarla de su cuerpo con un movimiento de baile. Enamoró a todos, emocionó a su familia al completo. Su padre lloraba al verla así, al comprobar lo que hacía, cómo se movía y el sentimiento que le ponía.

Cuando terminó, el público estalló en aplausos, despertándola del trance en el que se encontraba. Ella aún no había visto a sus padres porque sus ojos solo estaban puestos en él, en el hombre que amaba y no dudó ni un segundo en correr a sus brazos. Miller la esperó, la alzó y ella enroscó sus piernas alrededor de su cintura para luego fundirse en un ardiente beso que marcaba un antes y después en sus vidas, demostrándole que el amor era el sentimiento más poderoso de este mundo.



Capítulo 27

Una vez se separaron, Sia vio a sus padres y se echó a llorar, no se lo podía creer. Los abrazó con fuerza y agradeció el apoyo después de tantos años de lucha para que entendieran que eso era lo que quería hacer, que ese era el sueño por el que quería luchar. Su padre no se negó. Es más, la animó a seguir con ello y la ayudaría si no ganaba el concurso. Para él, su hija ya era ganadora.

Tras una corta conversación en la que su madre no dejaba de mirar a Miller, llegó el momento de las presentaciones, aunque ellos ya se conocían de antes.

—Mamá, papá. Él es Miller Allen, el hijo mayor de Molly. Es mi novio —eso último lo dijo mirándole, como si esperara alguna negativa.

Miller le sonrió y asintió cogiéndola de la mano para después apretársela. Necesitaba que supiera que estaba allí por ella y que ya nada ni nadie los volvería a separar.

Sus padres sonrieron acercándose a él. Primeramente, la noticia de que su hija tenía novio les sorprendió y más que ese fuese el chico que conocieron cuando eran pequeños. El mismo que no salía con ellos, que no se acercaba a su hermano cuando estaba Sia a su lado.

—Encantada, Miller —mencionó Lory, la madre de Sia.

—Lo mismo digo, señora —respondió educadamente.

Edward, en cambio, lo miraba con recelo pues no podía negar que saber que su hija se había echado novio le molestaba. Era su pequeña princesa, la misma que se había convertido en mujer. Era tan difícil dejar que los hijos volasen solos, sin la protección de papá y mamá... Era lógico sentirse así.

Pasaron un rato agradable, hablando de cosas triviales mientras que los siguientes concursantes terminaban su momento de mostrar su valía. Sia estaba muy nerviosa y ansiosa, deseaba que terminase ya para estar a solas con Miller, aclarar ciertas cosas, aunque él no se hubiera separado de ella ni un solo segundo. Le sostuvo la mano todo el tiempo que duró el concurso.

Un par de horas después, concluyó el concurso y llamaron a todos los participantes para que subieran al escenario. Ahora sí que estaba nerviosa.

—¡Suerte! —Gritaron.

Ella asintió a la vez que subía al escenario por la parte trasera. Sobre la tarima había al

menos quince concursantes entre chicos y chicas. Había sido todo un éxito para ser la primera vez que lo hacían.

La presentadora comenzó a hablar mientras que traían el sobre con los finalistas y el del ganador. Hubo un jurado observando todo el evento desde el minuto uno y era quien decidiría los ganadores. Todos se agarraron de las manos para darse fuerza y se miraron con una sonrisa, la suerte estaba echada y era el momento de saber.

—Bueno, los veo muy nerviosos así que creo que ha llegado el momento —narró la presentadora—. Jurado, ¿tienen los votos? —Asintieron.

Otra chica subió al escenario y le dio ambos sobres con los nombres.

—Primero diré los finalistas —aseguró mientras abría el sobre. Sacó un tarjetón y lo miró—. Los dos finalistas del primer concurso de baile urbano de Santa Cruz son... ¡Joel Vans y Lucinda Cyrus!

Todos aplaudieron, pero Sia estaba seria, demasiado a decir verdad y es que al menos mantenía la esperanza de ser finalista, pues ganar era algo muy complicado de lo que estaba seguro no conseguiría.

La presentadora abrió el siguiente sobre y sacó el tarjetón para leer en silencio el ganador, tenía que crear expectación.

—Bueno, pues ya sé quién es... ¿Queréis saberlo ya? —Todos los presentes gritaron un “sí” exagerado—. Está bien, está bien. La ganadora del primer concurso de baile urbano de Santa Cruz es... ¡Sia Cole!

Ella no se movió, no podía.

—Sia, ven aquí. Eres la ganadora, cielo. —Cogió su mano, estaba tan bloqueada que no podía ni sonreír.

—¡Vamos, Sia! ¡Tú puedes! —Gritó Miller al tiempo que caminaba hasta la primera fila del escenario—. Venga, mi amor, eres la ganadora.

Entonces y solo entonces, cuando lo vio a él, cuando escuchó su voz y, sobre todo, escuchar cómo la llamaba mi amor, fue consciente de lo que ocurría. Había ganado y no se lo creía.

Sia despertó del trance y miró a la presentadora para después darle un abrazo con fuerza, agradeciéndoselo todo. El jurado se puso en pie y comenzó a aplaudirle, dándole a entender lo que disfrutaron con su actuación. Merecía ese premio y debía cogerlo con ganas y empeño, con deseo de comerse el mundo a partir de ese momento.

Un rato después y cuando le entregaron la carpeta con toda la documentación que debía entregar en la academia para hacer efectiva la beca, fue hasta su familia. Estos la esperaban con los brazos abiertos y, sobre todo, orgullosos de su hija. Miller y Josh la miraban con cariño, con uno tan inmenso que sería imposible ocultarlo.

Sia se separó de sus padres para acercarse a su abuela y abrazarla, agradeciendo así el apoyo y, sobre todo, el mero hecho de que siempre hubiera creído en ella y le hiciera creer en ella misma también. Eso había sido una tarea difícil, pero su abuela siempre estuvo ahí para enseñarle y demostrarle que se podía creer en uno mismo para conseguir nuestros propósitos.

Ahora era tiempo de festejar el premio y volver a la rutina que un día consiguieron.

—Vamos, tenemos que celebrarlo por todo lo alto —propuso Josh con diversión.

Sia y Miller se miraron y sonrieron.

—Adelantaos vosotros, Miller y yo iremos dando un paseo por la playa. —Su padre frunció el ceño—. No pasa nada, papá. Solo quiero estar a solas con mi novio.

—Deja a la niña, Edward. Ya no es una cría, es mayor de edad —intervino Loreto, como siempre apoyando a su pequeña.

Sia le dio las gracias y agarró la mano de su novio para después salir por la otra entrada al parque. Sus padres tenían que ir hacia atrás hasta llegar al parking.

En silencio fueron dando un paseo, así como habían dicho. Ninguno era capaz de empezar a hablar, de expresar lo que sentían en ese momento, lo que sintieron cuando no estaban juntos y lo que sufrieron al comprobar que todo terminaba. No podían negar que todo lo que pasó hizo que se replantearan mil cosas y una de ellas era seguir adelante por separado. Pero no, eso era imposible lograrlo y mucho menos cuando sabían que se necesitaban tanto.

Cuando llegaron a la playa, caminaron hasta el muelle. Estando debajo, sintieron la brisa del atardecer y como las olas comenzaban a chocar con las rocas. Y se miraron, se sonrieron con dulzura, con deseo y ganas de pegar sus labios. Miller cogió sus mejillas con cariño y se acercó para darle un casto beso, uno que se volvió intenso en cuanto ella metió sus manos por debajo de su camiseta para tocar su piel que ardía por ella.

Miller gimió en su boca en cuanto sus manos fueron ascendiendo por su torso y no dudó un segundo en cogerla en brazos para que enroscase sus piernas alrededor de su cintura con el fin de sentirla, de hacerle ver lo que provocaba en él con solo un simple roce de sus manos.

—Te amo, Sia. No tienes idea de cuánto —declaró separando unos milímetros su boca.

—Yo también te amo —sollozó, estaba emocionada.

Miller la miró y, con cuidado, se sentó en la arena dejándola encima. Acarició su espalda, metiendo las manos por debajo de la camiseta de colores y besó su cuello.

—Siento mucho haberte echado de mi vida —se disculpó. Ella negó—. No, déjame hablar.

—Es que no quiero que volvamos atrás, solo necesito mirar al futuro y ver que estás conmigo. Solo eso —gimió enterrando el rostro en el hueco de su cuello.

Eran una tortura esas caricias con mensajes, esas manos tocando la piel. Escuchar lo que tenía que decir mientras la volvía loca... Era una tortura llevar tanta ropa puesta cuando lo que necesitaban era desnudarse y sentirse al completo. Sia levantó los brazos y Miller le quitó la camiseta, dejándola en un simple sujetador deportivo. Pero ni eso impediría que él enterrara su rostro entre sus pechos, volviendo locos a los dos.

El deseo crecía y crecía, el calor sofocante comenzó a provocar el desnudo completo. La brisa rozaba su piel, erizándola y el agua de la orilla comenzó a llegar hasta ellos, pero no importó. No cuando Miller se levantó y una vez que se quedaron completamente desnudos, se la llevó hasta la playa donde, tras cogerla para que volviese a enroscas sus piernas, entrar en ella de una sola estocada.

—Tenía miedo a hacerte más daño estando contigo —habló con la voz cargada de agonía, una agonía que solo ella podía hacer desaparecer.

—No digas nada más, Miller. Te amo, solo me harías daño si te fueras de mi lado y estás aquí, ambos lo estamos.

Sus movimientos eran lentos, emocionantes, delirantes. El fuego que emanaban sus cuerpos fue arrasando con todo hasta volverlos locos, casi dementes. Miller comenzó a moverse más rápido, rozando el límite de la pasión, el límite del limbo porque era como morir y revivir al instante. Estar con Sia siempre era espectacular, un sueño hecho realidad. Él no creía en los sueños, no era capaz de recordarlos, pero era mejor soñar despierto que tener que olvidarlos.

La besó, devoró su boca, su cuello, la piel caliente de sus pechos, provocó jadeos ansiosos en ella, gemidos llenos de amor. La amó, la quiso, le veneró de un modo dulce, apasionado. Así era Miller.

Cuando ya no pudieron más, cuando el mar les llegó por los hombros y cuando sintieron que iban a explotar, terminaron.

Un rato después, iban de camino a la casa, mojados hasta las cejas y con la ropa llena de arena, así como la primera vez que lo hicieron. Estaban todos en el jardín trasero haciendo una barbacoa como antaño, recordando viejos tiempos en los que nada parecía importar y eran felices con lo que tenían.

Nadie los vio llegar y aprovecharon para subir y que ella se cambiara de ropa. Aunque sea, que uno apareciera seco.

—No podemos aquí, Miller. Todos están abajo —se quejó cuando él la tiró a la cama y se subía sobre ella para comenzar a besarla.

Las risas resonaron en toda la habitación, llenando de sentido su vida, su oscura y triste vida. Esta se llenó de luz, de su luz. Sia era la persona que consiguió sacarlo de ahí, de esa tortura constante a la que él se metía sin remedio. Sia fue quien lo ayudó a escapar de ese pasado que no lo dejaba pasar página, ser feliz. Sia era el amor hecho persona, era la mujer que amaba.

—Me encanta cuando ríes —aseguró él.

Ella lo miró y lo besó con delicadeza, apretándola contra su pecho.

De pronto, Sia comenzó a sentirse mareada. Sus ojos iban cerrándose poco a poco. Estaba siendo arrastrada por una fuerza sobrenatural, algo que nunca había sentido. Miller vio como ella se iba esfumando, como todo se iba apagando y desaparecía de su vista. Oscuridad, sueños y algo que no sabría explicar era lo que ella sentía. ¿Dónde estaba y que pasó con todo lo vivido?



Capítulo 28

Había sido un mes muy largo, uno en el que no se separaron de ella. Siempre vigilando algún cambio, algo que les demostrara que su hija saldría de esa oscuridad en la que se sumergió la noche del accidente. No sabían qué más hacer, qué métodos utilizar para estimularla y que abriese sus ojos. Ya apenas tenían esperanzas de que un día lo hiciera.

—Cielo, necesitas descansar —murmuró Edward, su marido, mientras agarraba su mano.

Sia no reaccionaba y por más que los médicos le hacían pruebas, no daban con el problema de su sueño. Ya debería haber despertado, pero aún seguía en coma.

—No, no puedo. ¿Y si despierta? Quiero estar aquí cuando eso pase —respondió ella, reprimiendo las lágrimas que odiaba derramar.

—Yo estaré aquí si eso pasa, pero tú tienes que cambiarte de ropa, dormir más horas de las que duermes ahora. Recuerda que nuestra hija nos necesita al cien por cien y tú estás a un cincuenta, cariño.

Lory se dio la vuelta para mirar a su marido y sollozó al tiempo en el que se encerraba entre sus brazos. Comenzó a negar y él la apretó contra su pecho. Estaban sufriendo demasiado, era muy duro ver a su única hija ahí, tirada en una cama y sin saber si algún día se levantará. Edward intentaba consolar a su mujer, intentaba demostrar su fortaleza, aunque por dentro estuviese a punto de morir de pena. Él debía ser quien cuidara de ellas, quien luchara para sus mujeres estuvieran sanas. Con Sia se había equivocado, no debió regalarle ese coche. De no haberlo hecho, ahora estaría con ellos.

Su mujer aceptó ir a casa a ducharse y descansar un par de horas con la condición de que la llamase con cualquier noticia que hubiese. Aunque solo llevara en casa media hora, tenía que llamarla. Edward asintió y, tras darle un beso en la frente a su princesa, se dio la vuelta para salir de aquella habitación de hospital.

Edward se quedó con Sia y cogió la silla para acercarla a la cama. Miraba a su hija con adoración. Cogió su mano y la besó, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y con la otra mano, comenzó a secárselas.

—Cómo me gustaría que abrieras los ojos en este momento y me demostraras que estás aquí y que volverás a ser la que eras. —Tragó saliva—. Sia, pequeña. Te prometo que, si lo haces, si despiertas, dejaré que elijas tu propio futuro. Te apoyaré en cualquier decisión que tomes en la

vida y te ayudaré a cumplir tus sueños. —Suspiró mirando hacia arriba—. Por favor, abre los ojos, mi princesa.

Estuvo unos segundos en silencio a la vez que miraba al frente, perdiendo la mirada por un instante. Se iba a levantar cuando, de pronto, sintió un apretón en su mano. Se quedó bloqueado y miró a su hija, ésta aún estaba inconsciente.

—Sia. —Se levantó—. ¿Me oyes? —Le apretó de nuevo.

Se alejó de ella, caminó hasta la puerta y volvió a la cama. No sabía qué hacer, no quería dejarla sola.

—Estoy aquí. Papá está aquí.

Entonces, Sia abrió los ojos lentamente, con dificultad y ahí estaba su padre, a la espera de ver de nuevo esas esmeraldas preciosas de su princesa. Cuando al fin lo consiguió, agarró su mano con una sonrisa en el rostro. Sin poder esperar más, la abrazó y después se obligó a separarse para llamar al médico que la viera y, por consiguiente, a su mujer para darle la noticia.

—Cielo, ¿ya estás en casa?

—No, aún no he llegado. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Sí, mi vida, lo mejor que podía pasar. Abrió los ojos, nuestra niña despertó.

Las lágrimas de ambos comenzaron a salir a borbotones, aunque no creían que hubiesen dejado de llorar. Sin más, Lory colgó y dio la vuelta para regresar al hospital. Debía ver a su hija.

Mientras le hacían pruebas a Sia, su padre esperaba a su mujer en la entrada. Esta, al llegar, se abrazó a él, pero pronto se soltaron para ir inmediatamente a ver a su hija. Un mes de espera había sido demasiado tiempo. Un mes viendo como la vida de su hija se iba apagando lentamente. Un mes lleno de desesperación porque ellos no podían hacer nada más que esperar. Había llegado el momento de ver cómo, poco a poco, volvía a la vida y esta vez, con más fuerza.

Llegaron a la habitación y, en la puerta, el médico les comunicó que su hija estaba fuera de peligro. Respondió a todas las pruebas sin problemas y solo la dejarían en observación unos días más.

Entraron felices y caminaron hasta su pequeña.

—Mi niña, mi preciosa princesa. No sabes lo que hemos esperado este momento —sollozó su madre, abrazándola, metiéndola en su corazón con más amor del que ya era capaz de soportar.

—Ma... mamá. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —Preguntó con dificultad.

Le dieron un poco de agua, tenía la garganta seca y ahora la recuperación sería lenta, pero iría a mejor.

—Estás en el hospital, cielo. Tuviste un accidente. ¿Lo recuerdas?

Por un momento, Sia cerró los ojos. Lo único que podía recordar era que se encontraba con Miller en su habitación, en la casa de su abuela. Su novio la besaba, le hacía reír y la enamoraba más si cabía.

—¿Dónde está Miller? —Sus padres fruncieron el ceño.

—¿Qué Miller, cielo? —Habló Edward, extrañado.

—Miller Allen, el hijo de Lily. Estaba con él en Santa Cruz. ¿Qué hago aquí? Esto no puede estar pasando. —Comenzó a ponerse nerviosa—. Tengo que ir a buscarle.

Sia hizo el intento de levantarse, pero su madre se lo impidió, abrazándola. Vio cómo su hija lloraba desconsolada porque no estaba Miller con ella, porque estaba en el hospital cuando antes no estaba allí, porque no era lo que recordaba.

Su padre fue en busca del médico para que le pusieran un calmante y, sobre todo, para preguntarle el motivo por el que su hija estaba así. No tenía sentido.

Cuando consiguieron que se calmara, sus padres volvieron a ponerse a su lado y le preguntaron con más calma.

—Hija, ¿recuerdas el accidente?

Sia suspiró y unas imágenes de una fiesta entraron en su mente, luego el choque con su coche. Otro vehículo hizo un mal movimiento y la sacó de la carretera. Sus lágrimas volvieron a jugársela y asintió dándose cuenta de que sí, había tenido un accidente. Pero entonces, ¿por qué tenía la sensación de que había estado en la playa, que conoció a Miller y se enamoró de él perdidamente? Su corazón latía desbocado, casi se le iba a salir del pecho y sus ojos no paraban de expulsar lágrimas. Estaba perdida en unos recuerdos que parecían tan reales, que para ella lo eran.

—Sia, ¿qué es lo que recuerdas exactamente? —Intervino el doctor que llevaba su caso.

—Recuerdo haber ido a la casa de mi abuela Loreto, conocer a Miller, aunque en realidad ya lo conocía de cuando éramos pequeños... Recuerdo haber empezado a ser amigos y, con el tiempo, enamorarnos. Recuerdo... Recuerdo.... —No podía parar de llorar. Un suspiro involuntario la atenazó, llenando su corazón de miedo—. Recuerdo cada minuto vivido con él, cada beso, cada caricia. Siento el hormigueo en los labios por ese último beso antes de perder el

sentido y despertar aquí. Eso recuerdo.

Sus padres se miraron incrédulos, esto no podía ser cierto.

El doctor pidió hablar con ellos a solas y dejaron a su hija bajo el cuidado de una enfermera que estaba tomándole las constantes. Salieron de la habitación y se dirigieron al despacho de este para poder hablar con más tranquilidad sin ser interrumpidos.

—Siéntense —pidió.

—¿Qué le pasa a nuestra hija? —Expresó su madre llena de miedo.

—Las pruebas han salido todas bien, no tiene lesiones. Solo estuvo en coma debido al accidente, su recuperación ha sido favorable —explicó con seriedad.

—Entonces, ¿por qué cuenta todo eso?

—Lo que Sia ha contado ha sido algo que ha vivido en su cabeza durante el coma.

—¿Cómo si estuviera soñando? —Lo interrumpió.

—Así es, su hija lo ha soñado todo. Es cuestión de días que salga de aquí y vuelva a su vida tal y como la vivía antes. No tiene por qué seguir creyendo en algo que solo ha sido creado por su mente.

Lory y Edward no daban crédito a todo esto y es que, en realidad, Miller Allen sí que existía. No era un desconocido.

Los días comenzaron a pasar y Sia cada vez estaba más recuperada, en solo un día volvería a su casa. Por el momento, ella no volvió a comentar nada sobre lo vivido con Miller, pero no podía olvidarlo y mucho menos creer que fuese todo mentira. Sus padres le contaron que había sido todo un sueño, que no era real, pero ella no estaba tan segura y lo iba a averiguar. Debía ir a Santa Cruz. Debía regresar y buscarle, preguntarle si era cierto que no vivieron todo aquello, que no se amaban y que jamás se besaron. ¿Cómo iba a hacer para no sentir todo lo que estaba sintiendo? ¿Cómo iba a olvidar todo lo que Miller le enseñó?

—¿Cómo estás, cariño? —Su madre le acarició la mejilla con una tierna sonrisa.

—Bien, estoy bien. ¿Cuándo voy a salir de aquí?

Estaba ansiosa. Ya llevaba más de una semana allí encerrada y se sentía mucho mejor.

—Pues estás de suerte, estamos esperando los papeles del alta para que salgas hoy mismo. —

Sonrió complacida—. Estamos deseando que llegues a casa para cuidarte y mimarte como la princesa que eres.

Sia dejó de sonreír, eso no era lo que ella tenía pensando hacer.

—Mamá. —La miró—. Quiero ir a casa de la abuela.

—¿Cuándo? Podemos hablar con ella para que vayas en dos meses. —Ella negó, eufórica.

—No, no. Yo quiero ir hoy mismo. Me da igual las horas de coche, me da igual ir caminado. Iré como sea, pero hoy.

Su madre enmudeció, su hija había perdido la cabeza completamente. Pensaron que había olvidado el tema del sueño y no fue así. Durante el tiempo que estuvieron esperando el alta, no volvieron a hablar del tema. Estaban esperando a que su padre regresara, pues fue al trabajo a recoger unos papeles. Su padre no quiso separarse de ellas, pero le fue imposible cuando tenía tantos asuntos pendientes.



Capítulo 29

Una hora después, estaban metiéndose en el coche para volver a casa. Sia seguía sin decirles nada. De igual forma iría a casa de su abuela y no le importaba lo que sus padres pensarán o dijeran.

Al llegar a casa, Edward la ayudó con la pequeña maleta que su madre había preparado para llevarle ropa y se bajó del coche. Su padre le dio un beso en la frente y fueron al interior de la casa. Al abrir, gritaron un “sorpresa”. Sus amigos estaban ahí, esperándola para darle todo el cariño que no pudieron darle cuando estuvo ingresada.

Sia sonrió con cariño y abrazó a su mejor amiga. Había necesitado tanto ese abrazo, esa felicidad después de todo lo que pasó. Livi le contó que fueron a verla en alguna ocasión y hasta le llenaron la habitación de globos. No llegó a verlo, pues cada uno tenía sus cosas y poco a poco, dejaron de ir. Pero ahora ya todo sería igual que antes, tal y como vivía antes del accidente. Todo volvería a la normalidad.

Cuando acabó la fiesta, pues no estuvieron mucho raro, Sia tenía un poco de jaqueca y quería descansar. En realidad, no era así. No se sentía mal, era solo una excusa para quedarse sola y pedirles a sus padres que le compraran un billete de bus para ir a casa de su abuela.

—No puedes pedirnos esto, hija —claudicó Edward.

—Lo necesito papá, necesito volver a ese lugar y revivir todo para poder pasar página. —Bufó—. Lo tengo aquí. —Puso un dedo en su frente—. Necesito ver por mí misma que no era real, que solo fue un sueño de verdad.

Sus padres la miraban con preocupación y tras mucha lucha, hicieron lo que pedía. Sería buena idea que ella misma pudiera abrir los ojos de una vez y ver que nada era real, que fue producto de su imaginación.

—Creo que te estás equivocando, pero prometí aceptar cada decisión que tomaras y apoyarte —refirió su padre antes de despedirse de ella en la estación.

Sia lo abrazó con cariño, amaba a su padre, a los dos. Solo hacía una hora que compraron el billete y ya estaba a punto de subir al bus.

—Te quiero, papá —declaró soltándose de su agarre. Luego miró a su madre.

—Venga, ven aquí. —La cobijó entre sus brazos—. He avisado a tu abuela de que ibas para

allá, se ha puesto feliz. Estuvo muy preocupada cuando le dije que estabas en el hospital.

—Gracias, mamá.

—No me las des, mi vida. Solo quiero que seas feliz y si ir allí te hace feliz, yo lo seré por ti. Solo... no quiero que sufras cuando te des cuenta de que...

—Por favor, mamá, ya hemos hablado de esto. No ha sido un sueño y lo voy a probar —la interrumpió.

Habían hablado tantas veces de ese tema que ya no sabía cómo explicarle que no era un sueño, que fue algo muy real.

Llamaron por el altavoz a los pasajeros que viajaban con destino a Santa Cruz. Sia abrazó a sus padres y caminó hasta la calzada donde, después de guardar la maleta en el maletero, subió sin mirar atrás. El destino era el que ella quería, el que deseaba. El destino la llevaba hacia el amor, ese amor precioso que la hizo vivir momentos que jamás podría olvidar.

El camino fue largo y pesado, pero mereció la pena llegar a ese bonito lugar que estaba tal y como ella recordaba. Eran las diez de la noche y el cielo despejado estaba llenándose de estrellas. Después de casi seis horas de camino, se agradecía ver algo tan bonito.

Una media hora después, tocó el timbre de la casa de su abuela. Esta, al abrir y verla, la recibió con todo su amor, abrazándola.

—Mi niña, mi Sia. ¿Cómo has llegado? —Se interesó Loreto.

Sia miraba todo a su alrededor, solo quería una prueba, algo que le demostrara que no habían sido imaginaciones suyas. Miró a su abuela con una sonrisa y la besó en la mejilla.

—Ven, seguro que tienes hambre.

—Un poco.

Fueron a la cocina que estaba tal y como la recordaba, aunque también había que decir que su abuela la tenía así desde que ella tenía uso de razón. Sia caminó hasta la ventana de la cocina y se asomó, mirando la casa de enfrente. Sintió un pellizco en el corazón en cuanto se dio cuenta de la luz encendida, había alguien en aquella casa.

—Toma, siéntate.

Sia se sentó con una sonrisa y se comió el sándwich que le preparó.

—Estás tan bonita —expresó Loreto—. Veo que sigues teniendo el colgante que te regaló tu abuelo.

—Nunca me lo quitaría, es mi amuleto de la suerte —dijo con seguridad.

—¿Qué harás ahora? Me refiero... ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—No lo sé, estoy en busca de nuevas aventuras. —Le guiñó un ojo—. Abuela, ¿quién hay en casa de los Allen?

Loreto caminó hasta la ventana para cerciorarse de que hubiese alguien.

—No lo sé, hace tiempo que no viene nadie.

Sia se mordió el labio inferior, recordando que así fue como empezó todo. Que esa casa estaba vacía hasta que él llegó para llenarla de locura.

Sobre la una de la madrugada, decidió que era hora de dormir, aunque, en realidad, no tenía sueño. No dejaba de pensar en que estaba a pocos metros de Miller porque estaba segura de que era él quien estaba ahí, en su casa, en su habitación. Quería correr e ir a buscarle, tocar el timbre y que él le abriera la puerta, que la mirara y besara hasta el cansancio, hasta desfallecer. Quería tantas cosas y no sabía cuál de todas se haría realidad.

Con el corazón a mil por hora y pensando en el modo de ponerse frente a Miller, se quedó dormida.

Durante toda la noche, aunque durmió, estuvo muy inquieta. No sabía si era el nerviosismo de todo lo que estaba pasando o el mero hecho de que por la mañana iría a buscarle. Tenía miedo de que todo se derrumbara ante sus ojos y tener que darles la razón a sus padres, pues eso sería tirar la toalla y para ella no era una opción. No cuando en aquella carta, la que le dio en sus sueños, le dijo esto: *Era intentarlo o perder y prefiero mil veces luchar por lo que quiero antes que tirar la toalla.*

El sol comenzó a entrar por el hueco de la persiana, dándole en la cara. Sia abrió los ojos y una sonrisa dibujó sus labios. Se levantó y fue directa al baño para darse una ducha. La temperatura era cálida y aprovecharía para ponerse su vestido favorito, el de florecillas rojas y verdes. Al terminar, se secó el cabello y se vistió, luego se maquilló un poco, pero no excesivamente, se calzó las sandalias y salió de su habitación. Era temprano, las nueve para ser exactos. Su abuela ya estaba en la cocina preparando el desayuno y en cuanto la vio, se extrañó pues Sia no era tan madrugadora. Le sirvió un café y una tortita.

—¿A dónde vas tan guapa? —Se interesó Loreto.

—A dar un paseo por la playa, coger piedrecitas, no sé. —Se encogió de hombros.

—Te has levantado muy animada hoy. ¿A qué se debe? —Suspiró.

—A este lugar, me trae tan buenos recuerdos que no veo la hora de revivirlos todos.

Su abuela se extrañó al escuchar eso, pues Sia no iba desde hacía tiempo y los momentos que ella decía, eran de cuando pasaba horas y horas con Josh y de eso hacía mucho. No le hizo mucho caso y la vio levantarse casi a los cinco minutos, desayunó lo más rápido posible.

—¿Ya te vas? —Asintió—. Coge la rebeca, la tienes colgada en la entrada. Ya ha salido el sol, pero aún hace fresco para esa ropa.

—Gracias, abuela. —La besó en la mejilla.

Se dio la vuelta y caminó decidida a encontrar alguna pista que le demostrara que había estado ahí. Inexplicablemente, lo estuvo.

Tras ponerse la rebeca, salió de la casa y lo primero que vio fue el coche de Miller aparcado fuera. Su corazón comenzó a latir frenéticamente, estaba tan nerviosa que le saldría por la boca. Miró al frente, al mar y se percató de que alguien surfeaba, así que no dudó en caminar hacia la playa y comprobar quién era el surfista que elegía esa hora para bailar con las olas. La arena se mezcló con los dedos de sus pies, llevaba las sandalias en las manos y caminó sin descanso hasta la orilla. Era como si algo le atrajera, como si un imán tirase de ella hasta ponerla frente al mar.

Las olas eran grandes. Aunque no hacía demasiado frío, hacía algo de viento y eso ayudaba a que el mar estuviese así de picado. Ayudaba a los surfistas a disfrutar de ese momento para subirse a sus tablas. Nunca lo intentó, aunque quisieron enseñarle. Sonrió al recordarlo.

Sia se quedó de pie, sin poder apartar la mirada de él. De esa persona que, gracias al sol, no podía asegurar quién era porque no le veía la cara, pero podría jurar que era él solo por el movimiento que hacía con su tabla. La ola lo tiró y justo eso fue lo que le hizo dejar de surfear para comenzar a salir del agua lentamente. Todo iba así, como a cámara lenta. Sia esperaba ansiosa, deseosa de verlo de nuevo, de comprobar qué tanto era verdad y qué era un sueño. Deseando aferrarse a algo que había sido lo más bonito que le pasó en la vida.

Agachó la cabeza unos segundos, los mismos que utilizó Miller para ponerse frente a ella.

Miller se quedó quieto, mirando el cabello rojo que se movía al ritmo del viento. No sabría decir quién era, aunque una parte de esa chica le resultaba familiar. Entonces, Sia subió la cabeza lentamente y sus ojos se encontraron. Ninguno dijo nada, se quedaron anclados al suelo, reconociéndose o al menos, intentándolo. Él sabía quién era, pero no por haber vivido algo

precioso con ella, sino por haberla visto en sueños. Era extraño pues allí solo la veía sonreír y solo con ese gesto, se había convertido en alguien especial que deseaba conocer algún día.

Su corazón dio un brinco en cuanto ella sonrió. Si sí que sabía quién era él, aunque se dio cuenta de que todo lo vivido había sido el sueño más bonito que había tenido en toda su vida, siendo este uno que no olvidaría y qué, si él le dejaba, le regalaría.

—Miller —musitó sin apartar la mirada de él.

Esa voz... Esa voz la había escuchado en otro momento, en algún lugar.

¿Era un sueño? ¿Qué había sido ella en su vida? ¿Habría algún modo de saberlo? Decían que los sueños eran solo eso, sueños. Pero también decían que los sueños eran momentos y que, con el tiempo, reconocíamos haberlo vivido.

No era un sueño, fue una verdad.

No era un sueño, fue una estrella fugaz.

Fue ese sueño que deseábamos hacer realidad.



epílogo

TRES AÑOS DESPUÉS

Habían pasado tres años desde aquella mañana en la que se vieron, creyendo que se conocían, pero en realidad se habían visto en sueños. Solo los unía una amistad familiar desde pequeños y un sueño que llenó sus corazones con tanto amor, que hasta sería complicado no creer que fuese verdad. Esa mañana se saludaron como personas desconocidas, se rieron por unos comentarios graciosos de Miller y quedaron en verse en otro momento. Todo comenzó tal y como ella vivió, tal y como recordaba, solo con la diferencia que ella ya lo amaba. Y Miller, aunque no entendía qué le hacía sentir esa pelirroja con pecas, era amor lo que su corazón sentía por ella.

El tiempo hizo que ambos dieran pasos en la relación; el primer beso se hizo realidad, ese cosquilleo que sintieron al unir sus labios fue devastador para ellos y la sensación de plenitud fue tan grande que no dudaron en repetir para siempre.

Siguieron adelante con la relación que forjaron poco a poco y cada vez estaban más enamorados. No fue ni por asomo igual que en el sueño de ella, fue mejor, mucho mejor. Era más que todo eso, era una realidad que les había demostrado a ambos que cuando las personas estaban destinadas a encontrarse, era verdad que pasaba. Se encontraban y vivían un romance digno de película, digno de un futuro feliz.

Ambos tenían que estudiar, aunque Miller estaba a unas pocas asignaturas de acabar empresariales y Sia..., bueno ella quería bailar y eso eligió. Nada de hacer lo que papá siempre quiso para ella, era el momento de coger las riendas de su propia vida y decidir por sí misma qué era lo que más le convenía y, sobre todo, le gustaba.

Así que un año después de ser los novios más felices del planeta, decidieron mudarse a Nueva York donde estaba la mejor escuela de baile del país. Se fueron a vivir juntos en cuanto Miller terminó los estudios y así fue cómo comenzó la verdadera historia de Sia y Miller.

Los años pasaron rápido y ella estaba en el mejor momento de su carrera, viviendo ese sueño de pequeña con mucha ilusión y con la mejor persona a su lado.

Cuando llegaron las vacaciones, decidieron volver a aquel bonito lugar donde se conocieron por primera vez y donde se vieron tiempo después.

Era una noche cálida, de esas que te invitaban a salir a pasear por la playa teniendo como luz las estrellas y esa luna tan perfecta que hacía que los ojos brillaran con más intensidad.

Decidieron salir a coger piedrecitas de colores, la misma que llevaban colgadas del cuello. Eso sí que era cierto, Miller también llevaba esa piedra preciosa que su abuelo encontró una noche bajo el muelle.

—Hace una noche preciosa —dijo él, cogiendo su mano para entrelazar los dedos.

—Sí que es preciosa.

Caminaron por la fina arena hasta llegar a la orilla donde se sentaron a mirar el mar y las estrellas, donde suspiraron en cuanto sus ojos se encontraron.

—Cuéntame otra vez cómo fue que nos conocimos en tu sueño —pidió él con una sonrisa.

Siempre que tenía ocasión, Miller le pedía a su novia que le contara ese sueño tan perfecto que hizo que se amaran tanto. Para él, era como si le contase un cuento, uno que no era verdad, aunque la prueba de que sí lo era, eran ellos mismos.

—¿Otra vez? ¿No te cansas de escuchar siempre lo mismo? —Sonrió ella con picardía.

—No y me encanta cuando llegas a la parte en la que te acaricio todo el cuerpo. —Se acercó mucho más a ella y la rodeó con los brazos, acariciándolos a su paso.

Ella sonrió como una loca enamorada, porque así mismo estaba.

—Además, ya sabes que nunca recuerdo mis sueños. Por lo menos así, revivo los tuyos.

—En ese caso, todos mis sueños te daré.

Todo comenzó con un sueño... uno de esos que no recordaba. Todo comenzó con un sueño... uno de esos que anhelaba.

FIN



isia y miller

[||](#) Vodka in Pink está compuesto por: licor de cereza, vodka, agua y algodón de azúcar.